

# REUNIÓN

JORGE FERNÁNDEZ SOUZA

© **Jorge Fernández Souza**

Octubre 2019

Esta es una publicación de **Para Leer en Libertad AC.**

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.

Diagramación de interiores y diseño de portada: Daniela Campero.

@BRIGADACULTURAL

Descarga de manera gratuita libros en nuestra web:

[www.brigadaparaleerenlibertad.com](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com)

## Índice

REUNIÓN	5
LA NOCHE DE EN MEDIO	19
LA DUDOSA DERROTA DE LA XTABAY	26
ALBA Y EL FIN DEL MUNDO	38
MATÍAS FLORES	49
RED SOCIAL	62
EL REGAÑO DE LA TIERRA	80
CARIBE MEXICANO	91
¿USTED QUÉ HUBIERA HECHO?	107
DOS MADRES	115
NO SUFRIRÁS, ÁNGEL MÍO	124
AZUCENA Y EL ABUELO	134
AL DESPEDIRNOS	140



## REUNIÓN

Ni siquiera cuando empezaron los enfrentamientos hubiera imaginado que la lluvia llevara a tanto, por potente que fuera. Pero se agregó el asombroso (aunque tal vez inexistente) azar, que hizo que me resguardara en el frontispicio lateral del hotel y que ilusamente creyera que sería nada más por unos momentos.

No me quedé en la entrada principal porque el lujo me indicó que yo me hiciera a un lado. Taimadamente el aguacero se había anunciado con poco tiempo de anticipación y con creciente y desbordada intensidad amenazó con mojar hasta mis fibras más interiores.

El hotel estaba en medio del esplendor de la Avenida Reforma de la capital mexicana, en su tramo sur-central, en algún punto entre el Ángel de la Independencia, que levanta su antorcha apagada, y la estatua del Tlatoani Cuauhtémoc que mira con pasmo a su antigua ciudad. Tramo de hoteles elegantes y de centros financieros que detrás de fachadas deslumbrantes ocultan sus almas especuladoras, un poco alejado de residencias y embajadas que están en el sur-poniente y de la parte menos pretenciosa que está hacia el Norte.

El caso es que la fachada lateral que me amparaba de la lluvia estaba en una de las partes más *chic* de la avenida. La construcción hotelera no demeritaba del entorno de la calle, porque ostentaba vidrios, paredes y ventanales de gran y buen gusto, moderadamente barrocos, con ideas retro que acentuaban su modernidad elegante. La entrada estaba marcada por una puerta amplia, de dos hojas de madera dura y fina, labradas sin mucha profusión, que casaban con la idea del conjunto. Tenía acceso para quien viniera caminando, y también para quien descendiera de los vehículos que podían parar en la rampa que estaba justo enfrente de esa puerta que anunciaba lo que seguramente debía de ser un *lobby*, un salón con la misma elegancia.

Había además, a un lado de la construcción principal que no pasaba de los 7 u 8 pisos, una entrada para carros que ofrecía dos posibilidades: que el conductor dejara el vehículo en el estacionamiento general del hotel para descender y entrar por la puerta central de madera, o que siguiera hasta alguno de los pequeños estacionamientos que estaban junto a habitaciones que pertenecían a un ala especial. La privacidad que esta última opción ofrecía dejaba claro, aun para un observador de capacidades medianas como yo, que el edificio brindaba una opción de alojamiento de lujo y de buen gusto para turistas, pero que también contaba con una variante de paso igualmente para gustos refinados, para amantes cuyos alcances económicos les permitieran realizar sus encuentros clandestinos en un escenario sofisticado y con atención para personas importantes.

Mientras yo me asomaba a tal panorama, moviéndome con curiosidad bajo el frontis que me cubría, yendo de la parte que estaba más cercana de la puerta de madera a la entrada de los vehículos que podían tener pasajeros para posibilidades diversas, la escenografía estaba cambiando en la calle, tanto en las partes centrales de la avenida como en las laterales más propicias para que los peatones evadieran a la lluvia. Además de los transeúntes que corrían para no mojarse, una manifestación multitudinaria había empezado a pasar frente al hotel. Su vanguardia se había detenido unas calles más adelante, contenida por filas de escudos de policías que no se veían dispuestos a permitir que los manifestantes pasaran de donde ellos se habían colocado como guardianes infranqueables.

Había agrupaciones y exigencias distintas. Contingentes de trabajadores clamaban por salarios menos exigüos, contra la explotación extrema y el cierre de empresas. Maestros de escuelas públicas de distintos niveles acusaban que la educación se comercializaba, se dejaba en manos privadas y desmerecía sin remedio. Indígenas y campesinos exigían que se revirtiera el despojo y depredación de sus tierras y la caída vertiginosa del precio de sus productos ante la voracidad intermediara y comercial.

Las demandas parecían justas, pero no estaba en mí unirme en ese momento a alguno de los grupos que integraban esa mani-

festación, que era un estallido de mil gritos. Además no conocía a nadie de los grupos y un intento de participar en alguna de sus filas podía hacer que me vieran como a un intruso o un infiltrado. Y estaba lloviendo, casi torrencialmente y con insistencia, y yo no quería mojarme; a mi simpatía por las demandas y consignas se sumó mi admiración por los que soportaban la lluvia sin ceder en sus reclamos, pero yo no estaba para eso, no quería someterme al sacrificio del agua.

Que los policías aguantaran el torrente no me admiraba: lo hacían obedeciendo órdenes y por alguna paga, así fuera miserable. Como en otras ocasiones, sentía por ellos una mezcla de disgusto y de compasión. Siempre me he preguntado cuáles serán, en alguien encargado de apalear a los que reclaman derechos, los porcentajes motivacionales de obediencia, de crueldad, de rencor, de fastidio, o de sentimiento de golpearse a ellos mismos por el parecido de su pobreza con la de los manifestantes.

Pero la parte de mi sentimiento compasivo hacia los policías desapareció cuando iniciaron lo que sería la primera de varias cargas. A unos metros de donde me resguardaba de la lluvia, los inconformes eran golpeados con escudos y macanas. Después de la primera embestida y del primer retroceso de trabajadores, campesinos y estudiantes, les tocó recular a los policías que usaban sus escudos para detener los golpes que en correspondencia a su agresividad les llegaban y que les eran dados con los palos de las mantas en las que rugían los colores de las demandas.

A la vez que veía con algún asombro el enfrentamiento (por mucho que se hayan visto y vivido, la represión y la resistencia siempre asombran), me daba cuenta de que al lugar donde yo estaba se acercaban algunas personas con necesidades y fines idénticos a los que yo tenía en ese momento: cubrirse de la lluvia y ahora tratar de evitar ser apaleados.

En los primeros minutos, tuve cerca de mí a una mujer de madurez acentuada, con aires de elegancia discreta. Muy pronto estuvo también un hombre de edad menor que la mujer, pero también ya aspirante a los años mayores, y enseguida se agregó otro, aún

con aires juveniles pero enfilado a la edad mediana. Otra mujer, con movimientos y aromas de señora joven frenó su huida de la lluvia cuando alcanzó la protección del techo saliente del cual hacíamos nuestro cobijo. Todos, sin dirigirnos aún la palabra, veíamos hacia arriba, como si quisiéramos asegurarnos de que seguía lloviendo (para lo cual no era necesario mirar hacia arriba), y después veíamos hacia el frente y hacia los lados de la calle, en nuestra condición de espectadores que éramos de las corretizas y de los apaleos que intermitentemente se regalaban manifestantes y policías.

Todavía no hablábamos entre nosotros, integrantes de lo que empezaba a ser un grupo de refugiados de la inclemencia climática y de los desasosiegos sociales, cuando con mayor agilidad que la de cualquiera de los que ya estábamos ahí, y seguramente porque se lo permitía la juventud que ostentaba, aterrizó otro hombre, con modos retadores, como si él no se estuviera cubriendo de lo mismo que nos cubríamos nosotros, presumiendo movimientos que eran desplantes con ganas de anunciar la poca necesidad que tenía de refugiarse ahí donde todos los demás no ocultábamos nuestro agobio.

En no mucho tiempo éramos un grupo de varias personas que nos habíamos arremolinado entre la puerta principal del hotel y la entrada del estacionamiento que llevaba a las habitaciones discretamente especiales. Más bien estábamos formando una fila, codo a codo y hombro a hombro, no por solidaridad sino porque las ráfagas de lluvia nos obligaban a pegarnos a la pared. Hacíamos así una línea compacta, uno junto a otro, ahí de espaldas a la pared por esas circunstancias pluviales agravadas por los enfrentamientos que no solamente no amainaban, sino que parecían competir con la fuerza que por momentos tomaba la precipitación de agua.

Ahí estábamos, resguardados de lo que parecía convertirse en un temporal, mirando las carreras y los choques entre manifestantes y policías que estaban mucho más ocupados por golpear y evadir golpes que por el agua que les caía encima, ahí estábamos ahorrándonos palabras y mirándonos en diagonal por lo desconocidos que éramos cada uno para todos, cuando salió por la puerta principal un hombre robusto, vestido con formalidad aunque sin

mucha elegancia, y que a pesar de que se mojaba un poco por la lluvia que lo alcanzaba, nos dijo sin ninguna palabra previa, pero con voz potente:

— ¡Aquí no pueden estar! ¡El hotel no lo permite!

No terminábamos de reponernos del asombro por el regaño que venía de la puerta, cuando la mujer mayor le respondió, más que con molestia, con tono de subrayar algo que era evidente:

— Pero está lloviendo. No podemos salir a la calle.

El hombre cercano a la edad mediana que era parte del grupo agregó:

— Además allá afuera se están golpeando. Ni siquiera podemos correr entre la lluvia. No solamente nos vamos a mojar, sino que nos van a pegar. Si nos movemos de aquí vamos a quedar empapados y apaleados.

La solidaridad que nacía en ese grupo, entre esa especie de refugiados que éramos, no causó ningún titubeo en el hombre que había salido del hotel. Con ánimo mayor, con voz más fuerte y ronca, y con un acento indefinido que se dejó asomar por la ira que le provocó la incipiente resistencia, gritó:

— ¡Les digo que no pueden estar aquí! ¡Afean y entorpecen la entrada del hotel! ¡Además están cerca del estacionamiento, van a ser mirones y los huéspedes que entran por ahí necesitan privacidad, no pueden ser vistos por nadie! ¡Desalojen!

Todos tuvimos dudas sobre si intentábamos seguir la discusión para ampliar nuestra permanencia en el refugio del frontispicio, o si empezábamos a buscar la mejor y menos riesgosa manera de correr. Bueno, casi todos, porque el más joven, el que había llegado de último a zancadas presuntuosas con chamarra llamativa y botas que eran parte de su ostentación, el que nos había mirado casi con desprecio, se pasó a la parte de la fila más cercana a donde estaba el tipo que insistía en echarnos a las inclemencias del tiempo y de los enfrentamientos, y con voz dura, acentuada, aunque sin los gritos que había dado el otro le dijo:

— Mira y oye bien. De aquí el único que se va a mover eres tú. Métete ahí adentro, donde tal vez asustes a alguien, porque aquí no

sirves para nada. Yo y todos estos nos quedamos hasta que deje de llover y hasta que se acabe esa bronca que hay en la calle.

Eran varias las diferencias entre el que nos obligaba a salir de nuestro refugio y ese miembro de lo que ya sentíamos que era una agrupación. El que nos amenazaba era un hombre de unos cuarenta años, más bien alto y fornido. El que salía en defensa del grupo cuyos integrantes corríamos el riesgo de ser lanzados a la intemperie, era delgado, tendría cuando mucho treinta años, y su juventud se acentuaba con un corte de pelo como de recluta inicial de algún ejército. Sin embargo, su complexión delgada era de fibra, y su actitud dejó suponer que esa fibra podía ser efectiva.

El hombre de apariencia fornida se enfrentó al que lo encaraba y pretendiendo hablar desde las alturas de un poder que el otro no podría imaginar, le dijo con desprecio, como si aquel atrevido no mereciera ni siquiera un tono de amenaza:

— Llamo a la policía y en un minuto todos estos se van para afuera y tú ya estarás en la calle nomás con un empujón mío.

Ambos utilizaban el “estos” como si los demás del grupo fuéramos cosas.

El joven que ya era nuestro vocero, le contestó con frialdad:

— Y entonces este hotelucho jodido se incendia mañana o pasado mañana y tu cabeza aparece tirada en alguna calle de por aquí. ¿Cómo ves? Tú sin cabeza y los que vienen a su hotelito de paso lujoso encontrarán cenizas.

Aquella contestación con una calmada amenaza que la hacía totalmente creíble, nos causó el sentimiento doble y encontrado de estar contando con una oportuna protección, y a la vez de temer a quien nos protegía. Y ese mismo tono causó un cambio súbito en el grandote que momentos antes se había portado con alevosía hacia nosotros; y como si palidciera ante un encuentro con alguien que no se esperaba, comentó con una voz casi inaudible:

— Está bien. Tranquilo. No se trata de pleito.

Se había dirigido primero al joven que le había advertido sobre la posibilidad de que esa cabeza dejara de ser suya y de que el lujo del hotel se consumiera en llamas. Inmediatamente volteó ha-

cia nosotros, como si también quisiera sosegarlos a pesar de nuestro pasmo, o como si hubiéramos participado en la amenaza que le acababa de caer encima.

—Calmados. Déjeme hablar con el gerente del hotel.

Y con rapidez se dio la vuelta y entró por la puerta de madera, mientras la mujer más joven, con timidez, queriendo suavizar la densidad del ambiente, dijo:

—Es que no está bien que nos quieran sacar de aquí. No estamos molestando a nadie y la lluvia está muy fuerte.

—Así es esta pinche gente —murmuró el joven que había soltado la advertencia ominosa que produjo el cambio en la actitud del empleado del hotel—. Nomás así entienden, cuando saben que uno no está jugando.

Cuando dijo aquello no volteó a ver a ninguno de nosotros. Había asumido nuestro resguardo y no necesitaba vernos. Nada más se quedó en la fila que habíamos formado, en el lugar más próximo a la puerta, tomando posición de vanguardia protectora. Toda su actitud ya era de eso, del protector que no tenía que voltear hacia sus protegidos, que en ese trance éramos evidentemente inferiores a él.

En los minutos siguientes, la lluvia empezó a ser acompañada y empujada por lenguas de viento que causaban que el agua se convirtiera en ráfagas, y que hicieron caer algunas ramas de los árboles de la avenida. Como los enfrentamientos y las carreras entre manifestantes y policías continuaban, ahora todos ellos tenían que cuidarse, además de los golpes de los otros, de las ramas que caían y que podían sumarse a los palos de los contrarios.

Todo eso hizo que nos arrimáramos más a la pared, que el resguardo fuera más urgente, y que las posibilidades de salir a la calle se hicieran más lejanas. Y por eso mismo la espera de la reacción que habría de los representantes del hotel después de la amenaza que nuestro joven defensor había lanzado, se hizo más ansiosa.

Pasado un rato cuya amplitud era difícil de calcular, ya que todas aquellas circunstancias distorsionaban el tiempo (o el sentido del tiempo, que es lo mismo), el empleado que había cambiado de

la amenaza a la condescendencia reapareció y, dirigiéndose a todos pero más personalmente al joven que le había advertido sobre los riesgos que corría, dijo de manera suave, como de petición de un favor:

—Dice el patrón que aquí no se pueden quedar, sobre todo por los huéspedes que vienen con sus carros para entrar a la parte de atrás. Porque esos, si ven que hay gente en la puerta se van a disgustar, y el hotel pierde su fama de ser un lugar discreto y elegante. A cambio les propone que pasen, que les da un espacio para que puedan estar bien mientras se calman la lluvia y la bronca de ahí afuera.

—¿Pero quién va a venir con esta lluvia y con ese escándalo en la calle? —preguntó el hombre mayor de nuestro grupo.

—Es que aun así como están las cosas podría venir alguien. Además es política del hotel que no haya gente parada en su puerta —dijo el empleado, que ahora tenía un tono que buscaba el convencimiento pacífico.

—Pero se les ofrece un lugar cómodo. Así no se quedan aquí parados y el hotel mantiene su política —argumentó casi con dulzura.

La propuesta nos sorprendió, por supuesto. Y como después comentaríamos, todos nos preguntamos lo mismo: ¿Qué habrían percibido los encargados de ese hotel lujoso en la amenaza del joven integrante de nuestro grupo como para que nos hicieran una invitación de ese tamaño? Y ¿dónde, en qué parte del hotel permitirían que nos quedáramos? La primera pregunta seguramente no era compartida por el joven amenazador, porque sin duda él sabía los alcances posibles de su amenaza. Y la segunda fue verbalizada por la mujer de mayor edad:

—¿Y dónde nos quedaremos? ¿En el salón, en algún restaurante, en el bar?

—No —contestó el que ahora parecía un fanfarrón desarmado convertido en mensajero dócil de quien tomaba decisiones en el hotel. No. Dicho con todo respeto, el de ustedes es un grupo que se vería extraño en cualquiera de esas áreas y podría incomodar a los

huéspedes y darles qué pensar. Lo que les ofrecemos es una habitación privada, cómoda, con todos los servicios, para que puedan estar a gusto mientras pasa la lluvia y terminan los enfrentamientos.

—Somos muchos para una sola habitación— comentó pausadamente, aunque con un toque de altanería, el joven cuya amenaza había provocado esa oferta habitacional—. Tendrían que ser cuando menos tres cuartos y con alimentos y bebidas incluidos.

Demostrando estar en un aprieto, bajando la cabeza y dándose media vuelta para entrar al hotel, el improvisado mensajero comentó con un susurro:

—Déjenme ver, por favor. Voy a consultar y vuelvo enseñada.

Se abrió otro lapso de tiempo en el que nadie habló. Pero nuestra actitud era ya la de quienes habían adquirido un derecho y esperaban que les fuera cumplido.

Cuando regresó de nuevo el servidor del establecimiento que también se había convertido en servidor nuestro, ya todos estábamos en espera de una solución.

—Por favor, pasen a ver lo que les ofrecemos. Estamos seguros que les va a parecer bien. —Y diciendo eso nos indicó la puerta principal, que atravesamos para llegar a un salón donde estaba la recepción y donde algunos huéspedes conversaban en sillones amplios. Era una dimensión que nada tenía en común con la que acabábamos de dejar atrás, cuando estábamos en el borde de la calle conflictuada, a la que volteamos a ver antes de entrar al hotel como si quisiéramos asegurarnos de que lo que ahí ocurría era real.

Una vez que estuvimos adentro, el anfitrión se puso delante del grupo haciendo una caravana para indicarnos que lo siguiéramos. El primero que lo hizo fue el joven que había conseguido ese trato deferente y después fuimos todos los demás. A paso rápido, evidentemente intentando evitar que llamáramos la atención, nos condujo por un corredor amplio que bordeaba a un jardín que estaba siendo azotado por la lluvia (aunque por alguna razón con menos furia de como eran sacudidos los árboles de la avenida), y que después se estrechó para convertirse en un pasillo con puertas

elegantes de habitaciones a los lados, que derivaba en otro lateral que recorría el estacionamiento donde estaban las habitaciones discretas, con un estacionamiento a lado de cada una.

Al llegar al final de la fila de esas habitaciones, la última puerta fue abierta por nuestro conductor, quien con una nueva caravana nos invitó a pasar. Era un espacio muy amplio, con una pequeña sala, una suerte de cocina-comedor, y al fondo lo que sería propiamente la recámara con una cama de dimensiones sultanescas y un clóset para ropa. Se podía ver la puerta de cristal del baño, y entre la cocina-comedor y el dormitorio había otro pequeño espacio con un escritorio, como si aquél fuera todo un conjunto diseñado para el trabajo y el descanso, y no para encuentros amorosos que había que ocultar.

—Es la suite principal de esta área. Es mucho más que una simple habitación y en realidad equivale a más de dos. Es como un departamento. Aquí podrán estar tranquilos mientras pueden volver a la calle. Es deseo de la administración del hotel que sean bien atendidos y que se sientan cómodos —dijo el anfitrión.

Sin alejarnos mucho de su entrada, estábamos apenas terminando de ver la *suite* que desde luego era mucho más cómoda que la pared que habíamos usado como parapeto, cuando la mujer de mayor edad dijo:

—Para el rato que vamos a pasar aquí está bien, es suficiente.

El joven gracias a cuyo desplante habíamos sido invitados, lanzó una mirada que le quitaba importancia al lugar, al grupo y desde luego a quien nos había conducido, y con desenfado sentenció:

—Bueno, si para ustedes es aceptable, nos quedamos. Esperamos entonces algo de comer y algunas bebidas.

El representante de la administración del hotel pareció aliviado. Con la caravana que ya se había convertido en marca de su comportamiento, se dirigió a la puerta y ofreció:

—Claro, en un momento los atenderán.

Quedamos las seis personas paradas en la entrada de la *suite*. Nadie se decidía a adentrarse en ella, hasta que el joven de las botas

fuertes caminó hacia la parte posterior, cerca del baño, observando todo (pisos, techos, cortinas, puertas, cuadros), como si hiciera un reconocimiento policiaco-militar.

—Para un tiempo está bien —dijo entre resignado y autosuficiente.— Ya, instálense. No se queden ahí parados —agregó, como si el lugar fuera suyo (y bueno, en esos momentos sí que lo era).

Con mayor o menor grado de actitud obediente, nos fuimos sentando en las sillas y sillones, todos muy cómodos, que había en la *suite*. La cama, amplia como un *ring* de boxeo, no fue ocupada por nadie, lo que significaba una declaración de que el *confort* y la cercanía que se estaban generando tenían límites precisos.

Apenas nos estábamos sentando para descansar del tiempo que habíamos permanecido de pie en el refugio del frontispicio y de la tensión que nos había provocado todo por lo que habíamos pasado, cuando tocaron a la puerta de la *suite*.

—Adelante —se animó a decir tenuemente la mujer de mayor edad.

Y enseguida la puerta se abrió y el que antes había sido bronco representante del hotel entró acompañado de tres camareros que traían varios tipos de bebidas, alcohólicas unas y otras no, y platonos con quesos, carnes frías y otros tipos de botanas.

Distribuyeron las bandejas con botellas y vasos y los platonos en las dos mesas no muy grandes que estaban en la *suite*, y el dócil mayordomo preguntó :

—¿Les servimos? Es cortesía de la empresa, claro.

—Claro —dijo con ironía un tanto salvaje el joven gracias a cuyos modales peculiares estábamos instalados en la *suite* y que era el único que no se había sentado.

—Gracias. Creo que nos servimos nosotros —contestó la mujer más joven, y su contestación era una consulta a todos los demás que asentimos con las cabezas.

—De todas maneras quedamos a sus órdenes. Si se les ofrece algo llaman a la recepción, preguntan por Alfredo y enseguida los

atenderemos — comentó el servicial que ahora nos daba su nombre mientras se dirigía a la salida con los camareros.

— ¡Uf! ¡Qué cosas! — dijo la mujer mayor.

— Bueno, si ya estamos aquí, instalémonos a gusto y pasemos este temporal con un trago para los sustos, y acompañemos el trago con un bocado — propuso el hombre maduro, tratando de crear un ambiente de confianza y distendido, mientras se asomaba a una de las ventanas de la *suite* desde donde se veía la lluvia.

— Debemos tener en cuenta que esta lluvia puede ser larga y que si no queremos mojarnos como nunca o ser golpeados, estaremos obligados a quedarnos. Ayudará comer y tomar algo. Y podemos conversar de lo que ha pasado y de lo que estamos viendo y viviendo.

— ¿Lo que hemos estado viviendo ahorita? ¿O lo que hemos estado viviendo desde cuándo? — preguntó la mujer joven, un tanto divertida, con una actitud que mostraba que la situación perdía pesantez, al tiempo que se levantaba para ver de qué eran las botellas, para escoger lo que tomaría y para fijarse también en lo que habían ofrecido de comida. Sus movimientos rápidos, liberados ya de la tensión del rato anterior, subrayaban su juventud que portaba un pantalón que aunque amplio marcaba su figura, igual que la blusa desabotonada abajo del cuello, todo lo que con un saco informal y el cabello recogido le daba una apariencia de profesionista acostumbrada a posicionarse con seguridad en la interlocución.

— Bueno, quizá cada quien pueda hablar de lo que quiera, de lo que esté viviendo ahora, o de lo que haya vivido, o de lo que invente, o de lo que mejor le dicten sus ocurrencias — dijo la mujer mayor con aire de suficiencia sosegada, aunque también sumándose a lo que ya parecía un propósito generalizado de relajarse y de distender el ambiente. Igual que en la joven, pude fijarme un poco más en ella, en su vestir de elegancia discreta, en sus canas disimuladas, en su cuerpo todavía esbelto que se movía parsimoniosamente, en sus ojos que brillaban con la alegría tranquila de su sonrisa.

— Interesante — agregó el hombre de mayor edad—. Pero será mejor que no estemos obligados a informar si lo que conte-

mos es vivencia personal, o si lo oímos de alguna otra persona. Esto es, como dicen los periodistas, no estaremos obligados a revelar nuestra fuente. La confidencialidad y la discreción son básicas para la sobrevivencia, y más aún porque nos acabamos de conocer. Lo digo, claro, sin suponer que habría que desconfiar de los que aquí estamos.

—Pero entonces podremos conversar, o más bien contarnos situaciones o historias personales sin decir si son propias o ajenas, y pueden haber ocurrido en esta o en otra ciudad —dijo el hombre más joven.

—Aunque con lo que pasa en esta ciudad bastaría —agregó ya francamente riéndose la mujer mayor—. Aquí hay historias de todo tipo, de todas clases, de amores, de crímenes, ha habido terremotos, eclipses...

Para entonces ya todos teníamos un vaso de alguna de las bebidas que nos habían llevado y ya habíamos probado alguno de los quesos o de las carnes. El joven del corte tipo militar, al que le debíamos la reunión, había puesto una pequeña rebanada de jamón sobre un trozo de queso y un pan, se había servido un vaso de whisky con un cubo de hielo y se había ido, él sí, a recostar en la cama. Acomodando las almohadas en la cabecera para estar más sentado que acostado, había subido los pies, por supuesto que con todo y botas, y mirando al techo parecía haberse abstraído de la forma de conversación que los demás planeábamos. Si no fuera por la diferencia de edades, hubiera podido decirse que era el cuidador de unos niños que se tomaba un respiro mientras ellos jugaban.

—Bueno —continuó la mujer mayor—. Mencioné eclipses, esos intercambios de Sol y Luna, que con todo y que son previsibles y racionalmente explicables, no dejan de regalarnos momentos de asombro, de recordarnos nuestra pequeñez, sobre todo cuando el gran dador de luz se ve opacado aunque sea por unos instantes, y entonces nacen las fantasías. Recuerden que los eclipses han maravillado o espantado a la humanidad desde siempre. Empiezo entonces con una historia de cuando aquí hubo un fantástico eclipse de Sol. No sé si todos lo tendrán en su memoria, pero fue el gran

espectáculo revelado sobre la ciudad. Ocurrió el 11 de julio de 1991. Los que no lo hayan vivido tendrán que imaginarlo, y tal vez lo que imaginen sea lo que pasó. Traten de figurarse lo mejor, lo más grandioso, porque lo que sigue es nada más algo de las muchas historias que debieron ser cobijadas por ese asombro.

—Yo no fui protagonista de ninguna de ellas, sino que las conocí como otras que se contaron ya pasada la experiencia de esa noche que fue a pleno día, que yo viví desde la tranquilidad de la contemplación —comentó en una aclaración que llamó a mi duda y tal vez a la de alguien más de quienes ahí estábamos.

E inició su narración, mientras los otros, salvo el joven recostado sobre la cama, sonreíamos esperando a ver de qué se trataría.

## LA NOCHE DE EN MEDIO

*Enfrentó su impaciencia al darse cuenta de que aceleraba demasiado el auto cuando iba a buscar a Irene al lugar de siempre, no muy lejos de San Ángel. Recordó la llamada del lunes y sonrió, mientras bajaba la velocidad.*

*Ella había contestado el teléfono y le reprochó que la llamara, que la pusiera en ese riesgo, que además quisiera cambiar de día, que se vieran el jueves, si él sabía perfectamente que un cambio de esos la metía en aprietos, si estaba más que acordado y respetado que su día, que el día de los dos, era el miércoles. Pero él fue terco diciéndole que era realmente excepcional, por única vez, que después le explicaría por qué pedía el cambio.*

*La plática había terminado con una aceptación de mala gana de Irene. Mauricio recordó también eso el jueves, cuando la esperaba dentro del auto estacionado, pensando que había muchas nubes para ese día que a él le hubiera gustado totalmente despejado.*

*Irene casi no lo saludó cuando subió al auto y preguntó molesta:*

*— ¿Ahora me puedes decir por qué el cambio?*

*— Todavía no, te lo digo después, hoy mismo, al rato, te lo juro — contestó Mauricio al tiempo que tomaba la ruta hacia el motel del sur de la ciudad que los había recibido en los últimos tres años.*

*En ese mismo momento, Baltazar colgó el teléfono y se acostó en la cama con un suspiro de alivio. Había conseguido el préstamo. Después de muchas quejas sobre su irresponsabilidad, la tía de la colonia Polanco aceptó darle a las cinco de la tarde la cantidad completa, con la que podría pagarle al Concho, el cobrador, antes de que anocheciera.*

*Mauricio estacionó el auto, paró y cerró la cortina para que ella pudiera bajar y entrar al cuarto del motel.*

*— ¿Ahora sí? — insistió Irene.*

*— Ahora sí voy a decirte que te quiero — dijo Mauricio tratando de suavizar su mal humor.*

— ¿Por qué hacer esto si sabes que puede traerme problemas?

— Porque hoy es 11 de julio de 1991 — contestó Mauricio mientras intentaba un beso que encontró resistencia.

Prefirió entonces acariciar el pelo de Irene, besarla en la frente, recorrer con un descuido aparente la línea de la blusa que se dibujaba sobre sus senos.

Aunque más tranquila, ella regresó al reclamo.

— ¿Qué hay de especial en que hoy sea 11 de julio? De verdad estuve a punto de no venir, porque con eso del eclipse de sol, Mario no sabía si tendría que ir al trabajo y las clases de los niños hubieran podido suspenderse. Por fortuna a él lo convocaron a una reunión fuera de la ciudad y los niños van con sus grupos de la escuela a ver el eclipse, que por cierto yo también hubiera querido ver, pero supongo que hay que priorizar. Tienes suerte.

— Tenemos suerte. Todos tenemos suerte — susurró Mauricio.

A pesar del alivio, Baltazar recordaba como un martillazo la advertencia que le había hecho el cobrador el lunes, cuando él le confesó que había perdido el dinero.

— Ni siquiera tengo que consultar con don Rafael. De una vez te digo que tienes dos noches para entregarlo. Más claro: si antes de la tercera noche no lo has devuelto, despídete de todo, porque no habrá cuarto, ni ciudad, ni rincón donde no te encontremos. Antes de esa tercera noche estaré contigo para que me pagues o para despedirte.

Hablaron como pocas veces en el motel, antes de hacer el amor. En sus encuentros semanales los comentarios venían después.

Se contaban siempre lo que habían hecho durante la semana, las cosas más simples del trabajo y de la casa. Alguna vez él quiso bromear a costa de Mario y ella no lo permitió:

— Que te quiera, que me guste estar contigo, no significa que no lo quiera a él, ni que puedas hacer chistes a su costa.

Mauricio entendió y a partir de entonces, cuando se refería a Mario lo llamaba por su nombre, con cuidado, como si la relación que tenía con ella implicara algún afecto hacia el hombre con el que estaba casada. Solamente se refería a “tu marido” en las raras ocasiones en las que sentía algún asomo de competencia.

Siempre se habían visto a la misma hora los miércoles, un poco después del medio día, ni pensar en una cita que pudiera ser antes o después.

*Tenían un espacio común de dos horas semanales, que se habían construido y agrandado como un vasto universo clandestino.*

*Baltazar decidió no salir sino hasta las cuatro de la tarde, para estar puntualmente a las cinco en casa de la tía.*

*Preparó algo ligero para comer, se fue al centro del departamento diminuto que habitaba en la colonia Moctezuma, corrió un tanto la cortina de la ventana que daba a la calle y se tiró en la cama, frente al televisor.*

*La pantalla mostraba algunas escenas del oscurecimiento del Sol, que estaban tomadas primero en Hawaii, después en Baja California y en Nayarit, que se aproximaban a Guadalajara y que se filmarían más tarde en la Ciudad de México.*

*Trató de encontrar algo diferente, porque aquello no le quitaba los restos de nerviosismo medianamente aplacado con la seguridad de obtener el dinero, ni le borraba la imagen de la cara del Concho, de sus rasgos gruesos, de su pelo crespo, de su cuerpo corpulento.*

*Quiso dormir, para despertar en el momento preciso en que iría a buscar el dinero, entregárselo al Concho, y entonces sí, estar absolutamente tranquilo y tomarse un trago. Cerró los ojos, pero no pudo, y tuvo que voltetear de nuevo al televisor, que apenas empezaba a mirar cuando tocaron a la puerta.*

*Irene pareció ir dejando de lado su molestia y empezar a divertirse, cuando comentó, como si jugara adivinanzas con Mauricio:*

*— ¿Será que me cambiaste el día porque hoy habrá un eclipse de Sol?*

*Él asintió nada más con la cabeza, guardando a medias la respuesta de la adivinanza, mientras las manos y los labios, el pelo y las piernas, le daban otra amplitud al diálogo.*

*El desagrado aplastó a Baltazar cuando abrió la puerta y se encontró con la presencia del Concho, que no dijo hola, ni nada, que no pidió permiso para meterse al departamento, para husmear en la estancia y en la cocina, para detenerse en la puerta del cuarto y ver desde ahí el televisor que mostraba un Sol que se oscurecía inusualmente.*

*— ¿Tienes el dinero?*

*— No, pero lo tengo al rato, antes de que anochezca.*

*— Ya casi es de noche.*

—No, apenas es medio día. Y en la tarde ya tendré el dinero.

—No voy a discutir contigo, pero todos le dijimos respetuosamente a don Rafael que el que falla una vez, así tan al comienzo, va a fallar siempre. Que por eso era mejor hacerte a un lado.

—Pero de todas maneras tú me dijiste que don Rafael me daría ese plazo y él es hombre de palabra.

—Sí, pero no vas a poder pagar antes de la tercera noche.

El Concho metió un momento la cabeza entre la cortina y el vidrio de la ventana del cuarto, miró hacia arriba y sonrió.

Después abrió el cierre de su chamarra y se sentó en una silla a un lado de la cama, desde donde también se veía el televisor.

Al sentarse en la cama, Baltazar observó, entre la chamarra abierta, la pistola que el Concho traía en la cintura.

Contra toda costumbre, Mauricio interrumpió casi abruptamente el acto de amor, se levantó de la cama y se dirigió a la ventana. El desconcierto de Irene aumentó cuando lo vio abrir las cortinas de la ventana del cuarto, casi violentamente, corriéndolas a los extremos, dejando el espacio abierto a unos cristales que no recibían la luz habitual de esa hora del día, sino que dejaban pasar una penumbra inesperada.

Irene vio la desnudez sonriente de Mauricio, su sexualidad inquieta, la mano que la llamaba y la invitaba a salir de las sábanas. Automáticamente, con sorpresa, intuyendo una emoción desconocida, se levantó y lo alcanzó junto a la ventana. Y mientras él la abrazaba por detrás y le hacía sentir todo su cuerpo, y la acercaba a los cristales que les traducían la oscuridad repentina, le dijo:

—Nunca hemos visto juntos las estrellas. Nunca hemos podido pasar una noche amándonos. Ahora es la una y veinte de la tarde, y a partir de este momento tenemos para nosotros unos siete minutos de oscuridad, siete minutos nocturnos.

Al besarlo con una intensidad desbordada, Irene no sabía si cerrar los ojos, si verle la cara, o si mirar la noche que se imponía sobre la ventana, sobre el cuarto, sobre su mundo.

Sólo se esperaron para mirar por un instante, a través de los lentes especiales que Mauricio había llevado, el espectáculo celeste, indescriptible, del disco oscuro que cubrió la última línea de luz y que nada más quedó adornado por un collar de luces diminutas.

—Dicen que esto no volverá a ocurrir sino hasta dentro de muchas décadas. Estoy seguro de que entonces seguiremos juntos y de que volveremos a estar aquí —comentó Mauricio con una sonrisa que no le restaba credibilidad a lo que decía, y que no se apagó cuando se envolvieron nuevamente en un abrazo que quisieron darse con todo, aún con la rodilla que Irene apretó contra la cadera de Mauricio.

De una bolsa interior de la chamarra, el Concho sacó el silenciador y lo puso lentamente en el cañón de la pistola que se había quitado de la cintura:

—Disparar con silenciador es como coger con condón. No sientes igual, no oyes el ruido. La vibración y la emoción son menores. Pero de todas maneras se llega a lo mismo.

Baltazar estaba sentado en la cama cuando el cobrador abrió las cortinas y le mostró la oscuridad de afuera y la pantalla del televisor que reproducía a un Sol entorpecido por la Luna.

—Don Rafael te dio dos noches y esta es la tercera, aunque sea de siete minutos —comentó divertido el Concho mientras apuntaba a la cabeza de Baltazar la boca de la pistola que se prolongaba en el silenciador.

No supieron cuánto tiempo duró su experiencia de amor nocturno. En medio de una modalidad mágica que nunca habían vivido, alcanzaron a percibir la prisa de un ave descontrolada que buscaba su refugio habitual de los crepúsculos, el saludo de una estrella, el atardecer y la oscuridad que se hizo plena cuando ellos estaban en su momento culminante. La aurora llegó tan repentina como había llegado el ocultamiento solar pero no los sorprendió; la esperaban ya, después de su excepcional noche juntos, y por eso, como si estuviera acostumbrado a recibir los amaneceres con Irene, Mauricio se levantó, esta vez con toda suavidad, y corrió las cortinas para evitar que entraran los rayos del Sol restaurado.

El impacto no fue en la cabeza, sino en el pecho. Baltazar no oyó nada, o si acaso un siseo, mientras sentía el empujón del plomo que le quemó las entrañas. Aterrorizado, suplicante, volteó una o dos veces al televisor y a la ventana. Por todas partes vio la oscuridad, la luz solar desaparecida y sintió que en unos instantes pasaba del día a la tarde, de la tarde a la noche, a una noche en la que no había pensado y de la que ya no saldría.

*No alcanzó el amanecer, porque el tiro de gracia que le dio el Concho borró su inútil referencia a don Rafael, su último ruego.*

*Ya vestidos, listos para salir de su motel, se dieron un largo beso. Agradecían aquella noche, aquella oscuridad de siete minutos que una luna atrevida y un sol complaciente les habían otorgado, agradecían ese regalo que, literalmente, les había caído del cielo.*

\*\*\*

Sin ver a nadie directamente, pasando más bien la vista entre las paredes y el techo, el joven de las botas comentó:

— Apenas me acuerdo de eso del eclipse. Yo era muy niño. Pero aun así viví la admiración de que la luz se escondiera por unos minutos. Ocurre que no siempre lo que debe de iluminar alumbra, así como no siempre quien debiera de sonreír lo hace. Hablando de un ámbito más pequeño que el de los cruces de los astros, el niño que yo era no reía todo lo que hubiera querido. Bueno sería que pensarán que estamos aquí gracias a ese niño que quería correr y emocionarse con lo que podría alcanzar con su carrera. Que quería jugar con otros niños, sin tener la sombra adolorida de una mamá que partía su tiempo y su vida entre trabajar en casas que eran espacios para la ofensa cotidiana, en su contra, y entre la atención cansada que ofrecía para ese niño y para sus otras dos hijas. Esa mamá de la cual ninguno de ellos entendía por qué no les podía dar más minutos y por qué tenía que ofrecerle ese tiempo a sus patrones que le regateaban su pago mientras le prodigaban desprecios y malos tratos. Y por eso no siempre reía como hubiera querido.

El joven que se había mostrado bravo mientras trataba con el empleado del hotel, hablaba de una manera que no esperábamos, como si se hubiera sumergido en una reflexión que nos llamó al respeto pero también a una suerte de temor; y quizá por eso el hombre de mayor edad lo interrumpió, con formas cuidadosas, igual que su manera de vestir. Y como si fuera a dictar una conferencia, echó para atrás su cabello entrecano, se acomodó el saco y los lentes, y mientras con distinción cruzaba una pierna sobre la otra en el sillón

donde estaba sentado, habló dirigiéndose en primer intento al joven de las botas:

—Antes de que siga usted, déjenme contarles una historia distinta, que de hecho no es de esta ciudad, sino del sureste del país. Hago el relato adelantándome un poco a otros que seguramente serán más próximos a las circunstancias citadinas. Es una muestra de las muchas cosas mágicas que existen, y de que más vale creer en ellas. Aunque la cuento como si yo hubiera sido testigo directo, ésta es una versión de transmano, porque en realidad a mí me la contó alguien que conoció directamente a Bartolomé, uno de los dos personajes principales de los que habla esta historia.

## LA DUDOSA DERROTA DE LA XTABAY

*La Xtabay es la mujer que deseas  
en todas las mujeres, y la que no has  
encontrado en ninguna todavía*

*(Antonio Medíz Bolio)*

*No es posible asegurar cuál fue el desenlace de la historia de Bartolomé. De su destino aún no estamos convencidos y tal vez nunca lo estaremos. Lo cierto es que lo que hasta ahora sabemos de él, lleva a evocar que la fascinación que muchos hombres sienten por las mujeres puede dar un giro contradictorio hacia el miedo, cuando no hacia el terror.*

*La pasión provoca tal turbulencia en los sentidos, que la adoración puede transformarse y dar paso al temor y a la abominación. Tal vez el pavor ha llevado a la creación, seguramente masculina, de representaciones femeninas de la oscuridad y del pecado. Pero no hay que descartar que esas mismas encarnaciones tenebrosas sean reales y que puedan originar confusión en la mente, en los sentidos de los varones. La ausencia de Bartolomé nos lo recuerda.*

*Lilith, la del arrebatador, la que devino en fuerza demoníaca después de que se resistió al dominio del hombre, surgió verosímelmente de las pasiones mesopotámicas y tocó a las creencias hebreas; eso habría sido antes de que Eva cayera en la desobediencia condenatoria que envolvió sutilmente al hombre y lo arrastró al pecado. Pandora, a la que, según Herodoto, Zeus concedió dones atrozmente seductores y a la que armó con todos los males que almacenó en su ánfora, nació probablemente de los devaneos amorosos de los griegos. Circe y las sirenas quisieron confundir a Ulises. Ellas, como otras figuras extremas del misterio femenino, debieron ser concebidas desde el espanto que provoca el deseo y, probablemente, desde su doble existencia mítica y terrenal.*

*El miedo a lo femenino, que acompaña a la atracción ineludible que produce, ha estado también presente en los caminos de las tierras mayas de la Península de Yucatán, a través de la figura de la Xtabay (para quienes no estén familiarizados con el habla de esa región, en este caso la pronunciación de la “x” sería como “sh”, y por tanto la Xtabay se pronuncia Shtabay). De varias versiones sobre su origen, la más creíble dice que ella habría nacido de la paradoja, porque fue una aparente mujer pura que se convirtió en procuradora de perdiciones. Se había llamado Utz Colel (que en lengua maya significaría mujer buena o mujer bonita), y en el pueblo donde vivió en épocas indefinidas en el tiempo, actuaba recatadamente en cuestiones carnales, pero en su fondo hervía la crueldad. A la vez, y en el mismo lugar, vivía Xkeban (mujer pecadora, en la misma lengua) quien era de sentimientos nobles y pródiga en amores y pasiones con los hombres. Contemporáneas en la vida, la muerte subrayó sus condiciones distintas: el cuerpo y la tumba de Xkeban ofrecieron aromas agradables que correspondían a la flor de Xtabentun nacida de su sepulcro; en cambio, la flor del Tzacam y su olor repulsivo salieron del lugar donde Utz Colel fue enterrada.*

*En el fondo de las historias contrapuestas, tal vez la satisfacción y el placer que de buena gana, y podemos pensar que con alegría, Xkeban regaló, hicieron que su muerte fuera tersa y pacífica, mientras que la confusión no exenta de hipocresía, la mezquindad y seguramente la amargura de Utz Colel, le significaron una muerte oscura. Tan oscura, que Utz Colel se convirtió en la Xtabay, en el espectro que con forma aparente de una bella y seductora mujer sale al encuentro de los hombres en los caminos que atraviesan los montes yucatecos, y que con su atracción que no permite resistencias los lleva a los laberintos de la enfermedad o de la muerte.*

*Podemos imaginarla como una mujer indígena, pero también como mestiza. En cualquier caso, la tradición la describe como prometedora de placer, con el pelo negro largo, que es bandera de su hechizo, que lleva a imaginar lo que insinúa, lo que esconde bajo su hipil blanco. Puede apoyarse en el tronco de una ceiba, el árbol sagrado de los antiguos mayas.*

*Ésa es la figura con la que Bartolomé se encontró, según lo relató, cuando circulaba entre tumbo y tumbo en un su jeep de trabajo, en un camino de terracería, entre dos poblaciones de la parte centro oriental de Yucatán, allá por los primeros años de la década de los ochenta del siglo veinte.*

*Él era uno de esos promotores de actividades agrícolas encargados de ofrecer a los productores del campo bondades gubernamentales que generalmente son más bien sembradoras de frustración y de miseria. Su aspecto de mestizo joven, agradable, jactancioso de alguna fortaleza física, que podía comunicarse limitadamente en lengua maya, además de sus credenciales oficiales, le permitían acceder a la interlocución con los campesinos de los poblados por donde circulaba.*

*La labia que usaba en buscar que, aunque con fuertes reservas de los campesinos, las ofertas del gobierno fueran aceptadas, la utilizaba también, con elementos y fines distintos pero con la misma vehemencia, para galantear con mujeres de edades distintas en los pueblos donde trabajaba, con más éxito en unos casos que en otros. Lo ayudaba transportarse en ese jeep, aunque no fuera suyo, y hacer también ostentación de otros pequeños bienes materiales inaccesibles para la mayoría de la población de los lugares por donde circulaba.*

*Yo trabajaba en algo parecido a lo que él hacía, algo que por ahora, por algún pudor, prefiero no comentar. En los poblados donde se podía, algunas veces coincidíamos a mitad de la jornada, cuando el calor manda a parar casi toda actividad. Y entonces comíamos a la vez que tomábamos cervezas, que cuando rebasaban un número prudente hacían que la jornada de trabajo se suspendiera, que los comentarios fueran menos mesurados y que las voces sonaran fuerte. A las mesas concurrían, además de él y de mí, vendedores de varios tipos, algún maestro de escuela, y empleados locales de gobierno.*

*La primera parte de la historia nos la contó Bartolomé en la prolongada sobremesa de una de esas comidas, en una cantina que desplegaba su entrada a doble puerta, en una de las esquinas del parque central (y único) del pueblo donde con mayor frecuencia nos reuníamos. Era tal vez un día de marzo porque el calor aún tenía clemencia; me atengo a lo que él nos contó aunque modificando algunas de sus palabras, únicamente para suprimir vulgaridades y procacidades que a veces poblaban la conversación de Bartolomé.*

*Cuando se sentó a la mesa en aquella ocasión, mientras tomaba una cerveza y después dos más, a un ritmo similar al de los otros comensales, estuvo callado, moviendo los ojos de donde estaba cada uno de nosotros a*

las botellas y platos que se amontonaban en el centro de nuestra reunión. Esa actitud diferente a la del Bartolomé de siempre, hablantín, gritón y de carcajada suelta, hizo que uno de nosotros, un comerciante que surtía pedidos en las tiendas de los pueblos, le diera una palmada en un hombro, preguntándole con socarronería si su silencio obedecía a preocupación, a tristeza, o a algún tropiezo de amores. Bartolomé sonrió con autoridad y advirtió que lo que nos iba a contar no lo creeríamos; tomó aire y ampliando un poco su sonrisa, agregando autosuficiencia y cierta insolencia a su actitud, nos dijo:

—Cogí con la Xtabay.

Las risas fueron de incertidumbre porque, aunque cabía la posibilidad de que se tratara de una broma, la expresión de Bartolomé transmitía suficiente veracidad. Tanta, que el comentario inmediato de alguno de nosotros no buscó ridiculizar su revelación, sino que fue un argumento serio sobre lo imposible de la versión de Bartolomé:

—Quién sabe si la Xtabay existe. Pero si fuera cierto, ella lo que hace es que encandila a los hombres cuando están caminando en el monte de regreso de trabajar; se les muestra, camina delante de ellos para que la sigan, les coquetea, les hace creer sin palabras que pueden disfrutarla, y después les hace perder el conocimiento. Despiertan entre los espinos de la planta que llaman Tzacam y regresan con fiebre. Algunos hasta mueren. Pero ninguno la alcanza. Nadie ha tenido nunca ni nadie puede tener sexo con la Xtabay.

—Yo sí —dijo Bartolomé. Y ahí empezó su relato, que transmito ahora de la forma más fiel posible, como él lo contó.

Conducía el jeep en un camino de tierra estrecho que desembocaba en una carretera bien pavimentada para, después de pasar por un poblado no muy grande, seguir de ahí a la ciudad. Venía de una zona de siembras, donde había hablado con los campesinos para convencerlos de aceptar un programa gubernamental que a ellos les daría para vivir un ciclo agrícola de unos meses y a él probablemente para varios años. Aunque la luz de la tarde no amenazaba con deslumbrarlo, conservaba puestos sus lentes de sol, que eran parte de su atractivo personal en lugares donde la reverberación es detenida más bien por las alas de los sombreros. Y solamente apartó los lentes de sus ojos y los acomodó arriba de su frente cuando vio a la mujer.

Ella caminaba en la orilla de la vía, lentamente, con pasos suaves, como si la prisa le fuera ajena. Volteó hacia él, y el movimiento para verlo

*sirvió también para hacer a un lado, poniéndolo sobre su hombro, el caudal negro que parecía recién peinado. Su sonrisa no evitó que Bartolomé se fijara en el hipil blanco y leve, que parecía pintado a unos milímetros sobre el cuerpo macizo y retador.*

*— ¿A dónde vas? ¿Quieres que te lleve? — preguntó Bartolomé con frases y tonos que en varias ocasiones le habían dado resultados y logros memorables.*

*La respuesta fue una huida con sonrisa más marcada, y sus pasos fueron más rápidos para que ella entrara a una vereda en medio del monte.*

*Bartolomé orilló el vehículo, que era una de sus presunciones e instrumento de trabajo y de conquistas, descendió rápido y se metió por la vereda. La mujer por momentos apresuraba su caminar y por instantes lo hacía lento, tejiendo un juego sin palabras que invitaba a que la alcanzara. Él sí habló, repitió la propuesta de llevarla, le dijo que no se fuera, y mientras le decía y caminaba con rapidez para seguirla y alcanzarla, sintió cómo la figura que acentuaba su sensualidad con el vestido que subía, bajaba y se marcaba con cada paso, dejaba un rastro de perfume que instigaba todavía más a seguirla.*

*Se sintió mareado. Pero antes de perder la noción de tiempo, de espacio, de todo lo que lo rodeaba, supo quién era ella, adivinó a quién estaba siguiendo. Entonces se agachó e inclinó la cabeza, como si ya no pudiera seguir, como si el mareo lo hubiera vencido y estuviera listo para ser absorbido. La mujer se detuvo, sacudió el pelo, se pasó las manos por los hombros, por los senos, por todo el cuerpo, apretó las líneas del hipil sobre sus propias líneas, y sonrió de nuevo, ahora con una sonrisa distinta, menos cautivadora y más de triunfo, volteada a medias hacia Bartolomé, que de estar agachado había puesto una rodilla sobre la tierra, siempre ofreciendo la imagen de derrotado.*

*La incorporación de él fue muy rápida, y su carrera hacia la mujer de pasos amplios y sin titubeos. Ella volteó su cuerpo completamente, dándole la espalda a quien parecía sometido por su seducción, para intentar algo que él no supo si era continuación del juego del embrujo o si era el inicio de una carrera para escapar. Lo que hubiere sido no le resultó, porque Bartolomé la alcanzó en un instante, le echó su cuerpo encima, empujándola por detrás, y la hizo caer con la cara, las manos y el pecho hacia adelante.*

*Con su cuerpo aprisionándola, Bartolomé apenas pudo ver que el pelo, unos minutos antes tan cuidado, caía entonces revuelto, descubriendo la nuca sobre la que él acomodó su boca. La caída de ella y el empujón de Bartolomé corrieron el hipil más allá de la cintura y mientras él la sujetaba por los brazos pudo ver que nada había debajo del vestido más que el tono moreno de ella, nada más que su carne firme que se resistía ante el acoso inesperado.*

*Quizá por la sorpresa que a ella la llevó al descontrol, por la fuerza de Bartolomé, o por lo inesperado de los hechos, los afanes y movimientos de él no tuvieron que tomar tanto tiempo para que en medio de los intentos de ella para escapar, él se preparara, para que sus rodillas pudieran separar los muslos de la mujer, para que en un acto hasta pocos minutos antes impensable para la historia, el mito y la tradición, él entrara en ella.*

*Según lo contó Bartolomé, cuando ella sintió lo inusitado, alternó movimientos de lucha con otros de colaboración, y así él pudo quitar sus manos de los brazos de ella, para pasearlas por la espalda que se movía en olas tenues que iban hasta las nalgas y las piernas temblorosas a pesar de su firmeza.*

*Los alaridos de la mujer podían ser de dolor o de rabia, como sus gemidos acaso eran de placer o de humillación, y todo hacía eco en la hierba, en los árboles, en los pájaros, en las serpientes y venados asombrados que hicieron un repentino y profundo silencio, en la tierra arañada por las uñas inesperadas de la mujer que pegaba la frente al suelo, que abría con estupor y cerraba con dureza los ojos, aunque esto, según afirmó Bartolomé cuando nos lo contó, lo vio a medias, por la posición en la que se encontraban. Lo que sí pudo percibir, sin duda alguna, fue que el aroma de flores recién cortadas que había dejado la mujer durante los momentos en los que él la había seguido primero caminando y después corriendo, alternaba con una suerte de olor fétido, tan desagradable que Bartolomé tuvo algún titubeo que casi lo lleva a desistir de aquel logro trascendente.*

*Pero no, no desistió. A pesar de que el olor pestilente borraba por momentos el aroma de flores agradables, continuó en su empeño hasta que sintió que ella casi se desvanecía cuando finalizaba con un rosario de movimientos rápidos e involuntarios, que le dieron a él permiso para que su ímpetu cediera y quedara exánime sobre la mujer que parecía haber perdido*

el conocimiento. Sin embargo, ni en esos momentos dejó de estar alerta, y en un movimiento rápido, tan rápido como los que le habían permitido alcanzar y acceder a la mujer, se levantó, arregló de él lo que había que arreglar, y corrió por la vereda rumbo a su jeep. En el monte continuaba el silencio de los animales, del viento y de las plantas, que parecía obedecer a una mordaza de dimensiones impensables.

Solamente una vez volteó antes de llegar al camino donde estaba el vehículo, y alcanzó a verla aún sobre la tierra, boca abajo como la había sometido y disfrutado, con el hipil hecho un pequeño rollo en la parte alta de la espalda, calzada nada más con una de sus sandalias porque la otra estaba tirada a un lado, con ese cuerpo bello como ninguno antes había visto ni sentido. Quiso regresar, y voltearla, y devolver el pelo de ella hacia atrás, hacia la nuca y la espalda, y mirarla a los ojos para descubrir profundidades escondidas, y besarla de frente, y quizá hacer el amor con ella, más suave, más lento, acompañado de alguna palabra... Pero tuvo presente de quién se trataba y prefirió correr, huir. Subió a su jeep y temblando de emoción, de osadía, y tal vez por otros efectos que después descubriría, encendió el motor y enfiló hacia la carretera que lo llevaría a un poblado y después a la ciudad.

Así nos lo contó Bartolomé en aquella cantina de pueblo que nos aliviaba de los calores de una tarde temprana. Así terminó su relato, segundos antes de que lo atacara una risa de sonidos agudos, que hubieran sonado a burla si no fuera porque se hacía incontenible, como si se volviera en contra suya. Parecía desesperado, como con una prisa sin destino, cuando, siempre envuelto en esa risa estridente, se levantó de la mesa, fue al baño precario de espacio y de limpieza de la cantina, y regresó para dejar el dinero que cubría su parte de la cuenta. Salió casi dando de tumbos, trazando semicírculos en el suelo, como si el efecto de la poca cerveza que había tomado se hubiera multiplicado, y desde el quicio de la puerta, al punto de la carcajada, gritó:

— ¡La voy a buscar! ¡Voy a verla otra vez!

En la mesa quedamos aturcidos. Hubo alguna risita, pero sobre todo descontrol que encerraba incredulidad. Y la incredulidad obedecía a que no podíamos saber si se trataba de una broma llevada al extremo, o si Bartolomé había caído en una hondonada demencial, porque no creíamos que la fanfarronería que le era natural llegara a eso.

—¿Qué le pasa? —fue la pregunta que la situación hacía ineludible.

—No sé por qué hace eso —dijo el maestro—. Hay cosas con las que no hay que jugar. Contar eso es una blasfemia. Es meterse con cosas que son como sagradas.

—Pero eso no existe. La Xtabay es un mito. Quién sabe qué tiene Bartolomé para estar inventando esas cosas —dijo el comerciante.

—Los mitos son por algo —dijo el maestro—. Los mitos no siempre son pura mentira. Pueden ser realidades alteradas o modificadas, pero con esencia de verdad. ¿Y si la Xtabay existiera? No digo que haya que creerle a Bartolomé, pero asegurar que no existe sería tomar una de esas actitudes soberbias de los seres humanos, que es negar la existencia de lo que no conocemos.

—En fin —dije yo—, ya se le quitará a Bartolomé ese comportamiento alocado. Pasemos a otra cosa. —Pero no hubo otra cosa, porque la reunión se había enfriado y lo que quedó entonces fue pagar e irnos.

A Bartolomé no se le quitó lo alterado. Con modificaciones menores, la escena se repitió en los dos meses siguientes, una o dos ocasiones por semana. A veces tomaba en silencio su cerveza y decía nada más que no había podido encontrarla a ella. Así decía: “a ella”. Otras veces, además de decir eso reía, con aquella risa escandalosamente chillona, que aunque ya se la conocíamos, se volvía desquiciadoramente recurrente. Y en ocasiones no decía nada, observaba nada más a los compañeros de mesa, a las botellas y platos, y su silencio se interrumpía por lágrimas y sollozos que reprimía en cuanto le era posible. Todo parecía provocado porque no la encontraba, porque la buscaba y no la veía. Faltaba a reuniones de trabajo, no le interesaban los amores existentes o factibles de existir. Todo se centraba en su desesperación, en su tristeza, en su coraje por no encontrarla “a ella”.

Fue dejando de asistir a los encuentros en la cantina. Lo veíamos pasar ocasionalmente en su jeep o caminando; saludaba de lejos, nos decía que nos veríamos en alguna parte y nunca llegaba. Como al tercer mes después de que nos había contado su versión del encuentro con la Xtabay, dejamos de verlo. Ya no solamente no aparecía por la cantina, sino que su ausencia se notaba en las calles, en las tiendas, en todas partes de los pueblos por donde antes circulaba alegre, ostentadamente.

*Entre quienes lo conocíamos, amigos o no de él, comentamos su ausencia. Nos dividimos para preguntar a otros conocidos suyos, a compañeros de trabajo, a familiares, a una o dos de las mujeres con las que sabíamos que había tenido amores o que había pretendido tenerlos, y nadie supo decir alguna cosa distinta a que lo habían dejado de ver hacía varios días. Fuimos también a dos oficinas de policía, y en ambas nos dijeron que teníamos que formalizar una denuncia pero que no era fácil la acción legal por algo que nadie sabía: no había elementos para investigar, nos dijeron.*

*Unos días después de la ausencia total de Bartolomé, un campesino dio aviso de que había encontrado su jeep de trabajo en una brecha, casi escondido entre la maleza. La noticia corrió rápido, y en poco tiempo estábamos reunidos alrededor del jeep amigos, curiosos, y dos agentes de policía que nos dijeron que no tocáramos nada, como si pensarán que entonces sí podría haber alguna investigación. No porque creyéramos en su eficacia, sino más bien porque no lo consideramos útil, nos abstuvimos siquiera de rozar el vehículo por dentro o por fuera.*

*Pero eso no evitó que miráramos, que viéramos que por fuera y por dentro la máquina que había sido vanagloria e instrumento de Bartolomé no tenía más raspaduras que las habituales. Sus condiciones normales, la forma en la que estaba estacionado a la orilla de ese camino estrecho, alejaban cualquier especulación sobre una frenada brusca, aunque en los últimos metros anteriores a donde estaba, las marcas de las llantas parecían indicar que se había arrastrado con mayor profundidad.*

*En cambio, un poco más adelante del jeep, donde la brecha se hacía cerrada y abrazada por la hierba, estaba uno de los botines que usaba Bartolomé, recostado sobre la orilla del camino y como si estuviera aún en plena caminata. Era un zapato solo, un poco gastado en los tacones altos que su dueño usaba para dar la idea de que su estatura era mayor que la real. El botín era el único detalle que alteraba la escena tranquila del vehículo estacionado que apenas había marcado la orilla con una frenada posiblemente rápida pero cuidadosa.*

*Por ahí buscamos, entrando unos pasos entre las hierbas que trababan nuestra ropa. Alguien gritó el nombre de Bartolomé, y aún no terminaba de pronunciarlo cuando la inutilidad del intento lo hizo mover negativamente la cabeza. Avanzamos unos metros más en el camino apre-*

*tado que al final llegaba únicamente a unos campos pequeños con menos maleza, detrás de los cuales nuevamente se iniciaba el monte que parecía infinito.*

*En ese espacio escampado nos pareció que tenía más caso llamarlo a gritos, pero nuestras voces se perdieron rebotando entre matorrales y árboles con ecos leves que no prometían nada. Avanzamos algunos metros, pero lo inútil de todo aquello fue aún más evidente cuando los policías hablaron de traer peritos que tomaran huellas dactilares en el jeep para después poder llevárselo.*

*En los días siguientes la búsqueda de Bartolomé continuó de diferentes maneras. Agentes de policía hacían preguntas inútiles y especulaban sobre si Bartolomé podría haberse comprometido con alguna banda de delincuentes o algo así, a quienes les hubiera incumplido y eso hubiera ocasionado su desaparición. Por aquellos tiempos era poco factible porque la delincuencia que años después asolaría a grandes regiones del país estaba aún en expansión inicial, porque en la zona donde él trabajaba las actividades delincuenciales prácticamente no existían, y además porque Bartolomé podía desviar algunos recursos dedicados a la producción campesina, pero no se inclinaba por nada más riesgoso.*

*No se descartó alguna acción provocada por la ira o por los celos de un novio, marido o amante ofendido, pero no parecía haber nadie en un panorama donde difícilmente se podía ocultar una relación que desembocara en venganza.*

*Quienes éramos parte del grupo al que acudía Bartolomé nos seguimos reuniendo, comentando lo infructuoso de nuestras indagatorias y lo inútil de las policiacas. Entre las varias conjeturas que asomaron por su desaparición, no faltó que en alguna ocasión alguien preguntara si lo que había contado de su encuentro con aquel poderoso mito femenino habría sido cierto. Pero aún el maestro que blandía siempre su respeto por lo desconocido lo pensó poco probable.*

*De ser tema cotidiano, la desaparición de Bartolomé se fue convirtiendo en recuerdo ocasional para nosotros y para muchos de sus conocidos. Para la policía se volvió materia de archivo.*

*De cuando Bartolomé se ausentó hasta ahora, han pasado unos 18 años. En varias regiones mexicanas la desaparición de personas se ha ido*

*convirtiendo en algo siniestramente cotidiano. Pero son desapariciones que relevan de la brutalidad humana y no del reto a lo mítico. La de Bartolomé fue distinta.*

\*\*\*

Cuando el hombre mayor terminó de contar aquella historia del tal Bartolomé y la Xtabay, nuestras dudas eran no solamente sobre el mito, sino sobre la historia misma de Bartolomé. Habíamos nada más empezado a esbozar nuestra incredulidad, cuando el joven de la chamarra llamativa habló nuevamente, con esa expresión reflexiva que se alejaba de la altanería que había dado como resultado que estuviéramos en aquella *suite*:

—El niño del que yo les hablo escuchó también historias semejantes de aparecidos, de fantasmas que se asomaban en la vecindad en la que vivía, cuyos recovecos bien hubieran podido servirles de escondrijo. Pero no tuvo mucho tiempo de saborear el miedo que le daban los cuentos que escuchaba, porque además de que estaba obligado a ver cómo su mamá arrastraba la existencia, tenía también que oír la molestia del papá cuando noche a noche sacaba todo el coraje que le daba pasar las horas en un negocio fabril donde a él también le pagaban con retazos de lo que se obtenía gracias a su esfuerzo y al de varias decenas de compañeros.

—Por eso las historias del más allá y de cosas sobrenaturales que le daban miedo, nada más lo distraían por momentos de la obligación de absorber las tristezas de aquellos quejumbrosos cuartos de vecindad que compartían los papás con él y con sus hermanas. Por eso siempre fueron mayores los miedos a lo que podía pasar con él y con los que estaban cerca de él; y contra eso había que volverse duro. Pero bueno, no se vayan a entristecer —dijo con tono irónico—. Mejor sigan con otro relato de esos que están contando. ¿A quién le toca?

Y así, preguntando de quién era el turno para hablar, el joven que nos había conseguido protección de la lluvia y de la confrontación social-policiaca, se empezó a convertir también en un organizador de las intervenciones para los relatos.

— Bueno — dijo la mujer de menor edad — me toca a mí, porque casualmente tengo para ustedes algo que pasó también en Yucatán. Si ustedes se acuerdan (y aquí sí que no hay nadie tan joven como para que no pueda acordarse), durante algunos meses, o un año, o un poco más, antes de que llegara diciembre de 2012, en varios medios y lugares afirmaron que los antiguos mayas habían hecho la predicción de que el mundo se acabaría en esa fecha, ese mes y ese año. Quienes dijeron eso habían mal entendido la lectura de una estela prehispánica, o lo habían dicho para asustar, o para sacar dinero, o porque querían que el mundo se acabara y ésta era su manera de lanzar a todos los vientos su deseo. Quién sabe cuántas cosas se tejieron alrededor de esa falacia. Yo conocí una forma en la que se habló del tema, que tal vez no fue de lo mejor . Les cuento.

## ALBA Y EL FIN DEL MUNDO

—Entonces... ¿Se acaba el mundo o no? —así soltó Lucio la pregunta, sin decir ni hola, ni buenas tardes, ni trajimos esta botella que espero sirva para acompañar la comida.

Así la soltó, nada más, en cuanto Ana le abrió la puerta de la casa anfitriona, que a pesar de no estar muy en el centro de Mérida y de no tener más de 50 o 60 años de construida, quería ostentar un aire lejano de vieja casa de hacienda henequenera. Patio central rodeado por corredores que se abrían a tres cuartos, a la sala, al comedor que, puerta mediante, colindaba con la cocina, que a su vez terminaba en la salida al patio trasero. Patio central habilitado en jardín, mientras el de atrás era como un pequeño huerto con cuatro o cinco árboles.

—Debería —contestó Ana casi con risa, siguiendo el juego que le hizo gracia de iniciar una conversación sin haber saludado antes, aunque se acercó para ofrecer un medio beso de mejilla a mejilla. Primero a Lucio, enseguida a Graciela que sonreía con timidez, tal vez un tanto apenada por la pregunta lanzada por su marido como chiste inquisitivo.

—Debería —dijo de nuevo Ana—. Para como están las cosas, con la humanidad desquiciada, lo mejor que podría pasar es que se acabara el mundo. Aunque si tu pregunta es si se va a acabar porque está dicho en alguna profecía maya, entonces me temo que va a continuar girando, tal como ahora, por un rato más. Así que mejor pasen, siéntense y digan qué quieren tomar antes de ir a la mesa, mientras se sirve la comida.

Lucio y Graciela hicieron saber a Ana que cambiaban la botella de vino que habían llevado por dos cervezas, y Ana decía que entonces serían tres cuando apareció Roberto, su pareja de algunos años, saludando y ofreciendo traer las cervezas, que ya iban a ser cuatro. Cuando asentó las botellas que sudaban heladez en la mesa de centro de la sala, rodeada por invitados y anfitriones en sus mecedoras, Roberto anunció que en un

*momento traerían algunas botanas ligeras de entrada. —Ligeras, porque la comida merece que le dejen un espacio amplio.*

*— ¿Las va a traer Alba? —preguntó Ana.*

*— Sí, me dijo que en un momento, nada más que termine de acomodar las tostadas en un plato —contestó Roberto.*

*Y Ana informó a sus invitados: —Alba es la señora del servicio que nos ayuda. Buena persona. Y cocina de maravilla. Al rato van a ver.*

*Y así quedaron instalados a la espera de las entradas que precederían a una comida prometida desde semanas atrás, desde cuando Lucio y Graciela habían llegado a Yucatán para llevar la expansión de la empresa donde él trabajaba, y para que ella ofreciera servicios académicos en alguna de las universidades regionales. De la Ciudad de México como sus invitados, Roberto se había convertido en gran medida en un yucateco, porque desde hacía años su labor pediátrica convivía con el trabajo de artista plástica de Ana, la única de los cuatro nacida en Mérida. Todos rebasaban por unos meses los cuarenta y se conocían de años atrás, desde que Roberto vivía en el Distrito Federal.*

*Frente a la insistencia de Lucio sobre el tema de las profecías mayas del fin del mundo, Ana previno, más en serio de como lo había comentado antes:*

*—Que conste que toda cosa que yo diga está bajo reserva y duda. Ni soy antropóloga, ni historiadora, ni experta en cosas mayas. Cuando mucho me asumo como aficionada y repetidora, espero que con alguna fidelidad, de las cosas que oigo y leo de gente que sí conoce del tema.*

*Cualquier comentario que hubiera seguido a la advertencia de Ana se pospuso por las “buenas tardes” que a media voz dijo Alba. Y aunque sabía que el lugar para las botanas era la mesa de centro, de todas formas la preguntó a Ana:*

*— ¿Aquí dejo los platitos?*

*Al tiempo que Ana decía que sí, los invitados le contestaron a Alba las “buenas tardes”, y enseguida Ana les dijo:*

*—Ella es Alba.*

*Con voz firme Lucio y Graciela dijeron “mucho gusto”. Con voz suave, casi apagada, tímida, Alba dijo lo mismo.*

*Tendría entre 65 y 70 años, que se podían calcular a pesar del pelo negro sin canas ni tintes, rematado en un chongo apretado en la parte*

posterior de la cabeza ligeramente ancha, con sus ojos negros que, desde su profundidad disimulada, escoltaban a la nariz de levedad aguileña. Bordado en flores de colores leves alrededor del cuello y abajo de las rodillas, el hipil que daba salida a unos brazos menos largos que redondos y fuertes, completaba el cuadro de una mujer de las que en Yucatán llaman “mestizas”, y que son marcadamente indígenas.

Sin fijarse mucho en Alba, Lucio y Graciela se prepararon a oír lo que Ana diría sobre la profecía.

—Creo que ni siquiera se podría hablar de profecía. Se trata más bien de una especie de cierre de una de las cuentas del tiempo que los sabios, o astrónomos, o sacerdotes mayas, o todo eso junto, elaboraron hace entre unos mil a mil quinientos años, o más.

Adelantándose a su marido, Graciela preguntó:

— ¿Es una cuenta del calendario maya?

—No precisamente — dijo Ana tratando de no adoptar tono de conferencista, para lo que mordió con suavidad distraída una tostada.

—Como otros pueblos prehispánicos, los mayas tenían dos calendarios: uno, digamos que civil y agrícola, y en parte ritual, regía la vida cotidiana y era de 365 días, de los cuales los últimos cinco eran considerados días aciagos, en los que había que evitar actividades. El otro, de 260 días, era un calendario ritual, que tenía que ver además con lo que indicaba cada día sobre el destino de los seres humanos... hay quien lo ha querido ver como una especie de zodiaco.

—Pero ninguno tiene que ver con las famosas supuestas profecías ni con la predicción del fin del mundo — dijo Roberto, tal vez tratando de hacer notar de pasada que su pareja no era la única que tenía alguna idea sobre el tema.

—Al menos no directamente — continuó Ana, sin asomo de competir en conocimientos con Roberto—. Lo de diciembre del 2012, que por desconocimiento o con intenciones mercadotécnicas se ha anunciado como la fecha de la profecía del fin del mundo, está sacado de lo que se llama la cuenta larga, que es distinta a los dos calendarios.

Para los invitados, la de Alba fue una presencia poco atendida cuando le preguntó a Ana, apuntando a uno de los platos que ya estaba vacío, con el índice a medio estirar: — ¿llevo ése? ¿traigo más?

— Sí, Alba, llévatelo. Y no traigas nada más. Terminamos las cervezas y pasamos a la mesa. Ya puedes ir poniendo el queso — contestó Ana.

Como si no quisiera ser notada, Alba retiró el plato y salió de la escena de la sala.

Lucio no dejó de comentar lo marcado del acento yucateco de Alba. — Además del acento se expresa chistoso. Dijo “llevo”, no dijo “me lo llevo” o “lo retiro” — comentó medio divertido.

— ¿Entonces la cuenta larga, la de las supuestas profecías, es distinta a los calendarios? — Graciela trajo otra vez el tema y desvió el comentario sobre Alba.

— Sí, — aprovechó Ana para retomar la plática —. Parece que hacían cálculos de períodos largos, de muchos años, para fijar en el tiempo hechos que exigían una precisión adicional a la de los calendarios cíclicos, como el surgimiento del cosmos, del mundo, tal vez el principio de alguna dinastía. Pudo haber sido que pensarán en segmentos de la cuenta larga a partir del inicio de algún reinado. Tal vez algún gobernante o su descendencia hayan querido que se creyera que una parte importante del tiempo empezaba con ellos. Aunque para creer eso no hay que ser maya... ¿no creen? Hay gobernantes actuales en todo el mundo que piensan lo mismo — bromeó Ana —. Si quieren vamos a la mesa y ahí seguimos.

En el centro de la mesa del comedor, en medio de los cuatro lugares puestos con platos, cubiertos, vasos y servilletas, estaba un queso holandés redondo, en un platón, relleno y rodeado de carne molida con aderezos, aceitunas, pequeños toques de clara de huevo que la emblanquecían, algunas alcaparras, y mitades de almendras que se escondían entre todo lo demás. Dos vasijas a los lados ofrecían salsas distintas, una roja por su base de tomate, blanca la otra.

Desde la puerta que separaba a la cocina del comedor, como refugiada contra la pared, replegada a un lado, Alba los veía sentarse, acomodarse, los oía bromear y, como si dudara, se animó a preguntarle a Ana si les servía.

— Sí Alba. Primero a doña Graciela y a don Lucio.

El cuerpo moreno se deslizó suavemente entre los comensales, para tocar nada más lo indispensable, como si caminara en suelo pantanoso. Las manos, que con ser de trabajo no comunicaban tosquedad, tomaron el plato

de Graciela, le pusieron un pedazo del queso cortado con el picadillo que le servía de relleno, y lo acompañaron con cada una de las salsas. Alba repitió la operación con el plato de Lucio y después, con más confianza, hizo lo mismo con Roberto y con Ana. Con rapidez fue a la cocina y enseguida regresó con un tortillero redondo.

Apenas habían comenzado a probar la comida, cuando Roberto dijo: —Para no dejar sin terminar el tema del fin del mundo, entonces hay que ver que según los cálculos de esa cuenta larga que decía Ana, el ciclo que empezó alrededor de agosto de 3114 antes de Cristo, es el que termina en diciembre del 2012, o sea que es un ciclo de unos 5125 años, que tal vez fue precedido por otro igual, o por otros, y que será también continuado por uno o varios más. Pero hasta donde nos han dicho, en ninguna parte aparece que al terminar este ciclo u otro se acabe el mundo o que vaya a haber catástrofes que terminen con la especie humana.

Las alabanzas a la excelencia del queso relleno se alternaban con las reflexiones, unas veces menos especulativas que otras, sobre el saber astronómico y calendárico de los mayas antiguos. Sólo la observación y la sapiencia sobre los movimientos astrales habían podido producir los calendarios y la cuenta larga con la precisión que habían tenido, aseguró Roberto. —Hay que imaginar sociedades que con todas sus diferencias y conflictos, tuvieron la capacidad para producir astrónomos, tal vez astrólogos, y artistas que ahora nos hablan y hacen hablar de ellos.

—Aparte de esas dos salsas, si quieren algo picante pueden probar una de un chile regional, el habanero, que es realmente bravo —dijo Ana, y en seguida le pidió a Alba, que se había colocado otra vez junto a la puerta:

—¿Nos puedes traer un poco de Xnipec, Alba?

Cuando Alba llevó un pequeño plato hondo con la salsa hecha del chile ofrecido, con naranja agria, cebolla y tomate, Ana bromeó con ella: —A ver si no se enchilan don Lucio y doña Graciela.

La sonrisa de Alba estuvo a punto de convertirse en risa, pero se contuvo.

—¿Cómo le dijiste a Alba que se llama esta salsa que pica fuerte? —preguntó Graciela.

—Xnipec. En maya quiere decir nariz de perro, porque cuando la comes moqueas y se te humedece la nariz como a los perros —contestó divertida Ana.

*La contestación de Ana provocó que Lucio le preguntara si ella hablaba maya, a lo que Ana contestó lamentándose con una negativa, y diciendo lo mucho que le gustaría hablar la lengua.*

*—El tiempo que te tomaría aprender a hablar maya lo podrías usar en hablar bien inglés ¡o chino!; son idiomas para la globalización —comentó Lucio.*

*—En maya... ¿con cuánta gente te podrías comunicar? En cambio en chino o en inglés, imagínate.*

*—No cabe duda sobre tu sentido práctico —ironizó Roberto—. Sí, en maya te podrías comunicar tal vez con menos de un millón de personas. Es decir, con Alba y con algunos cientos de miles más, que no son muchos a pesar de que es la segunda lengua indígena más hablada de México, después del náhuatl. No con los millones con los que podrías hacer negocios si te comunicas en inglés o en chino.*

*—Aunque aquí estamos rodeados de mayas, de sus descendientes, o de mestizos mayas. Sólo por eso estaríamos obligados a hablar su lengua —dijo Ana con un poco más de seriedad de la que había en el ambiente.*

*—¿Entonces Alba sí habla maya? —preguntó Graciela, cumpliendo con su tarea de disolver tensiones antes de que se formaran.*

*—Sí. Es su lengua materna. La aprendió en el pueblo donde creció, junto con el español, o antes de hablar español —informó Ana.*

*—¡Ah! Entonces que nos diga algo en maya. A lo mejor nos puede decir si se va a acabar el mundo en diciembre de este 2012 o no —volvió a bromear Lucio.*

*—Ya quedamos en que no hay indicadores de que según los antiguos mayas se vaya a acabar. El 21 de diciembre termina una cuenta de una serie de katunes, que son ciclos de 20 años y que ampliados han dado esta cuenta larga. Nada más. En todo caso, sería un cambio de era. Equivalente a un cambio de milenio en los calendarios occidentales. Cuando entramos al año 2000 también dijeron cosas como esas, con los mismos falsos fundamentos —insistió Ana.*

*Lucio repitió: —¿Pero le has preguntado? A lo mejor ella sabe lo que no saben los que estudian a los mayas. Ella es maya. Hay que preguntarle. ¿Y porqué se llama Alba? Ni es blanca ni parece pertenecer a algún amanecer.*

*El tono de la respuesta de Ana insinuó confrontación: — Se apellida Ek, que en maya significa estrella. Así que una posible traducción sería Alba de la Estrella o mejor Estrella del Alba. ¿Lo entenderías?*

*No siguió porque Alba apareció preguntando si recogía los platos, evitando así, sin proponérselo, que continuara la respuesta de Ana, que iba indicando que su tolerancia y cortesía disminuían. La pregunta de Alba le ahorró también a Graciela otra intervención moderadora, y a Ana le permitió girar de la respuesta a una pregunta sobre si alguien quería algo más del queso relleno.*

*— Muy sabroso todo, pero ha sido más que suficiente — dijo Graciela.*

*— Sí, muy rico, como para una comida del fin del mundo — rió Lucio — aunque tal vez no sea una comida muy maya porque hasta donde sé los mayas no comían queso.*

*Y como Alba permaneció junto a la mesa, para esperar la indicación sobre el retiro de los platos, Lucio aprovechó para preguntar con una nueva sonrisa: — ¿Usted sabe si se va a acabar el mundo, Alba?*

*Alba miró por un instante a Ana, después vio hacia los platos, y mientras empezaba a levantarlos murmuró, sin cambiar la vista: — No, no sé.*

*— ¿Sus abuelos no le hablaron de eso? — insistió Lucio, ahora sin sonreír, pero con un tono que no aseguraba seriedad a su pregunta.*

*— No, de eso no hablaban — dijo Alba mientras juntaba platos y cubiertos, casi con prisa.*

*Roberto intentó cortar lo que se perfilaba como interrogatorio, advirtiendo que faltaba el postre, algún digestivo que podía ser tequila o brandy y también café.*

*Mientras Graciela decía con rapidez que quería nada más una porción menor del postre, Lucio se dirigió de nuevo a Alba:*

*— ¿Y hablaban de otras cosas?*

*— Sí, de otras — dijo Alba casi con un susurro, mientras empezaba a cargar los platos.*

*— ¿En maya?*

*— Sí — dijo Alba con intención de retirarse con su carga de platos y de cubiertos.*

—Díganos algo en maya —pidió con sonrisa renovada Lucio.

—Ya Alba, te acompaño a la cocina y traigo los dulces y el café. Don Roberto trae el tequila —cortó Ana.

Alba sonrió casi sin que se pudiera percibir, obedeció a Ana y se alejó a la cocina.

—No le diste chance de que nos dijera algo en maya. A lo mejor hasta decía algo del fin del mundo. Y si su apellido quiere decir Estrella y es Alba, puede ser que desde niña supiera. Claro que no lo íbamos a entender —dijo Lucio riendo.

—Claro que no, no la hubieras entendido. Pero de todas maneras no hubiera dicho nada—dijo Ana—. Además, mejor, tal vez te decía algo en maya, te insultaba y tú ni cuenta te ibas a dar.

Invitados y anfitriones rieron. En pocos minutos, Ana trajo el postre y el café. Roberto ya había puesto una botella de tequila y otra de brandy sobre la mesa. Relajados, hablaron de otros temas, de la crisis económica, de alguna tendencia pictórica de moda, de la inseguridad en muchas partes del país. El fin del mundo quedó de lado, cuando se enfrascaron en problemas inminentes. Graciela respiraba con menos tensión, Ana y Roberto se sentían más cómodos en su papel de anfitriones seguros de haber ofrecido una buena comida, Lucio demostraba erudición en otros rubros.

En la cocina, Alba había dejado los platos en el fregadero. Antes de empezar a lavarlos, se sentó unos minutos en una silla que estaba en la puerta que daba al patio. Usó los pies para quitarse los zapatos, y sintió en ellos la frescura del piso primero, y después la de la tierra. Acomodó los brazos sobre sus piernas y dobló hacia adentro de ellas la parte baja de su vestido, acomodando el bordado de flores que se juntaron como si quisieran ser un ramo.

Ahí, sentada, paseó la vista, deteniéndola por instantes, entre los pocos árboles del patio. Se arregló el chongo que amenazaba con rebelarse y respiró profundo y lento. Por unos segundos quedó inmóvil, con la mirada sólo en apariencia perdida, imaginando quizá que ella sabía lo que tenía que saber.

Ya recostado más cómodamente, claramente menos tenso, modificando tonos y modales, nuestro joven conductor dijo, otra vez como si fuera una reflexión nada más para su consumo:

–No, claro, el mundo no se acabó cuando decían que se iba a acabar. Aunque tal vez hubiera valido que se acabara de un sólo fregadazo y no de a poquito como nos lo estamos acabando todos los días. Así el niño del que les hablo fue queriendo que ese mundo que conocía se terminara. No se daba muy bien cuenta al principio, pero ese deseo se le iba metiendo. Y cuando su padre les empezó a contar a él, a su mamá y a sus hermanas que ya no aguantaba los tratos que le daban en su trabajo, y que él y otros se habían puesto de acuerdo para hacer organización en la fábrica y para “poner las cosas en su lugar” (así lo había dicho su papá), el niño, que entonces empezaba a alejarse de su infancia, admiró la valentía, aunque después de poco tiempo estuvo seguro de que eso no serviría para nada.

–El papá se entusiasmaba, llegaba y ya no se quejaba, o se quejaba pero decía que estaban avanzando y que pronto les pagarían con un poco de justicia, y que ya iban a poder discutir las condiciones de trabajo con los de la empresa para que no hubiera todos aquellos malos tratos. Y que si no se podía iban a parar la fábrica porque su organización sindical ya era fuerte como para eso.

–Porque no tenía mucho caso ser niño, porque había que crecer rápido para salir de todo, de la tristeza y de los malos humores de la madre, de lo incierto sobre lo que le esperaba a sus hermanas y a él mismo, quiso por un momento creer en las ilusiones del papá que sustituían un poco a sus corajes.

–Una o dos veces fue con él a las reuniones de organización para lo que llamaban acciones que se estaban preparando.

–Ahí hablaban el papá y varios de los compañeros de la empresa sobre las negociaciones que ya pronto empezarían con los empresarios, y sobre cómo sería la huelga si no les cumplían lo que estaban demandando, sobre quién los apoyaría y todo eso. Iban

también a esas reuniones unos jóvenes, mayores que él, como de 20 o 25 años, que hablaban también de la organización y de cómo esa lucha debía ser parte de muchas otras que había que empujar, porque con una mejoría pequeña no se atacaba el fondo del problema, que era la explotación general. Al papá y a sus compañeros eso les interesaba, pero ellos sí querían esa mejoría, aunque fuera no muy grande, y después ya verían si le entraban a lo que decían esos jóvenes, que ciertamente no sólo hablaban sino que también estaban decididos a ponerse fuertes en lo que viniera y que se les veía solidarios. Pero él estaba casi seguro de que a su papá y a los otros compañeros los resultados no se les darían como su entusiasmo lo imaginaba. Y aunque los jóvenes solidarios se veían dispuestos, para ellos ni su vida ni su futuro parecían estar en juego ahí.

El hombre de menor edad parecía más interesado que los demás en lo que se iba convirtiendo en un relato de nuestro compañero protector. Y quizá por eso puso énfasis en su comentario.

—Quién sabe cuántas veces ha pasado algo así. Lo digo por la inconformidad de muchos trabajadores, pero también por la actitud de jóvenes como esos que se involucran en conflictos que no son de su clase social. He conocido algunos casos. Esto me recuerda una parte de la historia que me toca contarles. Pero primero me gustaría asomarme a la calle para ver cómo va la lluvia y cómo siguen los golpes. Se oye un poco calmado el aguacero, pero no alcanzamos a saber cómo van los enfrentamientos. Supongo que podemos salir. No estamos prisioneros ¿o sí?

—Te acompaño —dijo nuestro joven protector levantándose de su posición cómoda en la cama—. No vaya a ser que te topes con el guarurita del hotel y ya no te deje regresar.

Y mientras caminaba a la puerta de la habitación lujosa, sonrió levemente por primera vez.

No fue mucho el tiempo que tardaron los dos, nuestro amigo que había conseguido alojamiento y comida, y el hombre de menor edad de todos a los que nos había protegido. Regresaron en muy pocos minutos, durante los cuales quienes nos quedamos en la habitación no dijimos una palabra. El hombre que había querido

asomarse a la calle venía ligeramente tocado por alguna ráfaga de lluvia y nuestro amigo que lo había acompañado entró detrás de él, como cuidándole la espalda.

—No, lo de ahí afuera no cambia. Tal vez hasta haya empeorado —dijo el hombre que como todos nosotros podía disfrutar la habitación gracias a quien lo había acompañado en ese momento.

—La lluvia sigue muy fuerte, el agua está corriendo como si hubiera pequeños ríos en los bordes de las calles. Y esos riachuelos traen ramas de árboles, mantas de manifestantes y escudos de los policías. Y el enfrentamiento sigue. En el instante en que salimos, entre el agua y el viento los policías replegaban a los manifestantes, que ya empezaban a reorganizarse.

—Imposible salir sin riesgo de ahogarse, o cuando menos de mojarse mucho, y de ser descalabrado por alguna rama de árbol arrastrada por el agua o lanzada por el viento, o por algún tolete de policía o palo de manifestante. Mejor les digo la historia que antes de salir mencioné y que me la recordó lo que comentaba nuestro amigo.

Y mientras decía eso y se sentaba donde antes había estado, los demás nos reacomodábamos y el joven bravo que lo había acompañado se volvía a medio recostar en la cama, con esa actitud más relajada, más de confianza hacia todos y hacia sus pensamientos.

El hombre que había hecho la incursión para revisar el panorama de afuera comenzó su relato.

## MATÍAS FLORES

*La historia corría en los pasillos y en los patios de una vecindad de la colonia Guerrero, en la Ciudad de México. Dejó de ser contada ahí, porque después del terremoto de septiembre de 1985 la vecindad ya no fue habitable, y quienes vivían en ella debieron irse a otras partes, en un proceso de peregrinación en búsqueda de viviendas que en muchos casos los llevó a manos de especuladores o de líderes que los hacían ir a mítines a cambio de la promesa de algún pequeño departamento.*

*Es probable que algunos de los antiguos habitantes de aquella vecindad, junto con sus muebles y demás enseres se hayan también llevado la historia y la sigan contando ahí donde ahora estén viviendo.*

*Esa historia decía (y seguramente dice) que antes, mucho antes de ser conocido en esa vecindad como don Matías, don Matiítas o el señor del once, Matías Flores había sido un campesino, un hombre del campo y, por encima de todo, un guerrero del campo. Como para cualquier campesino sublevado, el azadón y el rifle habían sido para él instrumentos que se complementaban, pero aunque desde siempre había conocido la dureza del sol, la bondad de la tierra y la veleidad de las aguas, su experiencia vital más intensa la tuvo sobre el lomo del caballo (alternando en sus manos la rienda y la carabina), en la emboscada y la retirada guerrilleras, en la formación y en la disolución de los grupos de combate.*

*Aún no dejaba de ser niño cuando asistió, desde lejos, a la elección de Emiliano Zapata como representante de la comunidad de Anenecuilco en septiembre de 1909. Al rebelarse los pueblos contra las haciendas y contra el régimen porfirista que las sostenía, Matías Flores era todavía un espectador. Pero hacia 1911, cuando insatisfechos con la gestión de Madero los campesinos del Sur continuaron en rebeldía y promulgaron el Plan de Ayala, Matías ya era capaz de llevar y traer mensajes, de avisar sobre los movimientos del enemigo, y sus rudimentos de lectura le permitieron conocer lo fundamental del Plan: el derecho a la tierra.*

*Pudo, al fin, cabalgar como un combatiente más. Alcanzó a pelear contra las tropas federales de Madero y participó plenamente contra las de Huerta y contra los carrancistas. Se ganó a pulso su lugar, su montura, sus armas. Conoció las persecuciones, las quemas de pueblos, las matanzas de campesinos, la lucha permanente contra los federales, la sucesión de gobiernos que tenían como característica común negar la solución a las demandas de los hombres del campo y enfrentarse a ellos.*

*En alguno de sus combates, una bala le pasó entre la primera y la segunda costilla del lado derecho, y los agujeros de entrada y de salida que el plomo dejó quedaron ahí, en cicatrices permanentes que muy pocas veces Matías dejó ver cuando ya vivía en la vecindad de la colonia Guerrero.*

*Los cascos de su caballo marcaron incansables las tierras de su estado natal, Morelos, y las de Guerrero, Oaxaca, Hidalgo, y llegaron hasta el Distrito Federal. En diciembre de 1914, cuando muchas partes del país estaban bajo el control de las tropas campesinas de Zapata y de Villa, cuando los carrancistas estaban arrinconados contra el mar, conoció la Ciudad de México. Entró en ella como elemento del Ejército Libertador del Sur, de las hordas del Atila del Sur, como llamaban a Zapata algunos capitalinos, quienes se asombraron cuando los campesinos se abstuvieron del saqueo y la depredación. Apenado y divertido desayunó en Sanborn's, y asistió a las sentadas que en la silla presidencial se dieron Zapata y Villa para ver qué se sentía (pero sin quedarse en ella porque aquello era cosa de políticos).*

*Hasta ahí llegaron los avances. A partir de 1915 los carrancistas se rehicieron, conquistaron la capital y se impusieron en vastos territorios. Para los zapatistas, y con ellos para Matías Flores, el asunto empezó a ser menos la toma de plazas de primer orden como Cuautla, Cuernavaca o la Ciudad de México, que la defensa rabiosa de las comunidades, de las tierras reconquistadas, de los derechos logrados, en el siempre indomable estado de Morelos. Como lugarteniente del general Genovevo de la O, vivió los años en que la resistencia aún parecía posible y sufrió los tiempos de la derrota paulatina e irreversible, de la pérdida de los pueblos, de las nuevas y más cruentas masacres y deportaciones masivas de campesinos a manos del Ejército Federal Constitucionalista. Con la derrota y el ocaso se fortalecieron las tendencias conciliatorias de jefes como Magaña y Soto y Gama, y se acentuó el aislamiento de los grupos más reacios como el que mandaba*

*Genovevo de la O, para los que el refugio montañoso fue la última posibilidad frente a la inseguridad de las poblaciones.*

*El final de un tiempo histórico ya había llegado. El asesinato de Emiliano Zapata en la hacienda Chinameca fue el hecho enorme que lo confirmó. Para Matías Flores la muerte de Zapata no había sido resultado de la traición sino del engaño. Guajardo, el asesino, no lo pudo traicionar porque nunca estuvo con él, aunque logró hacérselo creer para tenderle la celada. Por otra parte, Matías, como tantos zapatistas, no se convenció nunca de que Emiliano hubiera caído. La exposición que se hizo en Cuautla de su cuerpo lacerado, no era una prueba definitiva. Cabía la posibilidad de una mentira del gobierno, de la exhibición del cadáver de un doble o de alguien muy parecido, para desmoralizar a la gente. En ese caso Zapata estaría escondido seguramente en algún lugar de Morelos, esperando una nueva situación favorable para, invencible, volver a cabalgar.*

*En 1920 la derrota se vistió de negociación y los zapatistas aceptaron a Álvaro Obregón, su antiguo enemigo, como presidente de la República. Aun quienes habían resistido hasta lo último aceptaron aquella realidad y así se le vio a Genovevo de la O, llegar a la Ciudad de México para reconocer a Obregón.*

*Matías viajó con su comandante a la capital. Volvió a la Ciudad de México, esta vez ya no como el rebelde que formaba parte de un ejército victorioso, sino como uno de los últimos vencidos.*

*Así lo entendió y por eso tomó una decisión: amaba profundamente su región, la tierra que había trabajado y por la que había peleado, pero no regresaría a ella bajo cualquier condición. No quería ver lo que vendría en el campo que había sido dominio del zapatismo, no quería ni podía soportar las medidas ajenas que ahí se tomarían y, sin despedirse de nadie (tal vez no quería considerar aquello como despedida), se separó de su gente y de su montura, guardó en un baúl sus pertenencias (alguna ropa, sarape, sombrero, cananas, carabina 30-30), y con esa única carga a cuestas se perdió en las calles. La ciudad le sería ajena, extraña, enemiga tal vez, pero nadie se la había realmente quitado ni negado, mientras que el campo que había sido tan suyo, estaría bajo el control de quienes, victoriosos, se lo habían arrebatado.*

*Pensó que en todo caso lo que padeciera en la urbe sería asunto personal, pero el de la tierra sería un sufrimiento no sólo suyo, sino de todo su pueblo, y por eso mayor.*

*Su posición no era envidiable. Derrotado social y militarmente, su existencia como individuo era nula, por hacerse en su totalidad en el nuevo contexto. Lo tomaron por pordiosero, desertor, prófugo, alienado o, lo más real pero no lo menos condenable, por un simple provinciano con su baúl a rastras. Durmió bajo frontispicios con decoraciones diversas, y en portales, parques y terrenos baldíos. Su instinto guerrillero, la situación de reacomodo que vivían la ciudad y el país, y una pizca de suerte, lo salvaron de ser detenido por la policía quien seguramente, cuando menos, le habría confiscado la 30-30 y los cartuchos. Pasó hambre y miseria, pero alcanzó a subsistir y a hacerse de un espacio vital en la ciudad ejerciendo oficios tan diversos como acondicionador de jardines públicos o privados, mozo de café y vendedor misceláneo en las entradas de los espectáculos. Cuando podía cargaba su baúl, y cuando no, lo encomendaba con algún conocido honorable o al menos confiable. Aprendió a contar y a leer con rapidez, y para el final de la década de los 20 ya tenía un trabajo fijo en la taquilla de un teatro.*

*Hubo cambios en la administración. Un funcionario amante del teatro, que con los reacomodos gubernamentales había logrado una mejor posición y para quien Matías acostumbraba apartar en las representaciones principales algunas butacas bien colocadas, simpatizó con él y le ofreció un empleo como pagador en una oficina de gobierno. Por aquellos años se habló vehementemente de reforma agraria. Como empleado de gobierno Matías tuvo sus reservas, pero no se animó a confirmarlas en el terreno de los hechos y se conformó con las declaraciones y promesas que desde las más altas esferas de la política se lanzaban. También por aquellos años decidió que era tiempo, que estaba en posibilidad de dejar el pequeño cuarto en el que había vivido en el centro de la ciudad, y se instaló en un departamento de dos recámaras, el número 11 de una vecindad situada en la parte media de la colonia Guerrero.*

*El departamento le pareció demasiado amplio para él solo, e invitó a irse con él a la jarocho Carmina, una veracruzana del puerto, fuerte y alegre, a quien había conocido haciendo la limpieza en el teatro donde antes trabajaba. En la estancia del departamento que les serviría de habitación por largos años, Matías instaló un pequeño altar: bordeado por una pequeña franja tricolor, colocó un retrato de Emiliano Zapata; y a los lados*

*puso algunas imágenes de (otros) santos. Aquella era una de sus silenciosas referencias al pasado. La otra era el ritual diario, que prefería hacer en la soledad de la tarde, después del trabajo, y que consistía en la limpieza esmerada del viejo baúl y de las cosas que encerraba, reducidas ya al sombrero y al sarape raídos, a la carabina y a los cartuchos perseverantemente aceitados y conservados.*

*Carmina tuvo cuatro hijos. El primero murió y los otros tres, dos hombres y una mujer, crecieron con los defectos y las virtudes propias de los capitalinos de una colonia como la Guerrero: trato más o menos rudo, disputas frecuentes, obediencia a los padres, estudios trabajosos y empleos tempranos, seguimiento distorsionado de algunas modas dictadas en otras partes, vida de vecindad acechada por el lumpen. Carmina y los hijos adivinaron remotamente lo que el altar y el baúl decían del pasado del jefe de la casa. Matías habló poco de eso y cuando lo hizo se refirió más a la anécdota (a veces exagerada y salpicada con las cicatrices de su balazo) que al sentimiento profundo y guardado.*

*Con su trabajo cotidiano, con su vida familiar, con alguna convivencia ocasional, Matías llegó a ser para los vecinos Don Matías, Don Matiútas, el señor del 11, respetuoso, poco comunicativo. No se asomó casi nunca a la vida de los demás y no permitió que los otros se asomaran a la suya. Asistió, por cumplir, a la boda de la hija de la señora del 5 y no comentó nada, ni aceptó comentario alguno en su casa, cuando un año después la muchacha regresó, abandonada por su marido, con un niño de meses en los brazos. Eludió también comentarios, y evitó prestarse a las pesquisas policiacas, cuando el señor que vivía en el 6 murió apuñalado en la puerta de la vecindad en medio de una borrachera callejera. Vio crecer incontrolable la ciudad, aumentar la amenaza de los vehículos que se reproducían como roedores malignos, contempló impasible el ensombrecimiento de una parte de la vecindad por los edificios que se erizaban hacia las alturas, con sombras tan distintas a las que los árboles antes le habían ofrecido.*

*Durante los poco más de treinta años de su vida como empleado cumplió bien, aunque sin mayor entusiasmo. Evitó los actos oficiales, y cuando se vio obligado a ir desprecó íntimamente aquella parte de su trabajo. Por una ocurrencia no debidamente reflexionada asistió en una ocasión a un homenaje oficial al general Zapata; aquella vez no estaba obligado a asistir*

como empleado y el espectáculo de loas al Caudillo del Sur por parte de quienes eran herederos de los que lo habían combatido, de ocultamiento y distorsión de la verdad, lo irritó a tal grado que durante varios días perdió su carácter afable y tranquilo. La ira y la depresión se mezclaron también en él cuando por accidente cayó en sus manos un pliego publicitario de un restaurante de lujo que mostraba, folklóricamente, una antigua fotografía de guerrilleros surianos. Algo más le causó el mismo efecto: en 1963 Rubén Jaramillo, líder campesino del estado de Morelos, continuador de la tradición zapatista, fue asesinado junto con su esposa embarazada y sus hijos, por fuerzas gubernamentales. Matías recordó, como si las viviera nuevamente, las masacres de campesinos y confirmó la permanencia de muchas situaciones.

Pocos años antes del asesinato de Jaramillo había ido con Carmina, de paseo por su estado natal, aprovechando sus vacaciones anuales. Sin atreverse a penetrar en el campo visitó Cuautla y Cuernavaca, se portó como un turista, y repentinamente decidió suspender el paseo y regresar, días antes del lunes en que debía volver al trabajo. Los años siguientes prefirió pasar sus vacaciones en la Ciudad de México, o ir a Veracruz, a casa de los familiares de Carmina.

No mucho tiempo después de que Matías obtuvo su jubilación, Carmina murió. Matías lamentó no haber podido disfrutar más sus días de jubilado junto a su mujer y la enterró lo mejor que pudo, acompañado de sus tres hijos, quienes años antes habían tomado ya sus respectivos caminos: uno hacia un relativo progreso como obrero calificado, otro hacia la perdición como traficante de segunda, la muchacha hacia la dependencia e inseguridad como esposa de vida doméstica, apoyada secundariamente en un trabajo de costurera que practicaba eventualmente.

Don Matías, el señor del 11, debió crearse una rutina parcialmente nueva: el desayuno en el café de chinos en las calles de Bucareli o de Guerrero, el paseo por la Alameda y la plática con antiguos o con ocasionales conocidos (entre los que estaba un ex coronel zapatista que era portero de un edificio en la colonia Roma), el periódico por la mañana y a veces por la tarde, la limpieza de sus reliquias, el sueño temprano. Cuando estaba seguro de que no estorbaba ni alteraba la vida de nadie, visitaba a alguno de sus hijos, aceptaba la invitación a comer, reía de buena gana con sus nietos y después, evadiendo insistencias, se retiraba.

*Su calma, sus hábitos, su longevidad que empezaba a ser mítica, levantaban comentarios discretos y respetuosos en el vecindario. La figura en la que alternaban la chazarrilla y los modestos pantalones de los domingos con los casi luctuosos pantalones y sacos de empleado viejo, la estampa de piernas increíblemente fuertes aún (cuyo arqueamiento centauresco se había acentuado con los años), del bigote espeso como siempre y después elegantemente emblanquecido, del porte altivo a pesar de la ligera inclinación, del sombrero a toda hora, no podía dejar de ser observada.*

*Matías, por su parte, seguía también conociendo los acontecimientos a distancia, como una especie de decano del vecindario. Ni le extrañaban ni le llamaban mayormente la atención los amores que nacían o morían, los pleitos, los abandonos, los desalojos, los enredos. Por eso, cuando el departamento 10 fue desocupado para después empezar a ser habitado por tres jóvenes, dos hombres y una mujer, Matías no experimentó ningún tipo de curiosidad.*

*Solamente cuando en medio de su rutina percibió las salidas y entradas irregulares de sus nuevos vecinos y el trato cordial (podría decirse íntimo) que existía entre los tres, su experiencia lo llevó a pensar, discreto aun consigo mismo y siempre sin mayor preocupación, que los dos jóvenes acabarían matándose por la muchacha. Cuando, después de pasado un tiempo y de haber mediado algunos saludos, uno de ellos le comentó que vivía con su hermana y un amigo, la explicación, por innecesaria, le pareció reveladora.*

*Sin embargo, los nuevos inquilinos no pecaban de indiscreción. Salvo los saludos de cordialidad y uno o dos comentarios que de pasada hacían a Matías, eran bastante reservados. A pesar de su edad y de su aspecto poco formal no eran dados a festividades, al menos en su casa; las dos o tres celebraciones sabatinas que realizaron no llegaron a perturbar a Matías, con todo y la contigüidad de los departamentos. Pero por otra parte, aun sin quererlo, no dejó de percibir las reuniones que, éstas sí con mayor frecuencia y en un extraño silencio, llevaban a cabo en días y horas diversas, con la participación de personas que a veces se veían parecidas a sus vecinos, a veces más de barriada, en ocasiones evidentemente poco ciudadinas. Aquello rompía un poco la idea que se había hecho Matías y lo llevaba a pensar en otras posibilidades.*

*Al anochecer de un día del mes de mayo de 1977, Matías se preparaba para el ritual cotidiano que había mantenido durante tanto tiempo, cuando pudo oír a través de la pared y de la pequeña ventana que daba hacia el pasillo los ruidos y aporreos de un pleito. Pensó por un momento que los celos y la envidia habían hecho su aparición, pero algunas palabras como gobierno, panfletos, niñitos revoltosos y pendejos que quieren ser guerrilleros, y otras dichas por voces fuertes e insultantes lo hicieron cambiar de opinión. Por primera vez en su vida acechó con todo cuidado por la ventana de un departamento que no era el suyo, la del departamento de a lado. Vio a los tres jóvenes arrinconados, amenazados por las armas de dos individuos de civil que los maltrataban y burlaban mientras deshacían la habitación tirando y revisando todo. Matías reconoció (porque nunca lo había olvidado) al enemigo, a su brutalidad, a las mismas voces y actitudes que años atrás habían lacerado a los pueblos por los que él había peleado. Regresó a su departamento, al número 11, y meditó algunos momentos: a su edad difícilmente le llegaría otra oportunidad, y menos aún donde hubiera querido, en el campo. Se decidió, abrió su baúl, tomó la carabina que debía responder favorablemente a los cuidados de todos aquellos años, y ubicó los cartuchos.*

*Con aire fiero, uno de los hombres abrió la puerta, enfurecido porque le interrumpían la tarea. Se encontró con la figura menuda, con el bigote, con las piernas corvas, con el cañón de la carabina que se le incrustó primero en la boca del estómago, que le cayó después en la nuca, y que lo derribó antes de que pudiera reaccionar. El otro apenas tuvo tiempo de voltear antes de que un tiro certero lo derribara a su vez (la vieja carabina respondía a la constancia de su dueño). Matías empujó a los tres azorados jóvenes hacia afuera, les dijo que corrieran, que para la próxima tuvieran más cuidado, que se pusieran más abusados. Los tres se fueron, perdiéndose entre la gente que empezaba a juntarse atraída por el ruido del disparo.*

*Con desprecio, Matías amarró al que había derribado primero. No tuvo que hacer ningún esfuerzo de imaginación para saber que vendrían otros, y salió de ahí para entrar al departamento número 11. Cerró, puso su baúl contra la puerta y abrió la ventana. Acarició con agradecimiento su carabina, revisó la carga, se cubrió, y entonces sí, Matías Flores sintió que estaba listo para dar su última batalla.*

— Esa historia alguna vez la conocí — dijo nuestro joven protector mirándose las botas y como no queriendo darle importancia al relato que acabábamos de oír.

— Alguien se la contó a mi padre y él la platicó en la casa, a manera de ejemplo de lo que debería ser y de lo que debería de hacerse. El departamento en el que vivíamos era como una pajarera en medio de otras pajareras, y ese conjunto de cuartos amontonados no estaba muy lejos de la vecindad donde dicen que vivió Matías Flores.

— Yo no sé si fue cierto, porque también decían que nunca habían encontrado el cuerpo del tal Matías. Pero para no dudar de lo que dicen, démoslo por verdad y así hasta podemos decir que Matías sí sabía cómo manejar las cosas. A mi papá y a sus amigos les emocionaba esa historia las pocas veces que hablaban de ella.

— No sé si la tuvieron presente, o si fue una de sus inspiraciones cuando decidieron que harían la huelga. Pero cuando estaban enredados en los trámites legales yo les decía que la hicieran ya, que para qué tenían que andar pidiendo permisos para cerrar la fábrica y conseguir mejores condiciones de trabajo, que si les gustaba tanto la historia de Matías que le hicieran como él lo había hecho, así directo, sin tanto papeleo. Y claro, me contestaban que yo estaba muy joven y acelerado, que las cosas ya no eran como en tiempos de Matías (aunque de cuando Matías defendió a los chavos aquellos a cuando estaban mi papá y sus compañeros preparando la huelga no habían pasado tantos años), que había que aprovechar las leyes donde estaban sus derechos laborales, aunque se llevara un poco más de tiempo, para ir a lo seguro.

— Y así lo hicieron. Uno de los jóvenes solidarios que acompañaban a los trabajadores en su organización sabía de esas leyes y les hizo el trámite para su sindicato y para su huelga, pero para cuando les dijeron que su sindicato ya era legal la mitad de los que estaban en la organización, algo así como unos cincuenta, ya esta-

ban despedidos de la empresa. Y cuando hicieron su huelga con todos los trámites que según las leyes tenían que hacer, pues ya estaban ante una andanada de más despidos y de amenazas.

—Y luego de unos pocos días de haber cerrado la fábrica resultó que los trámites no habían sido suficientes, y dos escualidos representantes de gobierno fueron a donde estaban los huelguistas y les dijeron que su huelga no era legal y que tenían que dejar que la empresa se abriera.

—Entonces se dio una discusión entre los que querían que la huelga siguiera aunque el gobierno decía que no era legal. Que cómo no iba a ser legal, decían, si habían hecho todos los trámites que dice la ley, que nomás que la empresa y el gobierno estaban haciendo trampa y ellos sí estaban actuando ilegalmente. Pero otros decían que no, que había que entregar la fábrica porque si el gobierno ya había dicho que era ilegal, pues había que obedecer aunque ellos hubieran hecho todos los trámites... Ése era el enredo.

—El caso es que algunos de los trabajadores decían que había que sostenerse aunque dijeran que estaban fuera de la ley, pero otros decían que no, porque si no entregaban la fábrica la cosa iba a estar peor y todos serían despedidos y echados a la calle.

Entre los jóvenes solidarios que no eran trabajadores también había división de opiniones. Algunos, entre los que estaba el que había hecho los trámites legales porque había estudiado leyes, opinaban que había que levantar la huelga... un repliegue táctico decían, esas palabritas que usaban para no entrarle a la bronca. Otros, más prendidos, decían que había que aguantar la embestida y lograr que trabajadores de otras empresas se unieran en solidaridad de clase... también usaban sus palabras elegantes pero para decir que había que poner el pecho y romperse la madre.

—Como no llegaban a ponerse de acuerdo, pasó todo un día desde que los del gobierno habían dicho a los trabajadores que levantaran la huelga y se retiraran de las puertas de la empresa. Se programó una asamblea para decidir al día siguiente, pero ya no tuvieron tiempo de decidir nada ni de montar en su caballo, porque en la madrugada del día que iba a ser la asamblea llegaron unas pa-

trullas de policías y varios camiones cargados de gente que no eran trabajadores, pero que decían que querían trabajar, y mientras la policía hizo una valla los de los camiones atacaron a los huelguistas con tubos y trancas. Los huelguistas se defendieron a pesar de que eran nada más como la mitad de los que siempre estaban, pero después de que la cosa estuvo pareja por un rato, los de los camiones fueron dominando. Varios huelguistas quedaron en el suelo y algunos que quisieron irse atravesando la valla de la policía fueron golpeados ahí también y subidos a las patrullas.

— Al final hubo como veinte trabajadores detenidos y unos cinco heridos de gravedad, igual que dos de los jóvenes solidarios que quisieron detener la embestida de los que se decían trabajadores pero que no eran más que unos rompehuelgas contratados para golpear gente. Así terminó aquella historia.

— Yo estaba ahí acompañando a mi papá. Me gustaba oír en medio de la bronca a los trabajadores que decían que había que aguantar y a los jóvenes solidarios que los apoyaban diciendo lo mismo. Y me gustó también cómo se sostuvieron, cómo no echaban de dientes para afuera sino que a la hora del asalto contra la huelga ahí permanecieron hasta quedar en el suelo entre su sangre. A mí me tocaron uno o dos varillazos, nada serio. A mi papá le rompieron un brazo, pero eso fue lo de menos.

— Lo más duro fue que el golpe que le dieron en el brazo se le fue al espíritu. Y de ahí rodó cuesta abajo. Sin entusiasmo, derrotado, con la amargura corriéndole por dentro, ya no regresó a ese trabajo porque fue de la gran mayoría de los que quedaron afuera. Se dedicó desde entonces a vender chucherías en la calle, y de eso llevaba algo para comer a la casa. Algunos de sus ex compañeros y uno de los jóvenes solidarios le quisieron conseguir otro trabajo, pero él ya no quería nada. Decía que se había equivocado y que veía que por las buenas no se lograba nada, pero que para entrarle por las malas, con armas por delante, no había con quién juntarse y que además ya estaba viejo para eso, aunque apenas había llegado a los cincuenta. Tiempo después se recuperó y volvió a creer en esas formas de luchas laborales y legales, que a mí ya me parecían hasta lastimeras.

—Si antes en la casa había mitad alegrías y mitad tristezas, a partir de lo de la huelga las penas y molestias ocuparon más espacio. Mi mamá tuvo que esforzarse con más trabajos de sirvienta, aguantar más malos tratos; y una de mis hermanas prefirió irse de la casa, quién sabe a dónde ni con quién.

Nuestro protector nos contaba esa historia como si se la estuviera contando a él mismo, como si una parte de él se hubiera separado de la otra para oírse, mientras su vista pasaba de las botas a la pared del espacio suntuoso y de ahí al vaso que tenía en la mano. Cuando se detuvo como para revisar lo que había dicho, o para acordarse bien de algo, el silencio se adueñó de la *suite* del hotel y los demás nos miramos con asombro compartido que parecía acercarnos afectivamente. Tal vez en busca de romper el pasmo sin abandonar la comprensión que nacía entre todos, y que era en gran parte dedicada al reciente e impensable narrador, el hombre de mayor edad dijo:

—Bueno, lo que yo iba a contar es algo diferente, es más suave, a lo mejor no cabe y lo dejo para otro momento.

—¿Qué otro momento? —dijo el joven de corte militar, sin levantar la voz y sin siquiera mirarnos—. ¿Para la próxima lluvia? —y su corta sonrisa era una mezcla extraña de diversión, dureza, desprecio y tristeza.

—No se preocupen. No tienen que contar historias dramáticas. Si acaso con lo que les cuento podrán irse dando cuenta de que la lluvia los empujó aquí pero que el recibimiento tiene otros orígenes. Andéle... ¿qué va a contar? —dijo hablándole al hombre mayor con benevolencia y quizá hasta con respeto.

El hombre mayor se acomodó en su silla, sonrió con un gesto de aceptación y antes de empezar con alguna timidez su relato, comentó: —No sé si cuando pasó eso de la huelga reprimida ya se actuaba en las redes sociales. Tal vez hubieran podido usarlas para llamar a la solidaridad. Para algunos que no somos muy jóvenes las comunicaciones por las redes han sido sorprendentes y no siempre ha sido fácil asomarnos a los mundos que han abierto. Ahora pareciera que al nacer los niños ya vienen con la preparación o con

el *chip* integrados para manejar sin problemas recovecos informáticos y redes sociales. Pero para quienes ya teníamos algunos años cuando nos alcanzó la eclosión tecnológica, hemos debido intentar una inmersión en aguas nuevas. Y todavía hay casos en los que eso es lento y complicado. Lo que voy a platicar puede ser uno de esos casos, seguramente no muy reciente y de los que cada vez se dan menos.

Y mientras el joven de las botas sacaba otra sonrisa ligera, el hombre mayor empezó.

## RED SOCIAL

*Fueron varios los mensajes que llegaron a su dirección electrónica invitándolo a darse de alta y no pocas las veces que le dijeron que dejara de estar fuera de lo que era la mayor forma de comunicación con todos, con el mundo entero, con quien quisiera, con amigos y conocidos de antes, de ahora y también de los que pudieran venir. Así, más por compromiso y por inercia que por necesidad o siquiera por curiosidad, finalmente creó su página en la red.*

*Ni su edad ni su estilo de vida lo hacían un gran prospecto para destacar como usuario. A sus cincuenta años, y después de haber terminado una larga relación que le había comido tiempos de emociones y esperanzas, ajustado a encuentros ocasionales que no iban más allá de alguna ilusión de momento, desahogaba la mayor parte de su existencia entre las prisas de su función de asesor inmobiliario.*

*Por eso, cuando las insistencias lo llevaron a darse de alta, a poner su nombre y su dirección electrónica en un formato de la red, lo hizo convencido de que pocas veces, si es que alguna, acudiría a esa página. Le dio entrada a los tres o cuatro amigos que le habían pedido que los aceptara y estuvo seguro de que hasta ahí había llegado. Sin embargo, no dejó de divertirse que a su correo llegaran las felicitaciones por haberse animado a ser parte de la red, algunas de ellas con mensajes ingeniosos.*

*Pensó que sería descortés no contestar y su cuidado con las formas lo llevó a responder algún mensaje, que a su vez tuvo respuesta, y se vio así envuelto en la construcción de un andamiaje de conversaciones que a veces eran simultáneas y en ocasiones diferidas. Si con la simultaneidad se preguntaba si no sería más sencillo marcar un número telefónico, con los saludos y contestaciones diferidos, que podían darse en lapsos de horas o de días, sintió que se acercaba a una práctica epistolar que no tenía por intermediario ni al cartero ni a la oficina de correos: la contestación del saludo*

*o del comentario dependía nada más de la voluntad de su interlocutor y de su ánimo de tocar algunas teclas.*

*Pero si la comunicación con quienes lo habían invitado a formar parte de la red le parecían un tanto ociosas, ya que con ellos tenía contacto permanente personal o telefónico, hubo algo que modificó su perspectiva. Sus pocos amigos de la red tenían a su vez otros amigos, a veces muchos, algunos de los cuales le empezaron a enviar invitaciones para que tuvieran amistad ahí mismo. Y eso, pensó, a pesar de que no había subido ninguna fotografía suya, a pesar de que sus datos eran muy generales, los más elementales. No pudo evitar sentir que le era interesante a quienes lo invitaban, aunque lo conocieran muy poco, casi nada, como tampoco pudo evitar la curiosidad y la atracción por conocerlos.*

*Como si tocara arbitrariamente puntos de un teclado musical en busca de sonidos desconocidos, fue aceptando invitaciones y empezó a convocar a perfiles que le eran llamativos. En algunos casos la invitación que hacía derivaba de un conocimiento lejano en el tiempo, en otros casos de alguna imagen seductora, en otros de que la presentación que de sí mismo alguien hacía, le parecía simpática. Prefirió los perfiles con fotografías más que aquellos que no las tenían, en un comportamiento que no era equitativo porque siguió manteniendo su fisonomía en secreto. Divertido, pasó de abrir su página en la red en raras ocasiones a asomarse a ella con frecuencia cada vez mayor.*

*A pesar de su resistencia a responder a invitaciones que no tuvieran fotografías o que no fueran de alguien conocido, en algunos casos, como si actuara complacientemente, aceptó propuestas sin rostro. Y mientras que de sus conocidos recibía saludos o comentarios con alguna frecuencia, con los sin rostro y desconocidos la comunicación no pasaba de un primer y único saludo.*

*Sin embargo ése no fue el caso con alguien que lo invitó a que fuera su amigo, y que no tenía en su perfil más que la silueta del anonimato de los rasgos físicos, y datos que decían únicamente que se trataba de una mujer. Aceptó porque su curiosidad por lo que ofrecía la red había aumentado y porque le atrajo la peculiaridad de esa página en la que no había más que el contorno de una cara, un nombre sin apellido y una condición de género.*

*La curiosidad empezó a transformarse en expectación cuando apenas un día después de que había aceptado la invitación, al abrir en su casa la computadora y su página de la red, encontró, junto con el agradecimiento por haber aceptado la amistad, una pregunta: — ¿Quién eres?*

*Le pareció que era una pregunta tonta, si acaso divertida. — ¿Cómo que quién soy? Si tú me invitaste deberías saberlo — contestó. Le divirtió su propia respuesta y por primera vez permaneció con su página abierta por más tiempo del que empleaba en ver rápidamente sus mensajes. Esperó mientras contestaba comentarios más o menos insulsos de sus conocidos anteriores y mientras se preparaba para ir a la cama con el apremio que le dictaba la necesidad de dormir suficiente para el siguiente día de trabajo. Después de un rato de distracción y de impaciencia, a punto de cerrar página y computadora, apareció en pequeño la silueta que indicaba únicamente que se trataba de una mujer, al tiempo que unas letras de color rosa encendido acusaban registro de su comentario:*

*— Creo que tienes razón. No debí de haberte invitado sin saber quién eres. Tal vez me equivoqué y por distracción apreté la tecla de las invitaciones. O quizá por ser amigo de un amigo mío pensé que podríamos tener comunicación tú y yo, aunque no supiera quién eres. O pudo ser que me haya atraído lo desconocido, porque no dices mucho, y que me haya dejado llevar por las ganas de descubrir algo. ¿Fue un error o una imprudencia? Si es así, disculpa y ya. Me puedes borrar o te borro yo.*

*Él sintió como si fuera a perder algo, como si se le escapara una oportunidad, y se apresuró a contestar:*

*— No, no me tienes que borrar ni yo a ti. Nada más que me pareció divertido que me preguntaras quién soy, cuando tú me habías invitado a ser amigos. Pero entiendo, se trata de ser amigos precisamente para conocernos, claro. Lo que pasa es que normalmente la gente se conoce y después se hace amiga, y esto es al revés. Pero yo encantado de conocerte.*

*No tuvo que esperar mucho para recibir la respuesta que lo alivió y que le dio la sensación de que había salvado la situación:*

*— Jajaja, sí, así es esto. Aquí para conocerse hay que ser amigos. De alguna manera es apostar a lo desconocido, a empezar amistad y comunicación con lo desconocido. ¿Interesante no? ¿Entonces no te borro?*

—No, no, claro que no. —Y al contestar sintió como si se aproximara a tierra firme. Y percibió algo como un coqueteo cuando ella volvió a preguntar:

—¿Entonces sí me dirás quién eres?

Era también un halago. Igual que si en una fiesta alguna desconocida atravesara el salón para invitarlo a bailar. La cautela respondió al halago y a la curiosidad, y por eso comentó con brevedad:

—Pues mi nombre es el que está aquí en la página, soy un hombre maduro. No sé qué más decir.

La silueta de la pantalla respondió rápidamente:

—Jajaja. Pues yo tampoco sé qué más. Si eres maduro estarás casado y estarás muy ocupado.

Él se apresuró a contestar, en aclaración de primera urgencia:

—No, no soy casado, ni estoy en pareja con nadie.

Y como si hubiera aceptado bailar, quiso llevar el ritmo, cambiándolo:

—¿Y tú? Ya sé que eres mujer y que tienes ese nombre de pila. ¿Qué más?

Sintió que ella se divertía. Dudó de si sus muestras de risa escrita eran por él, por sus respuestas o por su pregunta:

—Pues sí, soy mujer. No, no tan madura, en ningún sentido, jajaja. Supongo que debo de ser bastante menor que tú. ¿Interesante, no? Pero ahora me tengo que ir. Espero encontrarte pronto. Te dejo un beso.

Quiso decirle que esperara, que no se fuera sin decirle algo más, pero lo detuvo la idea de que se podría mostrar molestando impaciente, tal vez como un impertinente apresurado. Y queriendo aparentar interés limitado, casi indiferencia, fue escueto:

—Está bien. Hasta pronto.

—Claro que hasta pronto —fue la respuesta inmediata—. Porque me tienes que decir más de ti, de quién eres. Y la mejor manera será que me digas cómo eres físicamente y de tus rasgos de carácter. Así que prepárate. De nuevo te dejo un beso.

Como quien se queda parado mientras la otra persona se aleja en un tren o en un camión moviendo la mano en señal de despedida, él sólo alcanzó a comentar escribiendo:

—De acuerdo. Gracias.

*Apenas hubo aparecido la indicación de que ella ya no estaba en la línea de comunicación, y como las frases seguían ahí todavía fijas, él se preguntó por qué le había dado las gracias. ¿Gracias de qué? Mientras contestaba algún saludo sin importancia de otra persona, apagaba la computadora y se preparaba para ir a dormir, se mandó a sí mismo una sonrisa. Es simpática, pensó. Y se acomodó entre las sábanas.*

*La jornada del día siguiente la sintió lenta porque no hubo muchas consultas que resolver y también, así lo percibió a media mañana, porque quería llegar a su casa para asomarse a la red, lo que hasta entonces nunca había pensado hacer en la oficina. Lo hizo en la noche temprana, en cuanto llegó a su casa: encendió la computadora, marcó enseguida la dirección de la red social y entró buscándola, con la expectativa de que estuviera conectada. Como en ese momento ella no estaba, se movió por la casa, tomó algo a manera de cena y ojeó un texto que tenía pendiente, asomándose por ratos a la pantalla para ver si ella aparecía. Pero no, no se encendía el punto que indicaría que podría retomar la plática. Y antes de irse a la cama, más tarde que de costumbre por estarla esperando, le escribió un mensaje: — Te estuve esperando. Ojalá te encuentre mañana.*

*Para la otra mañana, cuando llegó al trabajo, lo hizo con mayor tranquilidad. Estaba casi seguro de que el encuentro de dos noches antes había sido efímero y descartó cualquier continuidad, lo que le permitió trabajar con tranquilidad y llevar sin mayor problema el compás de su cotidianidad. Sin embargo, cuando regresó de nuevo a la casa, antes de quitarse el saco y la corbata que había traído todo el día, buscó en la pantalla encendida, como quien remueve la correspondencia de un buzón tratando de encontrar el sobre esperado. Y sí, ahí estaba la pequeña imagen de un sobre que indicaba que ella le había mandado un mensaje:*

*— Disculpa, pero no sabía que a esa hora me estarías esperando. Me conecté un poco más tarde y vi tu mensaje. Si ésa es la hora en la que te apareces por aquí, procuraré estar mañana. Y bueno, en desagravio te digo algo de mí: Sí, debo ser unos 15 años menor que tú, trabajo en cuestiones de diseño arquitectónico, soy soltera....*

*Terminaba de leer el mensaje, cuando ella, representada por la silueta que era común a todas las mujeres que no tenían fotografía en la red, apareció en la pantalla, escribiendo un hola con muchos signos de admi-*

ración, que a él lo hicieron imaginar un grito de alegría. Contestó con el mismo entusiasmo, feliz de volver a saber de ella, confesándole que había temido no volverla a encontrar. Y sin darle tiempo de que pusiera más letras que las que decían que claro que no, que ella aquí estaba, él se apresuró a contarle en lo que trabajaba, contento de que en algún punto sus trabajos se acercaran, ya que si él trabajaba en bienes raíces y ella en diseño arquitectónico, tal vez hasta podrían intercambiar ideas.

Ella contestó con risas gráficas, comentando que a lo mejor eso de los trabajos que tenían coincidencias podía ser un poco forzado. — Aunque tal vez si un día vas a remodelar una casa para después venderla, yo te pueda dar alguna sugerencia — dijo. Y volvió a reír.

— Pero de todas maneras, tendremos mil cosas de que hablar — escribió.

— Por ejemplo... ¿cómo eres?, ¿un hombre maduro cuidadoso de su físico o más bien un rechonchito simpático? Jajaja.

Él no supo si la pregunta era atrevida o despertadora de confianzas, y la evadió devolviéndola.

— No sé. Ya te iré diciendo para que cuando nos veamos me digas si me describí bien. Mejor dime de ti.

— Bueno. Ante esta manera tuya que no sé si es timidez o desconfianza, te digo. Imagínate alguien entre 15 y 20 años menor que tú, más bien delgada y con formas marcadas por el ejercicio físico. Mis ojos son como medio orientales, no porque sean árabes o hebreos, sino porque son un poco rasgados, jajaja. Mi pelo, casi negro, es lacio y cae sobre los hombros, suavemente, sin oprimirlos, jajaja. Y aquí lo dejo por ahora.

— Pues es un buen acercamiento. Te has observado, te conoces, jajaja. ¿Qué más?

— Por ahora eso es. Y me voy, porque igual que tú, tengo trabajo. En este momento en casa y mañana temprano en la oficina. Además estoy cursando un diplomado y de repente me veo rebasada. Te beso.

— De acuerdo. ¿Crees que nos encontraremos mañana?

— Trataré. Haré lo posible. Aunque sea para saludarte. Otro beso y hasta mañana.

— Bien — dijo él con una resignación que supuso que ella no adivinaría —. Hasta mañana

*Pensó con entusiasmo que ella ya le había dicho en qué trabajaba, algo de sus intereses, un poco de su aspecto físico y de su ritmo de vida. Además de simpática le empezó a parecer interesante. Y antes de dormir caviló sobre cuándo sería bueno pedirle que se vieran, sin que pareciera imprudente.*

*— Te esperaba.*

*— Ésa fue la frase de ella que llegó inmediatamente que abrió su página, cuando en la noche siguiente llegó después de un día que se le había hecho de muchas horas, y que anunció la forma en la que vendrían los siguientes.*

*— ¿De verdad me estabas esperando? Apenas llegué. Ni me he cambiado, ni nada. Vine directo a la computadora.*

*La alegría de que ella lo esperara lo había llevado a escribir sin medir las palabras. Y en correspondencia impensada le confesaba su prisa por encontrarse con ella. La ilusión reforzada por la seguridad de que ella ahí estaba, puntual en la cita, quitó cualquier inhibición para describirse. Breve, escribió sobre su color y largo de pelo, forma y tono de sus ojos, y dijo de cuánto más de un metro era su estatura.*

*— Así soy, más o menos.*

*Ella le dio las gracias y le dijo que ya estaban parejos. Ya podían irse imaginando uno al otro.*

*— Bueno, así te ves, quién sabe cómo seas, jajaja. Eso me lo tienes que empezar a decir. Pero mientras me dices, y para desemparejar, te digo algo más de mí. Esas formas de las que te hablé ayer, están acentuadas en mis brazos y en mis piernas. Ahí es donde más logros he tenido con el ejercicio. Bueno, también en mi abdomen. Pero he sido muy explícita en lo físico y no te he dicho nada de mi carácter.*

*Él se encontró dudando entre pedirle mayor información de sus rasgos físicos, que se iban dibujando en su mente como figura saliendo de la penumbra, o animarla a que le hablara de su naturaleza interna. Prefirió lo segundo, porque le pareció menos vulgar.*

*— Obsesiva en el trabajo y en los estudios. Perfeccionista. Puedo ser un poco dura en algunos momentos. Pero cuando no tengo que cuidarme del contrario, jajajaja, la ternura es oferta y demanda abundantes.*

*— Pues aunque no tenga el abdomen y los bíceps tan marcados como los tuyos, en lo de la demanda de ternura mi respuesta no sería poca. Es*

*más, ya me imaginé con mis dedos entre tu pelo, tú recostada sobre mí, yo diciéndote que no seas tan exigente contigo misma, que mereces relajarte un poco, que yo te ayudo.*

*—Está bien. Te haré caso. Imaginaré lo que me ofreces y dormiré tranquila, como si lo hiciera junto a ti, con tu suavidad envolviéndome. Te mando muchos besos.*

*Con el impulso de ampliar su oferta afectiva, quiso detenerla. Pero ella se despidió, bromeando sobre lo que él había propuesto.*

*—Lo sentí tan cierto, que de verdad voy a dormir tranquila. Hasta mañana. Y gracias por tu apoyo. Claro, si mañana me retraso en la entrega de algún trabajo, te lo reclamaré. La culpa será tuya por relajarme tanto. Jajajaja.*

*Él apenas tuvo tiempo de contestarle la risa y de devolverle los besos antes de verla desaparecer de la pantalla. Pero durmió sonriente, como si la hubiera tenido acostada a su lado.*

*Las siguientes fueron noches de atrevimiento. Sin abandonar la ternura que había ofrecido, él le fue haciendo saber que, llevado por sus palabras y descripciones cada vez más fluidas, la iba imaginando con erotismo y sensualidad mandados no sólo por sus líneas corporales sino también por sus movimientos. La imaginó felinamente flexible, disimulada y discreta a la vez que firme y decidida, incitadora de encuentros y evasiva. Disfrutó contornos, alientos envolventes y movimientos sinuosos, y todo se hizo tangible.*

*El saber de ella, de su manera de actuar y de reír, de disfrutar y de retraerse, de vestir, de los tropiezos y avances en su trabajo, de sus buenos y malos profesores, del largo de sus vestidos y de sus gustos lúdicos, lo llevaron a que cada noche, al apagar su computadora, iniciara un compás de espera que tardaba el resto de esa noche y todo el día siguiente, porque a petición de ella nunca intentaba encuentros diurnos, aunque la computadora de su oficina se convirtió en una tentación que le podía permitir (y que le pedía) entrar a la red.*

*En la comunicación de todas las noches que oscilaba entre lo profesional, lo amistoso, la ternura, el erotismo, la sexualidad, las bromas, las descripciones de gustos y colores, se empezó a hacer presente, repetido en la cotidianidad, el requerimiento de él para verla.*

— Con todo lo que ya sé de ti, si te veo algún día en la calle te reconocería enseguida — dijo él una de las noches.

— Pues seguramente pronto ocurrirá — contestó ella.

— ¿Y no sería mejor que lo programáramos?

— Las sorpresas son más interesantes. Lo que no se planea puede ser más creativo y emocionalmente explosivo, jajajaja.

— Me evades.

— Claro que no. Te espero y te hago esperar. Cuando llegue nuestro encuentro fuera de pantalla la emoción nos consumirá.

El tema se repitió una y otra vez. A veces él se controlaba y relegaba su demanda de encuentro, pero la mayor parte de las noches su petición asomaba.

En medio de la comunicación, del tratamiento de temas serios, de la diversión y de lo que se iba convirtiendo en un reclamo de parte de él, fueron apareciendo algunos cambios. A veces, algunas noches, cuando estaban pantalla con pantalla, las respuestas de ella no llegaban con la velocidad de los primeros encuentros. En otras ocasiones la disponibilidad de ella para conversar era muy corta. Y no le gustó a él que una noche en la que ya se habían despedido, él abriera nuevamente su computadora, entrara a la red social y la encontrara a ella ahí. — ¿Que estaría haciendo? — pensó mientras cerraba la red y se iba a la cama.

Y las noches que en la cama, después de sus sesiones diarias, eran de ilusión y de fantasías, empezaron a convertirse en noches de malos e intranquilos insomnios.

Sin dejar de estar en comunicación con ella, debatiéndose entre pláticas agradables (aunque con la sensualidad y la parte lúdica disminuidas) y su insistencia de un encuentro que ella posponía haciéndose inasible, él se animó a dar un paso que sabía que lo acercaba al ridículo.

El amigo común de los dos en la red, en cuya página él suponía que ella lo había encontrado para contactarlo e invitarlo, trabajaba en la misma inmobiliaria, en ese centro de trabajo que para él se había convertido en un lugar donde esperaba que la noche se acercara para ir corriendo a su casa para encontrarla en la pantalla. Buscó a su amigo, y venciendo cualquier asomo de pena, de pudor, o de miedo al escarnio, le preguntó por ella. Su necesidad de saber lo hizo llevarlo a su oficina, abrir delante de él su página

*de la red, como si le revelara un diario íntimo, y mostrarle la figura que para el caso no era más que el inicio de una pista. Como un dictaminador, el compañero de su trabajo vio la página con los datos escuetos de quien él quería tener toda la información y con tono de conceder le dijo:*

*—La verdad no tengo idea de quién es. Igual que tú, a veces doy de alta como amigos a gente que no conozco, porque aparecen en alguna página de alguien que sí es conocido, o porque te piden que los agregues porque te vieron en la página de alguien a quien ellos conocen. Pero puedo preguntar al amigo o a los amigos comunes que yo tenga con ella, a ver si alguien la conoce. Detectivesco el asunto ¿no? —le respondió su amigo, y en su tono la respuesta encerraba la sorpresa burlona de que alguien como él, con su fama de profesional serio, estuviera buscando el rastro de una desconocida, de una suerte de quimera virtual.*

*Pero algo más se sumó a la incomodidad que de todas formas sentía en el momento de la consulta con su amigo: a esas horas, como a las 11 de la mañana, en horas laborales o de estudio, ella estaba conectada. Así lo decía el indicador azul de las conexiones, así se lo hizo ver su amigo y a él no le quedó más que decir que sí, que él sabía que ella estaba frente a la máquina muchas horas al día, pero que él sólo la veía (así dijo) de noche. Sintió que mentía piadosamente para sí mismo.*

*A la desesperanza que se había empezado a asomar en las noches anteriores por las evasivas y los silencios de ella, se agregó el descubrimiento de que contra lo que le había dicho, ella se conectaba en las mañanas; y sobre eso cayó la espera de lo que le dirían a su amigo las otras personas en cuyas páginas ella apareciera.*

*Esa noche él trató de que la plática con ella fuera corta, porque quería que llegara rápido la mañana siguiente para conocer la información de su amigo. Ella estaba distante, como lo había estado desde noches atrás, y no opuso ninguna resistencia a que él se fuera temprano.*

*En su oficina, esperó que pasara un rato largo desde la hora de entrada para ir a ver a su amigo y preguntarle. Pero antes de que él fuera, su amigo entró a su cubículo:*

*—Le pregunté a tres personas que la tienen en su lista de amigos. Y no, nadie la conoce. Si quieres les puedo pedir que a su vez pregunten a sus amigos. Haríamos una cadena de búsqueda interesante —dijo el amigo con un dejo de sorna.*

Dudó. Imaginó que si más personas se interesaban en descubrir quién era ella y cómo localizarla, alguien podría encontrarla antes que él, además de que se divulgaría su necesidad urgente de hallarla. Y prefirió decirle al amigo que ahí quedara la búsqueda, que si de casualidad se enteraba de quién era ella y de la forma de ubicarla le informara enseguida y si no, no importaba tanto.

— A lo mejor es una niña, o una anciana, o un hombre, o alguien que nada más te ha estado tomando el pelo.

Rió diciendo que podía ser, pero él sabía que no era el caso, que ella era quien había dicho ser y lucía como se había descrito.

Con la búsqueda fracasada, esa noche derramó en la pantalla su reclamo:

— Realmente quiero saber quién eres. De verdad quiero verte. Ya no te escondas de mí — escribió en cuanto la vio.

— Vienes hoy más demandante que nunca — fue el texto que apareció, frío, seco, en su computadora.

— Es que no entiendo que te sigas negando a que nos veamos personalmente. ¿O no eres quien dices ser y como dices que eres? Tal vez me mientas en esto como me mentiste cuando dijiste que no podíamos encontrarnos en la mañana, y ya vi que sí entras a la red, ya lo vi.

— O sea que no crees nada de lo que te he dicho. Y claro, me di cuenta ayer de que entraste en la mañana. De casualidad yo también entré, no tienes por qué reclamarme, ni dudar de lo que te he dicho sobre mí.

Él puso dobles signos de admiración cuando le dijo que tenía derecho a dudar y que para que las desconfianzas terminaran tenían que verse. Se arrepintió cuando vio la respuesta que su exigencia había provocado:

— Una vez que la confianza se pierde ya no se recupera. Tú ya no confías en mí. Esto no da para más. Lo mejor es que aquí nos despedamos. Por mi parte te digo adiós. Lo siento.

Cuando él quiso escribir que cómo decía ella eso, que no podía irse así, ya no tuvo posibilidad. Su mensaje quedó en el vacío, porque ella ya estaba ausente. Aun así escribió que tenían que aclarar las cosas, que no podía dejarlo con la palabra en la boca, o con las letras en la mano, o con su texto en la pantalla, intentando ser gracioso, decir cosas simpáticas a ver si ella reaparecía. Pero no, ella ya no regresó en todas las horas de la noche en las que él se siguió asomando a la computadora.

*A pesar de que temió encontrarla y confirmar que le había mentado respecto a que en el día ella no entraba a la red, en cuanto llegó a su oficina en la mañana él abrió la computadora. Y no, ella no apareció en toda la jornada. Y cuando él llegó a su casa en la noche y se lanzó con ansiedad a la red encontró un vacío: entre la lista de sus amigos ella ya no aparecía. Estaba el nombre de pila, nada más, pero no estaban ni el contorno que él había llenado en su imaginación con rasgos sacados de los elementos que ella le había dado, ni ningún otro de los pocos datos que antes había.*

*A partir de ese momento, en horas de las noches y de los días siguientes, le mandó incontables solicitudes para que lo volviera a aceptar como amigo. Y le escribió pidiéndole que lo volviera a dar de alta, rogándole que terminaran la conversación que ella había cortado, insistiendo en que una relación que marchaba tan bien, que prometía tanto, no podía irse así nada más por la borda, que si sus expresiones habían sido ofensivas que lo perdonara. Y no, no tuvo ninguna respuesta, ni de día ni de noche.*

*Nuevamente recurrió a su amigo. Prefirió lograr un encuentro con apariencia de casual, en los pasillos de la empresa, que irlo a buscar directamente. Cuando pudo verlo, la pregunta la hizo como si su interés fuera poco:*

*— ¿Cuando alguien te da de baja en la red y le pides que te vuelva a agregar y no hay respuesta, qué se puede hacer?*

*— Nada, hasta donde sé no hay manera de obligar a nadie a que sea tu amiga. ¿Por qué?, ¿se trata de tu amiga, verdad? ¿Ahora se te desapareció por completo? — preguntó sonriendo su compañero mientras él se sentía como desnudo en un aparador o en el centro de una plaza.*

*— No, nada, simple curiosidad — contestó mientras buscaba un cambio de plástica en medio de lo que sentía que era su última posibilidad perdida.*

*— Mmmm. Mejor deja de perseguirla. Seguramente no es quien te dijo ser. Y para que te salgas de las pantallas y de los devaneos, te invito a una reunión en mi casa el sábado próximo. Ya sabes, no faltan aniversarios. Y se juntan el mío y el de otro amigo que no conoces. Va gente de aquí y de otras partes. Habrá suficiente personal como para que pases desapercibido o con muchas posibilidades de comunicación, según tu ánimo.*

*Él dio unas gracias rápidas, intentó una risa y dijo que no era tan grave la situación.*

—A la red casi no entro —mintió—. El trabajo, todas las cosas que tengo para leer y las películas que quiero ver, no me dejan tiempo para estar buscando gente en la red. Pero bueno, a lo mejor me animo y te voy a felicitar. Gracias.

—Ojalá vayas —le dijo el amigo como sugiriendo que le haría bien ante una situación que los dos sabían que no era la que acababa de describir.

En los tres días que pasaron para que llegara el sábado, siguió intentando encontrarla en la red y le mandó uno o dos mensajes. Ya lo hacía por inercia, como los últimos movimientos de un desahuciado.

No podía aceptar haberla perdido, pero al mismo tiempo estaba íntimamente convencido, desde el agujero de su tristeza, de que ya no la volvería a encontrar. Y encendía una y otra vez la computadora, y entraba a la red, y mandaba algún guiño, o algún hola, nada más, sin mayores textos, y después regresaba a buscar una respuesta que tenía la casi seguridad de que no llegaría.

Así lo sorprendió la tarde del sábado. Buscando respuestas, mandó un mensaje, esperó otra vez sin suerte y decidió que más que quedarse en casa amarrado a la tentación de la computadora y de la red, le convendría ir un rato a la reunión de casa de su amigo, aunque sus ganas fueran débiles.

Le pareció sincera la alegría de su amigo cuando lo recibió, cuando le dijo que se sirviera lo que quisiera, de comer y de tomar, cuando le presentó a algunas personas. Pláticas breves con recién conocidos o con compañeros de trabajo, mujeres y hombres, agotaron los primeros minutos de su presencia en la fiesta. Ruido de conversaciones y de risas, música que iba del rock a los boleros, del jazz a los sones, ir y venir de vasos, platos y cubiertos, casa de sala y comedor que bastaban para todos los invitados, eran la escenografía de la reunión social, donde cabían incluso rincones desocupados.

En un sillón de esos rincones se acomodó después de dos o tres pláticas que no pasaron de la superficie. Ahí estuvo después de su tercera copa y ahí regresó después de servirse la cuarta. Esto es como una pantalla hacia otra dimensión, pensó mientras sonreía sintiéndose que él miraba desde afuera.

—¿Son simpáticos, verdad?

La voz femenina le hizo tener tres reacciones simultáneas: buscar de dónde o de quién venía, ver cómo era quien había hablado y contestar. Es-

*taba parada a un lado suyo, casi a sus espaldas, con la cabeza coquetamente reclinada en la pared y con su copa en la mano. La figura era esbelta, con el pelo oscuro cortado en capas largas que descendían hasta los hombros. Antes de observar más, cayendo en la cuenta de que la pregunta era para él, contestó:*

*— ¿Simpáticos, quiénes?*

*— Todos. Seguramente por eso sonreías —dijo aquella mujer más joven que él, mientras dirigía su mirada hacia la gente de la fiesta, para inmediatamente verlo de nuevo.*

*— Sí, por eso sonreía. Me parecen agradables, que la están pasando bien.*

*Se levantó, en parte porque permanecer sentado le pareció descortés, en parte porque se sentía en desventaja al tener que mirarla hacia arriba. Ponerse de pie frente a ella le permitió mayores posibilidades de mirarla, de ver sus ojos un tanto rasgados porque así lo eran y otro tanto porque sonreía; observó sus labios que se entreabrían acompañando la sonrisa de los ojos y sus brazos de firmeza visible gracias a que su blusa sólo cubría un poco debajo de sus hombros.*

*— ¿Y por qué no la pasas bien con ellos? Ya hace un rato que estás aquí, aislado, como si te aburrieras.*

*Rió, mientras preguntó: — ¿Me observabas? Y no, no estoy aburrido, nada más que a veces me gusta abstraerme. Es todo, estoy a gusto. Pero tú tampoco estás integrada a los grupos de conversadores.*

*Ella también rió. — Tal vez por eso te observaba. Porque como tú, tampoco estoy integrada. Tal vez las razones tuyas y las mías para estar aislados, un tanto fuera de este mundo festivo, sean parecidas.*

*— Puede ser. Aunque eres más joven que yo, puede haber razones similares para no reír a carcajadas ni dar de saltos en una fiesta. Por ejemplo, alguna ruptura o alguna decepción reciente.*

*Ella volvió a reír, con una risa que sin embargo tenía un poco de melancolía.*

*— Vaya, pues sí, creo que tus motivos y los míos son cercanos. Tal vez hasta me convenga contarte. Creo que me entenderías si te hablo de ilusiones, de reclamos, de alejamientos, y de dudas sobre si buscar a alguien de quien tal vez hui antes de tiempo.*

—Claro. Y si el tiempo de esta fiesta lo permite, también te preguntaría sobre algo mío, sobre si hay torpezas de consecuencias irremediables.

Cuando se dijeron sus nombres, el de ella le pareció una eufonía, mientras ella misma le decía:

—Tu nombre te va bien. Casi me hubiera imaginado que así te llamas, aunque no me hubieras dicho.

Sonrieron mientras acomodaban una silla cerca del sillón donde él había estado sentado, mientras se veían una y otra vez, divertidos como si fueran a iniciar una travesía y no solamente una conversación, mientras él buscaba entre los ojos de ella respuestas que tal vez llegarían más tarde, y veía los movimientos ágiles que parecían los de alguien disciplinada con su cuerpo. No supo si preguntarle a qué se dedicaba porque lo que le contestara podía ser demasiado revelador para ese momento.

Y mientras se sentaban para iniciar esa plática que seguramente duraría todo el tiempo de la fiesta, o tal vez un poco más, él sintió su perfume delicado, entre seco y ligeramente floreado, que en algo se parecía al aroma que varias veces había imaginado cuando pasaba las horas frente a la pantalla.

\*\*\*

—Así se abren las esperanzas —dijo la mujer de mayor edad.

—Que no siempre se pueden abrir —agregó sin hacer ningún gesto el joven de las botas mientras se levantaba para servirse alguna otra cosa.

—Las redes sociales pueden abrir, cerrar o atrapar. Sirven para surcar buenos canales de conocimiento, pero también para saber de miserias. Ahí van tanto los solitarios que quieren sentirse en compañía, como los que quieren difundir sus alegrías o los que gritan su amargura.

—Pero también la amargura, el coraje y la decepción pueden invadir y quedarse en una casa para que todos sientan que no hay lugar a donde ir que no sea para vender algunas cositas, o a limpiar otras casas tan grandes que ni siquiera imaginamos que pudieran existir; o cuando una hija se va para venir una vez a la semana a dejar algo de ayuda para los papás, y durante su visita hablan

todos de vaguedades sobre qué hace, dónde anda y con quién; y la otra hija deja estudios de preparatoria para trabajar en algún centro comercial porque tiene que hacerse cargo de sus propios gastos.

—Y así. Yo ya estaba terminando la preparatoria con un promedio que no era tan malo cuando me hicieron la propuesta. Un chavo apenas más grande que yo me lo dijo. Él me daría unos paquetitos, yo los vendería en lugares como parques y salidas de las escuelas y me pagarían una comisión por cada venta. Nada que fuera muy difícil, además de que no correría ningún riesgo porque la policía que rondaba por cada uno de los lugares de venta estaba bien aceiteada y de acuerdo. Y si se les ocurría molestar se les acababa la paga, los echaban de la corporación policiaca y según la gravedad hasta podían aparecer descabezados en algún terreno baldío.

—Y como me apliqué con las ventas y entregué buenas cuentas, después de un tiempo me dieron otros encargos como hablar con comandantes para checar con ellos que nadie se metiera en las zonas nuestras, porque ya sabían que si ellos, los policías, no se encargaban de tener nuestras zonas limpias, entonces nos tendríamos que encargar nosotros y todo se complicaría.

—La policía cumplía bien, hasta que algunos de otra banda se les pusieron muy renuentes y bravos y así nos lo informaron. Nos están apretando por dos lados, nos dijeron, por el lado de ustedes y por el lado de esos otros que ya nos advirtieron que si les impedimos vender nos va a costar caro a nosotros. Entonces los que me daban las instrucciones me mandaron a decirles a los comandantes de policía que se hicieran a un lado, porque el asunto lo arreglábamos nosotros.

—Es entonces cuando sientes que estás con gente bien plantada, que no se va a dejar ni a rajarse, y más cuando te dicen que si quieres entrarle a un ajuste con esos que estaban vendiendo en una zona que era de nosotros, y así sientes que los que mandan te están dando más confianza de la que ya te habían dado y que ya te están hablando con palabras mayores y no con líneas para principiantes. Además sabes que con el aumento de confianza en un rato viene también que te paguen mejor. Y pues le entré, al principio nada más acompañando a otros dos que fueron a levantar a un chavo que

estaba vendiendo en nuestra zona, donde sólo nosotros teníamos derecho.

— Llevarse a ese chavo no fue complicado, porque no se resistió, no sé si porque pensó que nada más se trataba de asustarlo, o porque como vio que éramos tres y cada uno con su arma calculó que no tenía caso resistirse, o por lo que fuera. Lo llevamos en un carro, yo en el asiento de atrás con él, y uno de los otros diciéndole que para qué se metía donde no debía, y el chavo como que no se la creía y daba algunas explicaciones bastante tontas de que a él nada más lo habían mandado. Y se la empezó a creer cuando llegamos a un terreno ya muy fuera de la ciudad y los otros dos lo empezaron a tundir con los golpes mientras él gritaba que ya no se iba a meter en nada, y pues ya cuando le llegó el primer plomo al cuerpo ni manera de que no lo creyera. Yo creo que ya estaba difunto cuando el que nos mandaba en ese levantón me dijo que yo también le tirara. Y pues ahí fue mi primer disparo sobre un humano, aunque ya estuviera muerto. De todas maneras sí es una impresión que hay que superar y después ya te queda claro que estás en otra categoría.

— A partir de entonces siguieron otros trabajos que ya me encargaban directamente. Y empecé a viajar para cumplir encargos en varias ciudades, siempre por lo mismo, para ajustar cuentas con gente que se metía en nuestros territorios. Sí sientes miedo a veces. Pero cuando ya estás en el trabajo, te calientas y no te pones a pensar. Y te acostumbras a lo que haces, a ver la cara de los otros, a veces de miedo, de terror, a veces de reto. Y te acostumbras también a saber que un día te puede tocar y que más vale que disfutes lo que tienes, porque quién sabe cuánto va a durar. Y si uno piensa en lo que le esperaba en la casa con los papás o en la escuela donde aunque terminaras no ibas a conseguir mucho, pues mejor te quedas en esto. Y además de la paga consigues respeto en muchos lugares, como aquí con ése que se nos puso de rodillas cuando se dio cuenta de con quién estaba tratando.

Al hablar en plural el joven nos incluía como parte de su equipo, o como sus aliados, o protegidos, y eso hizo que nos sintiéramos aún más en confianza a pesar de los datos enmudece-

dores de aquel relato, que con ser sorprendentes no resultaban inesperados.

Y cavilando agregó: — ¿Quién decide qué vida es mejor? ¿La del que sabe que va a morir porque está matando, o la del que está como un ciego esperando a ver qué le pasa? ¿La del que va a rezarle a los santos de las iglesias de siempre o la del que se encomienda a la Santa Muerte porque ella es la que decide? ¿Yo soy peor que ustedes? No les pregunto a qué se dedican, ni a quién ayudan, ni a quién chingan. ¿Mi padre es respetable porque quiso vivir menos miserablemente o es un pobre tipo que creyó en las leyes de los que mandan, se ilusionó y después se deprimió, aunque más tarde se haya vuelto a ilusionar? ¿O mi hermana que ha de andar arreglándose las quién sabe con quiénes? ¿O las que se casan decentemente? ¿Quién vale más... el que mata o al que matan? ¿Quién es más criminal y despreciable... el que mata porque se lo ordenan y le pagan unos pesos, o el que manda matar y así se llena de millones? ¿Los que matan o los que desde sus grandes sillas se ríen de que la gente se esté matando?

No sabíamos si nos preguntaba o si le preguntaba a ese mundo del que era parte. En todo caso no se nos daba contestar.

Al pasmo y al silencio los alivió el comentario de la mujer mayor, que así demostraba que los años le habían proporcionado madurez y agilidad de salida para los momentos difíciles:

— Lo que usted comenta es para hacer temblar. Y esto me lleva a otro tipo de temblores, a los que me refería cuando decía que en esta ciudad hay mucho para contar, que abarca a los eclipses y a los terremotos. Ya les hablé de cosas que pasaron durante aquel maravilloso eclipse. Otras muchas debieron pasar en ese mismo instante, como seguramente pasan en los momentos en los que la tragedia asoma cuando la tierra nos recuerda que con una pequeña demostración de su vitalidad, se desmoronan realidades y ficciones. Lo que sigue pudo haber pasado en el movimiento de tierra más reciente, o en el anterior. Da lo mismo: ni la condición humana ni la bravura de los sismos cambian en unos pocos años.

## EL REGAÑO DE LA TIERRA

*Nuevamente oyeron la voz que era como un trueno agudo. No grave, no trueno grueso como los que anuncian o acompañan a las tormentas. Quería serlo, pero era un grito que estaba más bien cerca del chillido.*

*Instantes después, lo sabían desde hacía algunos años, aparecería la pareja que ostentaba mando y autoridad en el espacio administrativo de la planta elaboradora de todo tipo de documentos que era parcialmente propiedad del gobierno. Adelante iba ella, a quien habían nombrado Directora por sus amistades en esferas altas del poder, desde donde los nombramientos no obedecen a la eficiencia, sino que corresponden a distintos tipos de favores que pueden ser desde económicos hasta de estancias temporales en alguna recámara. Era ligeramente robusta, con un gesto cercano a la fiereza y al regaño permanente, envuelta siempre en ropas de calidad, en esta ocasión con una escogida combinación de falda, blusa y saco, cuyos precios le daban autorización para acentuar aún más su condición de mando.*

*Unos pasos atrás la seguía él, más joven, enjuto, diligente, apresurado, igualmente bien vestido, con corbata un tanto más allá de lo discreto, ligeramente brillante igual que su cabello bien peinado y estirado. Hacia donde ella dirigía su voz de mando, ese chillido con pretensiones de trueno, él mandaba una mirada de supervisión reprobadora que apoyaba al grito de su jefa.*

*El recorrido fue el de costumbre. Caminaron entre los pasillos de la amplia sala donde se preparaban los documentos. Ahí, los expedientes formaban columnas sobre los escritorios, y entre pilastra y pilastra las caras de los preparadores de documentos se asomaban convirtiendo a esos espacios en ventanas y respiraderos.*

*La Directora escudriñó las filas de papeles que estaban encimados sobre unos de los escritorios, dio la vuelta alrededor de ellos y también del escritorio y le inquirió al empleado documentador cuya cabeza aparecía entre los cerros de papel:*

— ¿Para cuándo termina usted con esto? ¿A qué hora?

Apenas levantando la mirada, el increpado contestó:

— Para mañana en la tarde.

La observación de la Directora fue contundente:

— Tiene que estar para hoy. Usted sabe que hay términos y esos documentos no pueden esperar. Además en un rato le llegarán más expedientes, y si no termina pronto los que tiene aquí, se le acumularán y tendrá que permanecer trabajando hasta que acabe con todo. Así que salga a la hora que sea, pero termine esto hoy.

El empleado movió ligeramente la cabeza haciendo gesto de afirmación y susurró:

— Está bien.

Exhalando aires de triunfo, levantando la mirada para otear el horizonte formado por la secuencia de papeles que resguardaban a otros papeles, la Directora miró a algunas de las personas que estaban apretujadas entre los expedientes, y que a pesar de ser empleados gubernamentales eran considerados por ella como trabajadores a su propio servicio, función para ella más importante que la misma elaboración de la documentación.

Caminó nuevamente buscando a quién interrogar. Mientras ella avanzaba, el joven delgado y con pretensiones de elegancia que la seguía se detuvo junto al empleado que momentos antes había recibido las instrucciones de la Directora.

— Ya oíste. No te puedes ir si no terminas los documentos que tienes sobre el escritorio. Apúrate para despachar los expedientes que tienes, para que cuando lleguen los documentos de hoy, ya esté libre el lugar para ponerlos ahí. Rápido.

Y el hominico se movió siguiendo los pasos de su jefa, imitándola en la mirada levantada, ufano de haber reforzado la orden que ella había dado al empleado que quedaba sumido en la angustia frente a la disyuntiva de trabajar los documentos con algún cuidado y terminar a horas extremas de la noche, o hacerlo con rapidez y correr el riesgo de cometer alguna ligereza que le costara ser sancionado.

Documentadores de ambos sexos y de distintas edades esperaban para ver a quién le tocaría la siguiente observación de la Directora. Ella se movía entre los pasillos con su soberbia amenazante que la llevaba a buscar

*a otra víctima. La encontró en una mujer joven, vestida con la corrección y la elegancia modesta de una documentadora cuyo ingreso salarial sería unas diez veces menor que el de la Directora y unas seis veces más bajo que el del amanuense que la acompañaba. El peinado de la joven, mucho más sencillo que los giros de cabello colorido que presumía la Directora, caía en parte, como descuidadamente, hasta cerca de sus cejas y de la alegría de sus ojos.*

*La mirada escrutadora se fijó en esos rasgos antes que en los expedientes. Con la molestia que la figura de la joven le había causado, empezó a levantar algunas de las hojas de papel que estaban acumuladas sobre el escritorio.*

*—Están mal ordenadas. Así no se puede preparar un documento correcto —sentenció la Directora.*

*—El orden es el necesario para que el documento pueda salir bien en el poco tiempo que tenemos para hacerlo —contestó suavemente la joven que había recibido la llamada de atención. Sólo un segundo había levantado la cabeza para acompañar su repuesta con un movimiento de ojos leve, casi sonriente.*

*Al sentir que las palabras de la joven eran un atrevimiento, el enojo inicial de la Directora se convirtió en molestia mayor que rozaba a la furia, mientras ordenaba, apretando diente contra diente y labio contra labio, en palabras casi silbantes:*

*—La estoy instruyendo para que ordene los papeles y tenga los documentos terminados y legibles antes de su hora de salida. En cuanto los termine lo reporta con el Licenciado —y la Directora indicó con un movimiento de cabeza hacia atrás que el licenciado al que se refería era su diligente seguidor, como si nadie supiera de quién hablaba.*

*Igual a como lo había hecho con el empleado anterior, en cuanto la Directora continuó caminando el joven comparsa se acercó a la documentadora y casi al oído, esta vez en voz baja, le dijo:*

*—Ya oyó. En cuanto termine la espero con los documentos perfectamente trabajados.*

*Ella no hizo ningún gesto. Los comentarios del seguidor de la Directora, y él mismo, fueron inexistentes para la empleada que había continuado elaborando documentos.*

*La titular del mando y su acompañante siguieron caminando entre los pasillos que eran pasadizos culebreantes entre escritorios, anaqueles, máquinas para procesar palabras, y papeles que se convertían en documentos, mientras buscaban a quién dirigir la siguiente observación.*

*Era ésa la rutina que se había implantado desde la llegada, unos tres años atrás, de la Directora. La presencia de su secretario era más reciente, de un poco más de un año, y le había dado firmeza a sus desplantes y requerimientos.*

*Ciertamente desde antes de que ella se encargara de la Dirección, el ambiente de la fábrica elaboradora de documentos ya se había hecho más y más pesado porque el trabajo crecía exponencialmente. La demanda de trámites había aumentado año con año, pues la gente de la ciudad recurría con mayor insistencia a la búsqueda desesperada de papeles, a la demanda de documentos que le dieran sentido a sus vidas, y las autoridades exigían expedientes que acreditaran la existencia de cada persona, de sus parentescos, de sus lugares de trabajo, sus desempeños laborales, sus propiedades, sus horarios, domicilios, en ocasiones aun de los colores de las paredes internas y externas de las casas, entre otros muchos componentes de sus vidas y existencias. Con obstinación frecuentemente cargada de humores agresivos, personas de todas las edades solicitaban sus papeles y los empleados de la empresa tenían que redoblar esfuerzos y producir en una jornada los documentos que antes producían en dos o tres.*

*Las corretizas hormigueantes entre los laberintos de montones de textos plegados aumentaban y se hacían obligadamente con mayor rapidez que antes; los ceños cada vez se relajaban menos y la cortesía subsistía nada más como una necesidad para evitar que los males crecieran.*

*Los mandos de la empresa no buscaban aliviar las fatigas y angustias crecientes de los empleados que elaboraban los papeles bajo el acoso de la demanda creciente de una población que se encaminaba a la idolatría de la documentación. Más bien orientaban a los hacedores de documentos a que se inmolaran como víctimas de esa religión floreciente basada en la demanda y expedición de textos que acreditaban alguna verdad o al menos alguna posibilidad. Las jornadas de límites que nunca eran precisos, las metas imposibles, los reconocimientos inexistentes, la insatisfacción que se transmitía por los reclamos histéricos de las personas que con avidez exi-*

*gían sus textos y por los mandones que ordenaban su elaboración, eran partes del altar para los sacrificios de los exhaustos empleados.*

*Por su parte, los reclamantes de documentos acusaban permanentemente malos tratos de parte de quienes los elaboraban, se quejaban con los jefes (y con la jefa cuando podían acceder a ella) y aseguraban corrupción de mandones y subordinados.*

*A ese cuadro de imputaciones cruzadas obedecía el comportamiento de la Directora en aquella jornada, igual a todas las de los últimos meses. Después de que había pasado por el honor doblegado del empleado y por la esquividad de la joven documentalista, siempre seguida por su pequeño acompañante, repitió con otros tres hacedores de expedientes su acción imprecadora.*

*Cuando llegó al final de la sala donde se agolpaban los escritorios con los expedientes, se posicionó de frente a ese conjunto de pesadumbre humana que se confundía con las miles de letras que hablaban de las realidades, ficciones o conflictos de otros. Gracias a la luz del mediodía que irrumpía por la ventana que quedaba a sus espaldas, la sombra de la Directora se alargaba desde donde ella estaba hasta la mitad del pasillo afligido que tenía enfrente y lo cubría en todo su ancho.*

*La Directora confundió su propio tamaño con la dimensión de su sombra, producida por esa ubicación casual a espaldas de la luz, y sintió su grandeza. Por su parte, el hombre pequeño que la acompañaba trataba de moverse hacia alguna orilla del pasillo, entre escritorio y escritorio, buscando algún retazo del haz de luz que pudiera darle una sombra a él también, aunque fuera pequeña.*

*Apoiada en esa condición, segura de que con su majestad había colocado la iluminación a su servicio, iluminada ella misma e impuesta sobre la pequeñez de los demás, levantó la cabeza para mirar el panorama de personas y papeles desde la altanería de sus ojos que crecían detrás de las molduras finas de sus espejuelos, y empezó su alocución:*

*— Son muchas las quejas. Y todas por la lentitud de ustedes. La gente está necesitada de sus papeles y ustedes no tienen la capacidad de entenderlo como rara vez tienen la capacidad de hacer un documentado correcto. Por mucho que se les capacite no superan su inutilidad. No merecen esta oportunidad de trabajo que su limitada vida les ha brindado.*

*Con treatalidad que quería acentuar su autoridad ladeó ligeramente el cuerpo. Buscaba transmitir impresión de visión panorámica, pero procurando que la extensión de su sombra no sufriera menoscabo. Atrás de ella, la cara contraída de su acompañante agregaba severidad al acto.*

*—Hay que satisfacer las demandas de documentos. Probablemente la corta mirada de ustedes les haga suponer que cada asunto tiene que ver nada más con quien quiere su expediente terminado. Pero no, detrás de cada caso se encuentra el interés superior de la patria, de nuestro gobierno, del presidente y del gobernador. Así que quien no sirva para esto puede ir pensando en que se tiene que ir.*

*Hubo rumores. Salieron de entre los papeles, las sillas y los escritorios. Siseaban las injusticias, los malos tratos, las injurias acumuladas, los desplantes, las exigencias que contra ellos se prodigaban desde el desconocimiento y la falsedad. “Miente, le preocupa nada más seguir escalando puestos.” “Le importa que en la suma nacional de eficiencias aparentes destaque su farsa.” “Engaña también a los demandantes de documentos cuando nos achaca ineptitud sin decir que su estilo de dirigir es torpe, sombrío y despilfarrador de recursos.”*

*Sin poder obtener una manifestación entendible de entre los murmullos, la Directora gritó:*

*—Si alguien quiere decir algo, que lo haga con valentía, en voz alta y responsable. No se escondan en el anonimato que les dan los papeles amontonados por ustedes.*

*Los murmullos cesaron. Se convirtieron en miradas cruzadas de los documentadores que estaban sentados en filas, unos detrás de otros. Alguno de ellos aventuró:*

*—El trabajo es mucho. Y damos todo lo que podemos.*

*—¡Que no es gran cosa! — le interrumpió la jefa para impedir que continuara.*

*—Claro que el esfuerzo es inmenso — la voz suave, pero que alcanzaba a oírse en todo el salón, era de la joven que poco tiempo antes había recibido las observaciones de la Directora.*

*Se percibió como una afrenta directa. Pero antes de que la jefa reaccionara, el acompañante salió en lo que consideraba su defensa.*

— ¡No están aquí para discutir! ¡Si se les dice que su labor es pobre e ineficiente es porque es así! — regañó el hombrecito mientras su pequeña sombra se bamboleaba.

— ¡Además de ineptos se sublevan! Vamos a ir cambiando gente, empezando por ustedes, para que venga quien quiera trabajar sin flojeras, ni pretextos, ni lamentos! — chilló la Directora, animada por el apoyo de su acompañante, arañando el paroxismo, manoteando al aire.

Dejando de lado la sombra que a su sentir le había dado protección, se acercó al escritorio más próximo y golpeó con la mano una de las pilas de papeles que ahí estaban, haciendo que se regaran en desorden y que el empleado asignado a ese escritorio y a esos documentos saltara hacia atrás, provocando la caída de su silla y trastabillando, no sin susto, mientras la Directora preparaba un segundo manotazo.

Pero antes de que volviera a golpear, otra pila de papeles cayó sin que ella la tocara. A la vez, la Directora sintió que el escritorio se le alejaba como si quisiera huir de su exabrupto, mientras en medio de los expedientes alguna voz que sonó temerosa, quizá todavía por el regaño de la jefa, o tal vez por el movimiento que iniciaba en suelo y seguía por paredes, cortinas, puertas y ventanas, alcanzó a advertir:

— ¡Está temblando!

Había sido un jalón no muy severo, pero suficiente para que el desliz del mobiliario fuera notable, para que los papeles perdieran su estabilidad precaria, para que esos segundos iniciales se vistieran de tiempos largos, y para que la intimidación lograda momentos antes por la Directora cediera ante ese azoro mayor.

No queriendo quedar a expensas del meneo, los documentadores corrieron para apoyarse en las paredes, para acuclillarse junto a escritorios o para buscar la salida de la sala.

Hubo algunos gritos que se expandieron y multiplicaron cuando un movimiento mayor lanzó a unas personas contra otras y cubrió aire y suelo con los documentos que hasta unos instantes previos encerraban horas de labor de los hacedores de documentos y constancias esperanzadoras para quienes los habían encargado.

Aunque la sensación de la precariedad de la vida aumentó, la mayoría de los empleados conservó las posiciones que habían logrado alcanzar

*después del primer sacudón. Paredes y mobiliario eran recursos inseguros pero únicos. Unos pocos intentaron correr hacia las salidas del salón donde se elaboraban los documentos. Fueron menos los que cayeron al suelo y quedaron ahí. Entre esos estaba la Directora.*

*Con la frente pegada al suelo, los ojos cerrados y apretados, y tapándose los oídos con las manos, como si fuera a conjurar el sismo con sólo evitar ver y oír, la Directora levantaba la parte baja de su espalda, lo que hacía que el elegante vestido se deslizara hasta llegar casi a medio torso. La exposición del interior de su ropa confesaba la magnitud de su espanto.*

*Segundos antes había caído al suelo, cerca del escritorio que unos instantes atrás había sido testigo próximo de sus manoteos. Con su caída, la sombra que la acompañaba se esfumó, mientras su acompañante perdió también la suya cuando corría y saltaba sobre su jefa. Al momento en que la brincaba, ella había logrado sujetarse de una de las piernas del aterrorizado licenciado, pero él se sacudió como si hubiera querido librar su pierna y su pie de alguna mala hierba. Logró zafarse del amarre de la Directora y correr hacia una de las entradas del salón documental, donde desapareció. Y ella quedó ahí, en el suelo, aplastando unos papeles y cubierta por otros, chillando su terror y su abandono, con un chillido que de tan agudo no dejaba ningún recuerdo de la voz que intentaba ser grave cuando increpaba a los empleados.*

*La joven documentadora que primero había respondido discretamente a la llamada de atención de la Directora y después lo había hecho ante todos, estaba de pie pegada a una parte de la pared que por estar cerca de una columna se veía segura. Ahí, con otros de sus compañeros, había pasado los alargados instantes del temblor de tierra. Desde esa posición vio la caída de la Directora, su intento de aferrarse a la pierna del que poco antes era su testafarro fiel, y el rechazo que él le había propinado.*

*Cuando inició el alivio porque el movimiento había terminado, varios documentadores voltearon a ver momentáneamente a la Directora. Aún de reojo, mientras se encaminaban a las salidas del salón con el endeble orden que les permitía la pesada experiencia de haber estado ante lo insondable, pudieron ver que la Directora se ponía de pie, apoyándose en el escritorio, buscando inútilmente que su ropa y sus lentes volvieran a la pulcritud de antes, arreglándose el pelo con el intento de recuperar formas que solamente obtenía con estilistas de altos costos.*

*La joven documentadora, como seguramente otros de sus compañeros, tuvo un momentáneo impulso a la risa. Pero se contuvo, porque hubiera sido innoble y muy probablemente riesgoso. Además, aunque merecieran alguna carcajada los movimientos descordinados de la jefa que intentaba reponerse, la intensidad del movimiento hacía pensar que seguramente se había abierto la tragedia en otras partes de la ciudad.*

*Fueron saliendo apresurados en filas parecidas a las que formaban mientras trabajaban. La Directora se introdujo en alguna de las filas. Si nadie le abrió un lugar especial, tampoco le impidieron estar y moverse al ritmo de los demás, para lo que tuvo que caminar sobre sus medias y llevar a la mano sus zapatos de tacones elevados.*

*Cuando alcanzaron la calle, la Directora salió de la fila y se unió a los funcionarios de la empresa que estaban en un grupo, apartados de la mayoría del personal, a distancia de aquellos que tenían como trabajo directo y arduo la elaboración de documentos. Ahí, la jefa empezó a tomar de nuevo los movimientos de mando que habían rodado por el suelo durante el sacudimiento de la tierra.*

*Con otros compañeros, la joven documentalista miraba los alrededores, buscaba noticias y empezaba a imaginar la amplitud de los daños. Pensó en lo que vendría y que ya se anunciaba: el ruido de las sirenas de las ambulancias, los escombros que inundarían calles enteras, la espontaneidad de quienes procurarían ayudar a rescatar cuerpos con o sin vida en contraste con la miseria de los saqueadores, la evidencia de la corrupción que estaba en los cimientos débiles de algunos derrumbes. Vendría también la memoria de hechos similares en años y décadas anteriores, que recordaban la fragilidad de la tierra que por flotante podía ser inestable y más aún si se le ofendía con el atevimiento de un crecimiento desmesurado.*

*La tragedia, pensó, sacaría a flote los despropósitos de las construcciones y provocaría ánimos efímeros de enmienda. Volteó a mirar al grupo donde la Directora estaba al centro, ya casi plenamente repuesta, sin la custodia del hombrecito al que no se le veía por ninguna parte y empezando a disfrutar la disposición evidente que tenían otros para suplirlo.*

*La documentalista caviló sobre el esfuerzo que significaría volver al orden, a reorganizar las pilas de documentos y a continuar con el rigor exigido desde la cúspide de la arbitrariedad y del absurdo. La sonrisa dis-*

*creta que dirigió a sus compañeros comunicaba tristeza, aunque también consuelo. Y deseándoles que encontraran buenaventura en medio del desastre y la zozobra, se despidió para introducirse en las calles multitudinariamente ocupadas por personas que buscaban la definición de sus rumbos después de haber sentido lo hondo de su fragilidad.*

\*\*\*

—Vean. Ahí el trabajo lo tuvo que hacer la naturaleza. Nadie se atrevía hasta que la tierra actuó. Nada más que fue a medias. Pasado el susto la mentada directora habrá seguido humillando y haciendo daño. ¿No es mejor en esos casos actuar directamente y borrar de un tiro a quien sea?

—Dirán que no es para tanto. Allá ustedes. Tal vez aguantarían cosas así, o peores. O se quejarían ante una autoridad que no va a hacer nada. Yo he matado. No se los voy a negar ahora que están en confianza contando cosas, aunque no confiesen si las han vivido. Pero si no tuviera yo esa cualidad de eliminar obstáculos, no estaríamos aquí, sino ahogados por la lluvia o fracturados por los palos.

—Lo que he hecho ha sido para ganarme respeto y mejor lugar en la vida, aunque también por coraje. ¿O ustedes no tendrían coraje de haber vivido ésa que fue mi miseria?

—Y no me digan que hay otras maneras de vivir. Las hay si tu existencia vale unos centavos a la semana. Claro que en lo que hago también se trabaja para que otros que no ponen ni una pizca de su pellejo se enriquezcan. Ellos están en los bancos o en la política y uno está rodando por la calle esperando a ver cuándo se queda sin cabeza. Pero aun así, tengo lo que no tendría en ningún otro pobre trabajo. Si yo fuera un trabajador sencillo, hubiera sido el primero en ser echado de aquí por la punta del pie de aquel fante que se arrugó cuando imaginó lo que yo podía hacerle.

—Hay quienes matan por matar, por hacer daño, porque gozan de ver sufrir, porque han de tener corajes más grandes que el mío, porque alguna maldición mayor habrán heredado. Yo no, yo lo hago porque es el trabajo que me da para buena vida y respeto y que me deja cobrarme por la vía directa un poco de lo que me han

hecho. Y no se asusten. Creo que ustedes ahora no tienen necesidad de hacer algo así. Pero tal vez mañana. O nunca. Quién sabe.

A nuestro pasmo renovado siguió un silencio que fue roto por la mujer más joven, quien casi alegremente, con una leve coquetería inesperada para el momento, buscando sonrisas y fluidez para que no pareciera que chocaba con la versión del protector, dijo:

—Las formas no son solamente éstas. Hay otras. Tal vez con lo que les voy a contar podamos mirar todo de manera menos drástica. Tiene que ver con un poco de mar, otra vez por los rumbos del sureste.

## CARIBE MEXICANO

*El chofer de la casa acomodaba con cuidado las maletas dentro del lujo de la camioneta. Ricky lo observaba y cuando el equipaje estuvo listo, mientras subía en el asiento trasero y se sentaba junto a Verónica, hizo el comentario que ella esperaba, porque era el acostumbrado cada vez que tomaban algún vuelo de pocas horas:*

*— El tiempo que vamos a emplear para llegar al aeropuerto y documentar, es casi el mismo que pasaremos en el avión. Increíble.*

*La queja cargaba exageración pero también un fondo de verdad. La zona residencial donde vivían estaba lejos del aeropuerto de la Ciudad de México, y por bien que les fuera tardarían en llegar cerca de una hora. Entre ese trayecto, el descenso del equipaje y el registro para abordar, no transcurriría mucho menos tiempo del que pasarían en el avión.*

*Era un matrimonio reciente, salido de una boda que unos dos años atrás había convocado a algunas de las familias más estimadas de las alturas sociales, que acudieron a festejar la unión de los dos jóvenes distinguidos que apenas rebasaban los treinta años.*

*La familia de Ricky era de arribada reciente a esos niveles sociales, porque antes de ser político y empresario prominente, el papá había sido un empleado gubernamental de segunda que supo aprovecharse de los avatares de la corrupción, lo que no dejaba de comentarse en los corrillos de su nueva clase social, pero que tampoco impedía su aceptación. Tal vez la familia de Verónica (o inclusive ella misma) hubiera preferido un matrimonio con alguien de mayor y mejor tradición familiar; y quizá Ricky lo intuía, lo rumiaba y buscaba la manera de demostrar que merecía pertenecer a ese medio para él tanpreciado. Una coleta de bucles que caía hasta debajo de su nuca y que probablemente fuera producto de arreglo de salón de estética y una modulación cantada cuando hablaba, abonaban a su búsqueda de pertenencia a la clase social anhelada, a la que el matrimonio ayudaba a que fuera admitido.*

*El viaje, uno más de los que hacían con frecuencia, estaba programado esta vez para que fueran con otra pareja matrimonial, la de Antonio y Eugenia, tan avenida como ellos, tan bendecida y admirada, con iguales horizontes de éxito prometidos por su origen familiar. Un origen que se tocaba en un punto común, porque Verónica y Eugenia eran primas, hijas las dos de unas hermanas que en su momento habían tenido también matrimonios admirados, sólidos, con fortunas que resplandecían. A diferencia de Ricky, la alcornia de Verónica y Eugenia, igual que la de Antonio, venía de tiempo atrás, de familias que por generaciones habían sobrevivido a las vorágines sociales y conservado e incrementado sus economías. Desgarbado y con facha de hastío permanente, Antonio era conocido por su habilidad para multiplicar los negocios familiares.*

*En la sala especial, la de viajeros de clase distinguida, se encontraron los cuatro antes de tomar el vuelo. Y un poco más de dos horas después, desde la ventanilla del avión, antes de que se acercaran a la pista de aterrizaje, Verónica pudo ver la línea espumosa que era una costura fina que ataba al mar con la playa. Tocó el hombro de Eugenia, que iba en el asiento delante de ella y con un movimiento de dedo indicador le compartió su admiración por ese primer atisbo del mar Caribe; después de asomarse, Eugenia volteó a ver a su prima y le sonrió entre agradecida y emocionada.*

*Era algo que a veces ocurría, que Verónica mostrara a Eugenia algunos detalles o rutas de las que por alguna distracción no se hubiera dado cuenta. Esa suerte de discreta y eventual conducción no tenía que ver ni con que Eugenia fuera menor unos meses que Verónica, ni con su belleza diferente. Verónica era discretamente amplia en sus formas físicas, de labios que parecían empujar hacia delante, de ojos marrón vivarachos que cuando se entrecerraban podían anunciar picardía, y su cabello negro ondulado podía convertirse en rizos apretados cuando crecía o cuando la humedad así lo imponía. Eugenia era distinta en su pelo lacio y trigueño hasta los hombros, en sus formas más delgadas, en sus ojos grises que iban de la sonrisa al asombro y de ahí a alguna facilidad para entornarlos hasta hacerlos casi lánguidos, en su nariz avanzada en una curva leve que hacía sintonía con los labios finos y alargados.*

*En esa mañana de su llegada, los dos matrimonios fueron tocados por el ambiente caluroso de la tierra caribeña en el tramo del aeropuerto*

*a la camioneta que los esperaba para trasladarlos, y después durante los pasos que dieron del vehículo a la entrada del hotel.*

*Cada pareja ocupó una habitación que los esperaba con camas esmeradas, baños profusos y ventanales que parecían reír con presunción cuando les dejaban ver la visión del azul profundo, que se alejaba hasta tocarse con el otro azul más pálido apenas afectado por nubes que parecían diseñadas por un pincel tímido.*

*Ya estaba casi todo previsto. Comerían en algún restaurante frente al mar, curiosearían en alguna tienda con anaqueles que mostraran precios altos, y después de un descanso en el hotel irían a sumergirse en el ruido de algún bar que ofreciera música de factura reciente y bebidas de invención ingeniosa.*

*Cumplieron con lo planeado. Y dentro de lo previsible estaba que durante la comida en el restaurante, como en el bar en la salida nocturna, Ricky y Antonio hablaran entre ellos, comentaran de negocios, rieran, voltearan a ver con poco disimulo los cuerpos de meseras que aparentaban ser halagadas con sus miradas, o de mujeres turistas que parecían no darse cuenta de cómo llamaban la atención de esos dos hombres jóvenes, claramente de buen estrato social (aunque uno menos refinado que el otro), acompañados de quienes con seguridad eran sus esposas, y que conversaban por separado mientras los maridos murmuraban sobre esas otras mujeres que llamaban su atención, o que hablaban en voz natural (es decir alta) cuando se referían a asuntos públicos.*

*Algo distinto a lo que Ricky y Verónica habían hecho en algún viaje anterior estaba preparado para el día siguiente. Ir en un pequeño yate a pescar, o nada más a navegar en aguas caribeñas, estaba planeado desde la Ciudad de México. El contrato del yate que incluía a una persona que lo manejara para poder hacer el paseo marítimo, ya estaba pagado.*

*Aunque no fue muy grande el desvelo de esa noche, sí ocasionó que llegaran con algún retraso a la cita que tenían en un muelle para yates de recreo, donde los esperaba uno de no gran envergadura, que necesitaba para ser conducido nada más a un tripulante. Tenía una cubierta amplia, en la parte trasera un espacio abierto donde había sillas plegables, y adelante, debajo de donde estaba la pequeña cabina de conducir con el volante, un camarote pequeño que se veía suficiente para que se acomodaran en él tres o cuatro personas.*

Los recibió el encargado de la embarcación. Él los conduciría por los trazos que en el mar haría el barco bajo su conducción, un hombre joven, tal vez un poco mayor que ellos, con la apariencia medianamente indígena, que era de esperarse de alguien de esa región. Moreno acentuado, de cabeza ligeramente ancha, lucía el pelo negro lacio con pequeños quiebres hechos por la humedad del ambiente, que le daban marco al color marrón oscuro de los ojos rasgados moderadamente. El pantalón, que disimulaba poco las piernas de fuerza descarada, le llegaba hasta poco antes de las rodillas y la playera un tanto debajo de los bíceps notables; eran prendas que parecían como diseñadas para facilitar las maniobras a bordo.

Amable, ayudó a que las dos parejas subieran y se acomodaran bajo el techo del pequeño yate, un poco alejados de la puerta del mediano camarote que estaba bajo cubierta. Una vez que estuvieron sentados en los costados de la parte trasera de la embarcación, que tenía las comodidades de asientos acojinados desde donde se podría ver la estela que dejarían sobre el agua, con habilidad el conductor retiró la cuerda que unía al barco con el muelle e inició la salida hacia el mar, cuyo azul se hizo menos apretado con el contraste del sol.

Avanzaron casi en silencio, viendo cómo cambiaba la percepción de los hoteles, de la playa, de todo el lugar donde antes habían estado y que ahora miraban desde afuera, desde el otro lado de la línea donde el agua reconoce a la arena de la orilla.

— ¿Cuál es la idea? — preguntó de mal modo Ricky al conductor de la embarcación, con voz que se quería de autoridad y como si tuviera temor al aburrimiento—. ¿Así vamos a seguir, navegar y navegar? ¿O nos vas a dar una vuelta de turistas y nos regresas al muelle?

El conductor del barco sonrió levemente y comentó:

— Nos vamos a alejar un poco más, hasta cerca de unas rocas donde pueden asomarse a ver adentro del mar, y si quieren sumergirse un poco. — Si decidieran pescar después, habría que ir más lejos, porque la pesca ha disminuido por tantos peces que sacan.

Su respuesta fue firme a pesar de la tranquilidad de la expresión de su cara. Y que no quitara la vista de la dirección imaginada que había trazado en el mar para continuar navegando, que no pusiera a discusión la ruta que él había decidido seguir, eran indicadores, si es que no advertencia, de que el mando y la conducción de la nave y de la ruta le pertenecían.

—Y tú que conduces esto con tanta seguridad... ¿cómo te llamas? —dijo Ricky como si quisiera darle un giro a la plática.

Sin quitar la vista del frente, el conductor contestó:

—Dionisio.

—Nombre medio raro, ¿no? —quiso ironizar Ricky.

—Era el Dios griego del vino y de los placeres —intervino Antonio, con expresión de que le daba flojera hacer el comentario.

—¡Ah! O sea que además de manejar este barco te dedicas a la parranda y a los placeres de la vida. ¿Y tu apellido?

—Dzib es mi apellido. Pero no soy de parranda. Casi nunca tomo. Yo trabajo —contestó Dionisio.

—¿Y qué quiere decir eso de Dzib?

—Escribir.

—Así que si juntamos tu nombre y apellido sería el parrandero que escribe —dijo Ricky con una carcajada cortada a medias.

Dionisio ya no contestó. Fijó su vista en las aguas de enfrente, las que se abrirían al paso del yate, y volteó a ver la espuma del mar que se formaba atrás con el paso de la embarcación.

—¿Y por qué tienes ese apellido? ¿Es de por aquí? —Al insistir en preguntar, Ricky mostraba que su convencimiento de superioridad lo autorizaba a saber lo que quisiera sobre el conductor.

—Sí, es de por aquí. Es apellido maya. Hasta hace como cien años por aquí casi todos eran mayas. Mi familia es maya de hace mucho tiempo. —dijo Dionisio.

—Pero ahora por aquí hay gente de muchos lugares —intervino Antonio—. Éste es el progreso, que muchas veces los nativos no entienden que les beneficia.

—Claro que les beneficia. Si hasta pueden ser capitanes de barco —ironizó Ricky.

—¿Sabías que Dionisio no es nombre maya? —volvió a reír Ricky.

—Mis papás conocían nombres de personas de otros lugares —dijo Dionisio con una expresión que era cortante, de orgullo y de fastidio, a la vez que parecía hacerse más marcado lo rasgado de sus ojos, como si los entrecerrara.

—Pagamos por un paseo que no sea nada más estar dando vueltas, sino para ver y hacer alguna otra cosa —dijo Ricky cambiando el giro de

la conversación ante la molestia de Dionisio y buscando siempre tener la supremacía en el ambiente del barco.

De nuevo el conductor no dijo nada. Continuaba viendo hacia delante, como si pudiera haber algo más que la extensión azul que a pesar de su amplitud no transmitía monotonía, tal vez por el movimiento rápido del barco o por las olas que se formaban a su paso.

Unos minutos y un tramo después, el conductor del barco redujo la velocidad casi a punto cero. Con lentitud, el motor todavía borboteando, la nave avanzó hasta que no tuvo más impulso que los del movimiento que el mar le imprimía. Accionando un mecanismo, el conductor soltó una propela que hizo un leve ruido al sumergirse y que fijó al barco en un área, creando para los pasajeros el efecto engañoso de que el bote avanzaba, cuando realmente las olas lo movían sobre sí mismo pero sin desplazarlo más allá de donde la cadena de la propela se lo permitía.

El conductor les mostró unas rocas que asomaban a dos o tres decenas de metros de distancia.

— Sin alejarse mucho del barco, aquí pueden entrar al mar, nadar un poco, asomarse con los snorkels para ver algunos peces, y si hay suerte tal vez una tortuga o una mantarraya. Como hay rocas cerca es más probable que haya peces. — Y si después quieren nos podemos alejar un poco más, para que intenten pescar algo. Les digo que ya no hay mucha pesca por aquí como había antes, porque han sacado mucho pescado. Hace tiempo un amigo que se llama Chanoc dijo que al rato ya no se va a poder sacar del mar otra cosa que no sea arena.

Mientras hablaba colocó a un costado de la nave una pequeña escalera que llegaba hasta el agua.

Con curiosidad Verónica se acercó a la escalera, pisó el primer escalón que la conduciría hacia abajo, hacia la superficie marina, titubeó y preguntó:

— ¿No es peligroso?

— Si entra usted con cuidado y no se aleja mucho, puede nadar y sumergirse con confianza. De cualquier manera desde aquí estaré vigilando — comentó Dionisio.

Verónica regresó a poner los dos pies sobre la cubierta del bote, se quitó el vestido de playa y quedó con su traje de baño de dos piezas pequeñas

que parecía haber sido exactamente imaginado para la elegancia y belleza de su figura ligeramente amplia. Se acercó a la escalera y nuevamente dudó.

Mientras el conductor miraba el mar y la escalera que apenas entraba en el agua, Ricky se acercó a Verónica por detrás, le dio en la parte baja de la espalda una palmada que no tenía ninguna pretensión de caricia sino más bien de golpe desdeñoso, y le comentó:

—Anímate, entra al mar, ya te dijo el capitán Dionisio que estará vigilando —dijo con tono casi de burla.

Sin voltear a ver a Ricky, el conductor comentó dirigiendo la mirada a los ojos de Verónica:

—No soy capitán, pero baje usted con confianza.

Verónica miró por un instante al conductor y después volteó a ver a Eugenia con una sonrisa que acompañaba a su pequeño nerviosismo:

—¿Vienes?

Con otra sonrisa y haciendo algún gesto de susto divertido, Eugenia se aproximó a la escalera y a Verónica. Igual que había hecho su prima, se quitó el vestido y quedó en un traje de baño de tamaño similar aunque de diseño distinto. Menos amplios los senos, las piernas más largas y delgadas, Eugenia se recogió el pelo que le llegaba un tanto debajo de los hombros, lo ató con una liga que de algún lugar había sacado y esperó a que Verónica diera el primer paso en la escalera que las llevaría a tocar el ritmo del sube y baja marino.

Ricky miraba con una sonrisa que obedecía a la falta de credibilidad en lo que las dos mujeres podrían hacer. Antonio se había recostado en una silla amplia bajo el pequeño techo de la embarcación, y con los ojos cerrados hacía notar que le interesaba menos la aventura que las primas estaban a punto de iniciar que el ser arrullado por el tibio bamboleo del pequeño yate.

Dándole la espalda a la orilla del bote, Verónica empezó a descender con pasos inciertos y sujetándose con poca seguridad de los bordes de la escalera. Dionisio supo que le debía ofrecer la mano y Verónica tomó también el brazo de Dionisio sintiendo solidez mayor que la que ofrecía el pasamanos de la escalera, además de la calidez, que fue un abono a la confianza. Después, mientras resbalaba las piernas hacia dentro del mar, fue soltando el brazo firme de Dionisio, no de un solo movimiento, sino con un desliz similar y simultáneo al que estaba teniendo dentro del agua.

*Instantes después, cuando Verónica ya estaba haciendo movimientos de nado dentro del mar, Dionisio ayudó a Eugenia como lo había hecho con su prima, pero esta vez dejando que ella se aferrara al principio en sus dos brazos y después permitiendo que se fuera soltando, como si la depositara y se la encargara a ese mar que se mostraba amable con sus visitantes.*

*Ricky rió de los movimientos inseguros de las dos mujeres. Cuando estuvieron en el mar y Dionisio las miraba vigilante sentado en la escalera con las piernas sumergidas a medias en el agua, Ricky siguió riendo con sorna:*

*— Ahí se las encargo capitán Dionisio. No se las vaya a comer un tiburón o vayan a tragar mucha agua. Yo me tomo un trago y al rato a lo mejor también me voy de nadador.*

*Nuevamente Dionisio ignoró el comentario y se quedó observando cómo las dos primas le iban tomando confianza al mar. Verónica fue la primera que se sumergió unos segundos y salió sonriente, levantando un poco los goggles, pasándose una mano sobre la cara y sacudiendo la cabellera amarrada. Se dirigió a Eugenia, que nada más flotaba, para animarla.*

*— Anda. Sumérgete un poco. No hay que ir muy profundo para ver los peces. Son muchos, pequeños, como puntos de colores. Además Dionisio está pendiente de nosotras. ¿Verdad Dionisio?*

*Y volteó para verlo, él sentado en la escalera afianzada al barco, ella asomando la mitad del cuerpo por encima del oleaje suave, mientras la otra mitad, de la cintura para abajo, podía verse porque el agua clara así lo quería. Dionisio sonrió con seriedad, mientras veía a una y a otra:*

*— Claro, aquí estoy, por si se ofreciera algo. Pero no se preocupe —dijo dirigiéndose a Eugenia— el mar está muy tranquilo y no es muy profundo. Si estuviera bravo no podríamos ni acercarnos.*

*Eugenia tomó una de las manos de Verónica y se sumergió ligeramente. Pareció no sentirse muy segura y miró a Dionisio. Él se quitó la playera, la colocó en la parte de la escalera que enganchaba con el barco, entró al agua con las fibras de brazos y de tronco liberadas, en dos brazadas quedó junto a las primas y le tendió la mano a Eugenia. Ella tomó el brazo de Dionisio, sintió que esa fuerza le daba mayor tranquilidad y se sumergió nuevamente, esta vez con la compañía del conductor del barco, que soltó su brazo del agarre de Eugenia e hizo un cambio para cubrir su mano con la de él y conducirla suavemente a una profundidad un poco mayor.*

*En el instante que estuvo sumergida y llevada suave y firmemente de la mano de Dionisio, Eugenia pudo ver una constelación de colores que se movían hacia todas direcciones, solos, en grupos, como si curiosearan entre las plantas agarradas a la arena que parecía lejana en el fondo, pero que seguramente sin mucho esfuerzo era alcanzable por alguien familiarizado con el mar.*

*Cuando después de esos segundos Eugenia emergió de su momentáneo asomo al claroscuro escondido debajo de la superficie, su sonrisa abierta hablaba de un descubrimiento que había rebasado a su imaginación. Tardó un poco de tiempo más en soltar la mano de Dionisio, se quitó los goggles, le regaló el último tramo de su sonrisa y le dijo a su prima:*

*— Es una maravilla.*

*Sonriente también por la satisfacción de Eugenia, Verónica se dirigió nadando a la escalera, mientras le decía a Dionisio:*

*— Te encargo unos minutos a mi prima. Voy a ver si los señores quieren venir.*

*Verónica subió la escalera tomando con su mano uno de los bordes, acomodándose con la otra la parte inferior de su pequeño traje de baño, y mojando con pies coquetos los escalones que pisaba. En la cubierta del barco vio a los dos maridos conversando, cada uno con una cerveza en la mano, Ricky hablando mientras manoteaba en el aire y se alisaba el pelo y Antonio con los ojos cerrados moviendo ligeramente la cabeza en sentido afirmativo. Verónica les sonrió mientras dijo:*

*— Por un rato no hablen de negocios y vengan al mar. Se ve bien el fondo.*

*— Sólo en parte hablamos de negocios. Hay otras cosas de qué hablar — dijo Ricky riéndose ruidosamente —. Hay otros fondos más interesantes. Antonio sonrió sin abrir los ojos y tomó un trago de cerveza.*

*— Anda, ve para allá. Al rato las alcanzamos — dijo sin dejar de reír Ricky.*

*Verónica se encogió de hombros, tomó un pequeño sorbo de la cerveza de su marido (lo que hizo que Ricky dejara de reír por un momento e hiciera una mueca de disgusto), volvió a pisar la escalera y entró al mar con más confianza que la vez anterior. Ahí pudo darse cuenta de que Eugenia y Dionisio acababan de salir de una nueva inmersión, y como tratando*

de ponerse en igualdad con su prima, le tendió la mano a Dionisio para que la condujera a una nueva visita al medio fondo marino. Mientras lo hacían, Eugenia los miraba ya sin la aprehensión que había tenido cuando se sumergió la primera vez.

Turnándose, las primas repitieron la acción varias veces, y después de un rato, sin salir del mar, cada una tomó una de las manos de Dionisio para que pudieran sumergirse juntas. Después las dos se agarraron de la escalera mirando el agua, contentas y orgullosas de su osadía. Sonreían, cuando Verónica comentó:

—Me hubiera gustado tocar la arena del fondo, pero no me atreví. Era meterse demasiado.

—Sí. Hubiera sido mucho —dijo Eugenia—. No hubiéramos llegado sin desesperarnos.

Dionisio las veía desde el mar, cercano a la escalera de la cual ellas estaban agarradas. Oyó sus comentarios, nuevamente esbozó su sonrisa seria y comentó:

—Si quieren sumergirse hasta el fondo pueden hacerlo, sí llegarían. Las primas se miraron, intercambiaron sonrisas nerviosas y casi al mismo tiempo movieron la cabeza negando esa posibilidad.

No, mejor en otra ocasión —dijo Verónica.

—Nos quedamos por ahora sin la arena del fondo del mar —dijo Eugenia con un dejo de tristeza aunque sin que desapareciera su alegría.

—Hubieran podido, pero será en otra ocasión, cuando tengan más confianza —dijo Dionisio.

Y enseguida se volteó, hizo un movimiento de arqueo y se sumergió como si se despidiera para desaparecer. Las primas vieron cómo se hundía, cómo lo último que desaparecía eran sus piernas que parecían a la vez tensas y flexibles saliendo del pantalón corto que las marcaba por efecto del agua, empujadas por las plantas de los pies que se veían endurecidas y curtidas seguramente por sus trabajos en el barco.

A ellas les pareció que Dionisio permanecía mucho tiempo sumergido. Se miraron, ahora con alguna seriedad, y Eugenia extendió los ojos con expresión de incredulidad expectante. En eso estaban, cuando el agua se abrió y pareció expulsar a Dionisio. Él venía empujándose con los pies y con una mano. Cuando sacó el torso del agua se apoyó en el escalón más

*próximo con la mano izquierda, con la que había venido empujando el agua para salir, quedando en medio de las dos primas.*

*La otra mano la traía cerrada. Y una vez acomodado en el escalón, abrió la mano derecha. Traía en ella un pequeño montón de arena y dos minúsculas conchas. Como ya se había apoyado en la escalera, pudo dividir la arena entre las dos manos, acompañando cada montoncito por una concha. Dirigió cada mano a una de las primas y mientras les entregaba la arena y las conchas les dijo:*

*— Para que no se vayan sin tocar el fondo, les doy este poco de arena y una pequeña concha para cada una de ustedes. En otra época les hubiera regalado algún caracol grande, pero hubo demasiada explotación y ya casi no se encuentran; además está prohibido sacar caracol, aunque hay quien lo sigue haciendo.*

*Verónica y Eugenia se transmitieron la sorpresa en su intercambio de miradas. Mientras Verónica apretaba la arena, Eugenia jugaba con ella frotándola en la palma de su mano, como si la acariciara; ambas sintieron la dureza amable de los bordes de las conchas. Voltearon enseguida a ver a Dionisio mientras le daban, casi en coro, las gracias. Él sonrió con discreción, dando a entender que el regalo de arena era algo natural, nada de lo que hubiera que extrañarse.*

*Cuando estuvieron sobre la cubierta del barco, Verónica guardó su poco de arena y concha en una servilleta de papel que después envolvió con su ropa y Eugenia lo hizo en un pañuelo amplio que antes de entrar al mar había usado para cubrirse la cabeza. Dionisio, ya puesta la playera sobre el cuerpo mojado, activó el mecanismo para subir la propela.*

*Mientras la propela iba saliendo del mar para acomodarse a un costado del pequeño yate, Dionisio encendió el motor y miró hacia delante, hacia el rumbo del mar que tomarían.*

*Casi desde el otro extremo de la embarcación, como queriendo reclamar aunque sin dejar un tono de burla, Ricky le dijo:*

*— ¿Y qué, capitán? ¿Ya vamos de regreso? ¿No iremos a ninguna otra parte? ¿Se terminó el paseo?*

*— Podemos alejarnos algo más y buscar algún otro lugar donde puedan meterse nuevamente al mar o tirar un cordel por si quieren pescar — respondió Dionisio ya con el motor encendido.*

*Antonio se incorporó del camastro donde estaba semi acostado e intervino.*

*— Yo prefiero regresar. Ni se me antoja meterme al mar, ni quemarme con el sol, ni tengo ganas de intentar pescar para pasarme las horas inútilmente. —*

*— Está bien — dijo Ricky sin mayores ganas de discutir —. Yo también prefiero regresar y comer bien en algún restaurante y tomar un buen trago. Además ellas ya tuvieron su diversión. Deben sentir que hicieron una gran exploración submarina.*

*— Entonces vámonos ya, capitán — agregó.*

*No hubo comentario ni de las primas ni de Dionisio. Él se puso frente al volante del barco y ellas se acomodaron en algunas de las sillas que estaban en la parte trasera y se prepararon para el inicio del movimiento que marcaría nuevos pliegues en el agua de regreso a la costa.*

*Poco menos de una hora duró la travesía hacia el muelle donde se estacionaba la embarcación. Durante el trayecto los murmullos se dividieron: por un lado estaban Ricky y Antonio, comentando algo que hacía reír a Ricky y sonreír levemente a Antonio, y por el otro lado, más cerca de la parte trasera de la nave, Verónica y Eugenia sonreían libremente, señalando el mar, sus olas y el horizonte.*

*Cuando llegaron al muelle, una vez que la embarcación quedó en la sección del embarcadero que le correspondía, los cuatro bajaron con la ayuda de Dionisio.*

*Sin decir nada, Antonio se encaminó hacia donde estaba la camioneta que los llevaría al hotel. Ricky se dirigió a Dionisio:*

*— El pago ya está hecho en la empresa, incluyendo tu propina, capitán. Pero la próxima vez nos llevas a algo más divertido. Tal vez si venimos solos sea mejor — y le dio una palmada en el hombro, como si hubiera alguna clave de complicidad que no tuvo respuesta ni seguimiento.*

*— Está bien — contestó Dionisio mientras se hacía a un lado, acercándose a la embarcación, para dejarles libre la marcha que había abierto Antonio.*

*Ricky siguió el camino de Antonio. Verónica y Eugenia iban detrás, y cuando pasaron junto a Dionisio le sonrieron al tiempo que le daban las gracias y que Eugenia le mostraba, como parte del agradecimiento, el*

*pequeño envoltorio que había hecho en su pañuelo con la arena del fondo marino. Dionisio mostró su sonrisa con amplitud y su “de nada” fue sonoro y cálido.*

*El resto del día alcanzó para que Ricky, Antonio, Verónica y Eugenia estuvieran en el hotel para tomar un baño, se echaran en la cama un rato y se encontraran después, ya en la frescura que el aire le daba a la tarde, con cambios de ropa adecuados, con la elegancia casual que reclamaba el restaurante donde las dos parejas se encontraron. Era el escenario justo para que ellas flotaran en sus dos vestidos finos y ligeros sostenidos por tirantes casi imperceptibles y con un largo que no alcanzaba sus rodillas, en las sandalias bajas de Verónica y un poco más altas de Eugenia. Sus cabellos liberados habían reaccionado ante la humedad que ensortijaba notablemente el de Verónica y provocaba limitadas ondulaciones en el lacio constante y claro de Eugenia; las dos parecían brillar con el tono superficial que el sol les había regalado mientras navegaban y cuando se sumergieron en el mar aquella mañana.*

*Era aún temprano para la cena, pero comieron como si fuera la mejor de las horas. La combinación de productos marinos, del verde animoso que resguardaba a la parte fuerte del plato y del vino de acompañamiento, unificó sus gustos y sirvió para que pudieran conversar entre los cuatro, aunque Ricky se dirigía más a Antonio que a las primas, mostrando que su amigo tenía mayor capacidad de entendimiento, sobre todo para cosas de relevancia. Antonio no dejaba de mostrarse displicente aun ante los comentarios que Ricky pretendía interesantes y más todavía si Verónica o Eugenia eran las que opinaban.*

*Ya habían terminado de comer cuando alguno de los varios meseros esmerados que los atendían sirvió en las copas estilizadas lo que quedaba de la segunda botella de vino. Acucioso, preguntó si después alguien querría algún digestivo. Ricky y Antonio pidieron ver calidad y marcas de licores y cada uno pidió lo que creyó más cerca de sus gustos. Verónica y Eugenia dijeron conformarse con su última copa de vino.*

*La segunda ronda de los digestivos hizo que la plática se quedara en asuntos que solamente eran de la competencia de los hombres. En algún momento Verónica miró a Eugenia y como si esa mirada eliminara la necesidad de verbalizar entre ellas, dijo a los maridos:*

*— Vamos a caminar un rato. Nos vemos más tarde.*

*Los dos hombres voltearon ligeramente a verlas. Ricky les dijo:*

*— Bien. Nosotros nos tomaremos algo más aquí o en otra parte. Si cuando regresen no estamos, nos vemos en el hotel — e hizo un movimiento de adiós con la mano, que fue imitado, pero con menos ganas, por Antonio.*

*Las dos mujeres se levantaron de la mesa, caminaron hacia la puerta del restaurante y de ahí, tras dar unos pasos más, llegaron a la playa que se extendía ancha por varios metros antes de confundirse con el oleaje tenue, que parecía somnoliento ahora que la noche estaba llegando.*

*Se quitaron las sandalias para poder sentir primero la arena seca y pisar después la parte húmeda cercana al mar. Eran así dos figuras a las que el aire frontal, suave pero animado, les empujaba el cabello ligeramente hacia atrás y marcaba sobre ellas la ligereza de sus vestidos, como si quisiera pintárselos encima mientras caminaban con pasos que igualaban la marcha de garzas distraídas. Las sandalias en sus manos daban aún mayor sutileza a sus movimientos.*

*Caminaron escoltadas de un lado por los reflejos brillosos del mar Caribe y del otro por las luces de los hoteles y restaurantes. Reían. Eugenia se atrevió a dejar que sus pies jugaran un instante con el último trazo de una ola, mientras Verónica bromeaba retándola a que entrara al mar.*

*La playa dio una vuelta que las alejó de la iluminación de la línea hotelera y las condujo a una zona formada más bien por atracaderos para barcos de paseo. Se dieron cuenta de que en un tiempo no calculado, en el cual las prisas no cabían, se habían alejado del restaurante donde sus esposos seguirían hablando de posibles negocios y consumiendo digestivos; o tal vez ya estarían en algún bar o habrían regresado al hotel, ahora también alejado de ellas.*

*Reconocieron el muelle de donde habían salido esa mañana para incursionar en el mar. Divertida y asombrada, Eugenia se lo hizo notar a Verónica y ella le dijo que ya sabía dónde estaban. Sin hablar, siguieron caminando, ahora más despacio, hasta que, siempre con los pies escarbando la superficie de arena, vieron el pequeño yate en el que habían viajado.*

*En el muelle estaban pocas personas. Pudieron ver a Dionisio ahí, solo, de pie en la orilla del embarcadero y apoyado casi imperceptiblemente en la punta de estribor del barco en cuyo interior, seguramente desde el*

*camarote, tintineaba una luz tan suave que podía ser la de una vela. Dionisio parecía jugar con una vara, o con un palo pequeño, al que le afilaba un extremo con una navaja. Era el conductor diligente que las había encaminado en la ruta marina, pero también era un joven que parecía recién salido de un aseo esmerado, con el pelo, que en el día había sido rebelde frente al sol, ahora sólo parcialmente desacomodado por el aire amable. La playera que había usado en el paseo había sido sustituida por una camisa de cuadros pequeños de colores discretos, que caía sobre un pantalón un poco más largo que el que tenía cuando se sumergió con las primas en el agua. Tenía sandalias distintas a las que había usado en la travesía, menos simples, pero claramente de una elegancia que no competía con las de ellas.*

*Las saludó haciendo con una mano dos amplios semicírculos en el aire, sonriendo sin reservas mientras terminaba de erguirse pisando plenamente la superficie del muelle.*

*Levantando un poco su brazo, con un ligero movimiento de los dedos como si tocara un piano flotante e imaginario, Verónica devolvió el saludo. Eugenia titubeó y estuvo a punto de iniciar el regreso, pero Verónica la detuvo tomándole una mano con la suya, con la que no tenía agarradas las sandalias, y rió en silencio con su prima, más con la picardía de sus ojos que con la pequeña apertura de sus labios movidos hacia adelante que dejaban ver dos dientes vivarachos. Se miraron. Eugenia mordió un lado de su labio inferior y levantando las cejas con la ayuda de sus ojos que se ampliaban, siempre tomada de la mano de Verónica, la siguió cuando ella dejaba de pisar la arena y caminaba sobre el muelle en dirección a la sonrisa de Dionisio.*

*Un poco más insistente que antes, la brisa del Caribe movía la leve-dad de sus vestidos.*

\*\*\*

—Cabrón el amigo ése. Cada quién tiene sus formas de arreglar las cosas —dijo el joven levantando el cuello de su chamarra llamativa. Hay directas, hay sutiles, hay frontales. Yo así no he sido. Las cosas de amores no me han faltado pero no me han dominado, sobre todo porque no he querido amar muy fuerte para no arriesgarme ni arriesgar a nadie. Viendo cómo le había ido a las falsas ilusiones

justicieras de mi papá, a los permanentes malos momentos laborales y domésticos de mi madre, a las búsquedas desesperadas e indefensas de mis hermanas, preferí entrarle de frente y sin recovecos amorosos. ¿O qué me quedaba?

— Bueno, sí — dijo el más joven de los hombres —. La manera inmediata y violenta de enfrentar las cosas es una posibilidad. Aunque también hay quien se guarda los agravios y de pronto reacciona. Lo que sigue lo supe por alguien que lo oyó directamente, porque trabajaba en un lugar de esos que dicen que son para hacer justicia.

## ¿USTED QUÉ HUBIERA HECHO?

*Se lo cuento porque tengo que contárselo, porque estoy obligado. No tendría por qué, pero me dicen que a la fuerza tengo que decirle.*

*No tendría que contarle que yo estaba tranquilo donde vivía antes, en el pueblo donde los camiones tardaban en llegar y donde la vida se movía despacio, sin las prisas que después aquí conocí. No había tanto movimiento, pero no se pasaba mal, seguramente porque mi papá ahí vivía y trabajaba como peón en varios lugares, y aunque a veces se ausentaba algunos días nos daba siempre suficiente para que comiéramos y hasta para comprar algunas cosas.*

*Y era divertido ver a los animales que andaban siempre por ahí cerca, porque el pueblo era más bien como ranchería, con mucho campo y árboles y pocas casas, y por eso se paseaban por las calles no solamente los perros sino a veces hasta vacas y caballos y burros que iban a sus corrales con sus dueños o sin ellos. Y uno veía, y los seguía y tal vez porque era niño me divertía y no tenía mucho de qué preocuparme porque para comer sí había.*

*A veces pasábamos trabajos y no teníamos de todo, pero no estaba la situación para quejarse tanto. Cuando no había por un lado había por el otro, eso decía mi papá.*

*No me inquietaba alejarme de ahí, ni conocer lo que otros decían haber conocido, las ciudades de grandes calles y de propuestas ilusorias y crueles en el trabajo, en el transporte, en la diversión, en todas las cosas de la vida. Tal vez porque apenas estaba acercándome a la adolescencia y mis risas eran más las de un niño que las de un joven al que se le fueran asomando las tentaciones.*

*A lo mejor me hubiera quedado ahí, o a lo mejor ya muchacho se me hubiera antojado ir a buscar escuela o taller en lugares más grandes que ese pueblo que era como ranchería. Tal vez con la edad. Pero no tuve tiempo de saber lo que yo hubiera decidido porque cuando empezaba a pensar y a*

*imaginar cosas con la juventud que iniciaba, mi papá se cayó de un camión que lo estaba llevando a un trabajo, rebotó en el piso de la carretera por la velocidad con la que lo lanzó el camión y después nos dijeron que al segundo rebote ya estaba muerto.*

*Lo lloramos mi mamá, mi hermana —que era mayor que yo por poco más de un año— y yo. Ellas lloraron más que yo, un poco porque no me salía tanto llanto como a ellas y otro poco porque me aguanté para no llamar mucho la atención y para que se viera cuánto sufrían ellas. Lloraron también algunas vecinas y otras personas que lo conocían. Ahí terminé de darme cuenta de que mi papá era buena persona.*

*Ya sin él la vida no era la misma en el pueblo. Aunque mi mamá y mi hermana, y hasta yo mismo a veces, queríamos vender algo de comida o trabajar en alguna parte no había para dónde. Y por eso, a los pocos meses de que mi papá había muerto, mi mamá aceptó la insistencia de una prima suya para que nos fuéramos a la ciudad. “Tu tía asegura que ahí sí hay trabajo”, nos dijo dos o tres veces antes de que nos mandara a empacar nuestras cosas para irnos.*

*Y obedecimos. Mi hermana ya había dejado de ver a un muchacho del pueblo que quería que fueran novios, así que no tenía compromisos, y yo menos. Amigos teníamos varios y nos daba un poco de pena dejarlos, además de que no estábamos muy animados a ir a un lugar y a una suerte desconocidos. Pero nuestra mamá ya había decidido, y mi hermana y yo éramos muy jóvenes para decir que no, sobre todo si no sabíamos qué haríamos quedándonos en el pueblo.*

*Y nos vinimos. Llegamos a la ciudad un poco asustados y otro poco emocionados y nos acomodamos los tres en un cuarto de la casa de la tía que había convencido a mi mamá de que nos fuéramos del pueblo. No era lo más confortable pero los primeros días la tía nos trató bien. Nos decía que ésa era nuestra casa, que nos sintiéramos cómodos y hasta nos servía las comidas, aunque nuestra mamá nos mandaba a lavar los trastes y a ayudar en otras tareas de la casa. Como sabía que mi hermana y yo habíamos estudiado pocos años en el pueblo nos dijo que nos ayudaría a buscar escuela y a mi mamá algún trabajo para que estuviéramos todos bien.*

*Pero con los días las cosas cambiaron. Nuestra mamá no encontraba trabajo, no estábamos en época para inscribirnos en alguna escuela y la tía*

*empezó a ponernos caras cada vez más serias y a decirnos que teníamos que movernos para conseguir dinero. Así que nos pusimos a buscar por aquí y por allá, y la primera que encontró trabajo como mesera en una lonchería cercana fue mi hermana, tal vez porque estaba bonita y apenas iniciando a ser joven. Después al fin mi mamá pudo instalarse en una empresa de limpieza que la mandaba a trabajar a oficinas del gobierno. El último fui yo: quiso la suerte que pudiera entrar como ayudante cargador de un chofer en un camión refresquero; al principio no querían contratarme porque veían que apenas estaba dejando la adolescencia, pero como me puse servicial aceptaron y empecé a circular en el camión.*

*Dos meses después de llegar a la ciudad los tres ya teníamos trabajo y ya le podíamos dar dinero a la tía para pagar la casa y la comida. Pero ya nada la alegraba y lo que le dábamos decía que no le convenía, y nos preguntaba cuánto ganábamos y en qué lo gastábamos, diciendo que seguramente estábamos escondiendo el dinero, y que ella no estaba para mantenernos, aunque no nos mantenía, y lo poco que nos había dado al principio se lo cobró cuando empezamos a trabajar.*

*El caso fue que cuanto nos pagaban cada semana o cada quincena, a mi mamá, a mi hermana y a mí no nos quedaba nada porque todo había que dárselo a la tía y además no paraba de regañarnos y de acusarnos de mentirosos y malagradecidos.*

*Fue por eso que una noche en el cuarto donde dormíamos, en voz baja para que no oyera la tía, mi mamá nos dijo que teníamos que buscar otro lugar para estar. Total, nos dijo nuestra mamá, aquí ni estamos cómodos, ni comemos bien, y encima nos quedamos siempre regañados y sin dinero.*

*La tía enfureció cuando mi mamá le dijo que habíamos encontrado una vivienda de dos cuartos con sala, baño y cocina pequeños en una vieja vecindad que había sobrevivido a las construcciones recientes, en una colonia cercana y tan populosa como la de ella. Repitió nuestro mal agradecimiento hasta que terminamos de llevarnos las cosas y su mayor esperanza expresada fue no volvernos a ver nunca.*

*El sentimiento de molestia por los malos tratos de la tía, tan distintos a la amabilidad de cuando acabábamos de llegar, ayudó a que nos acomodáramos lo mejor posible en esa especie de departamento. Mi madre ocupó un cuarto, mi hermana el otro, y yo quedé durmiendo en un catre en la sala, aunque mi mamá dispuso que mis cosas estuvieran en el cuarto de ella.*

*En unos cuantos días ya nos sentíamos bien instalados. Cada quien pasaba el día afuera y en la noche cenábamos algo rápido antes de que ellas se fueran a sus cuartos y yo me quedara para arroparme y dormir en mi catre de la sala que temprano en la mañana, antes de que nos fuéramos, tenía que quedar bien recogido.*

*Los días de descanso del trabajo yo salía con algún amigo de los camiones repartidores, mi hermana iba también con sus compañeros de la lonchería y mi mamá con los de su trabajo de limpieza.*

*A las pocas semanas de esas salidas fue cuando empecé a notar actitudes que antes no había visto de mi mamá. Cada vez que iba de paseo con sus amigos se pintaba como no lo hacía ni en el pueblo ni aquí, le subía los dobleces a sus vestidos bastante arriba de las rodillas, daba varias vueltas espejeándose mientras se acomodaba el pelo y los escotes. Mi hermana y yo nada más mirábamos, pero aunque no comentábamos nada por el respeto debido a nuestra mamá, sabíamos que esos cambios eran inapropiados, y que ni mi hermana que estaba jovencita salía con esas formas de vestir porque ella era sencilla y no necesitaba estar exhibiendo.*

*Y de ahí vino lo demás. Una noche de domingo, después de su paseo nuestra mamá vino acompañada del tipo, lo sentó en la sala, nos lo presentó y después se pusieron a hablar como si no existiéramos. Se quedaron ahí conversando hasta tarde, mientras mi hermana dio las buenas noches y se encerró en su cuartito, y yo no podía ocupar mi catre porque no había manera de acostarme estando ellos ahí.*

*La visita y nuestra incomodidad se repitieron algunos domingos y después también los sábados. El tipo, un regordete hablantín y descarado como de la edad de mi mamá, fue aumentando su confianza y a veces ya le pedía a mi mamá que le sirviera algo de comer o de tomar, y otras veces se servía sin preguntar si podía hacerlo y sin decir nada.*

*Se empezaron a quedar ahí hablando y riendo sin pudor hasta tarde en las noches, y mi mamá con indicaciones rápidas me decía que metiera mi catre al cuarto de mi hermana para que no me molestaran con su plática y pudiera dormir, pero lo cierto era que quería que yo me fuera para que ellos estuvieran libres y a gusto.*

*Después ya me dejaron dormir en la salita, en mi catre que era estrecho pero confortable, porque mi mamá empezó a llevar al tipo a su cuarto,*

*inventando que lo hacía para que mi hermana y yo pudiéramos descansar bien. Al poco tiempo ya nada más estaban un rato en la sala y enseguida se metían al cuarto y pronto mi mamá fue cerrando la puerta del cuarto diciendo que lo hacía para que sus voces no nos molestaran, pero yo me daba cuenta que ni voces había y desde que entraban al cuarto de mi mamá y cerraban la puerta había silencio y apenas se oían como roces y acomodos de cosas.*

*Yo me quedaba dormido y si acaso despertaba cuando el tipo salía del cuarto de mi mamá y se iba a la calle. Pero un día me desperté temprano y me di cuenta de que no había salido y la que salió con su bata amarrada fue mi mamá y me dijo que el tipo se había quedado porque se les habían pasado las horas en la plática y porque ya no hubiera podido encontrar transporte tarde en la noche, además de que era peligroso por los asaltos y asesinatos.*

*A partir de esa ocasión al tipo ya siempre se le hacía tarde y se quedaba las noches de los sábados y domingos, y pronto se fue quedando también los viernes. Por eso mi hermana y yo salíamos todo el día del sábado y del domingo y ya no la pasábamos en la casa como antes, porque preferíamos caminar en la calle o estar con los amigos a ver cómo mi mamá se desoivía atendiendo al tipo casi sin mirarnos.*

*Hasta que un día mi mamá nos dijo que el tipo se pasaría a vivir a la casa, porque ya hacía tiempo que eran una pareja y porque la vida era cara y así nos ayudaríamos entre todos para la renta y las compras. Mi hermana y yo no íbamos a negarnos. Nos enseñaron que a los padres se les obedece y no se discuten sus decisiones. Que no estábamos de acuerdo lo dijimos entre nosotros pero nunca a nuestra mamá.*

*El tipo puso sus cosas en el cuarto de mi mamá y yo pasé las mías al cuarto de mi hermana y hasta para buscar un calcetín tenía que avisarle a mi hermana que iba a entrar porque ella se empezó a encerrar y nada más salía para ir al baño y a la cocina a tomar algo rápido porque dejó de sentarse en la mesa para comer. Y menos salía cuando el tipo se fue adueñando de toda la casa y se paseaba por la sala y la cocina con más desfachatez que ropa y con desplantes de ser dueño y de comer lo que quisiera sin que importáramos nada.*

*O más bien sin que importara yo, porque al cabo de unos cuantos meses, en los pocos ratos que mi hermana salía él la miraba y si podía la*

*llamaba o se le acercaba aunque ella enseguida se iba a encerrar o salía a la calle. Pero el tipo no dejaba de verla y mi mamá parecía no darse cuenta y prefería servirle la comida o ir a lavar los trastes que él había ensuciado.*

*En las noches, cuando mi mamá y el tipo se encerraban en su cuarto (que ya era más de él que de ella) y mi hermana ya no salía del suyo, yo me metía en mi catre que era para mí como una cueva donde me escondía, y me tapaba hasta la cara con alguna cobija aunque hubiera calor, y ahí me dormía hasta el día siguiente, que procuraba salir temprano para irme a subir al camión repartidor cuyos bamboleos me hacían descansar.*

*Me molestaban cada vez más las andanzas del tipo, cuando comía sin respeto a mi mamá, ni a mi hermana, ni a mí, ni a mi catre que estaba a un lado de la mesa y al que a veces le caían algunas migajas de la comida del tipo, que yo tenía que sacudir cuando me iba a dormir porque era como si enfangara el único lugar que tenía reservado para mí por unas pocas horas.*

*Las entradas del tipo al baño me llevaban casi al punto de gritar de enojo. Se quedaba ahí, a veces dejando correr el agua de la ducha, o nomás encerrado haciendo quién sabe qué hasta que se le ocurría hacer sonar el inodoro. Y no le importaba si estábamos esperando o si teníamos necesidad de entrar para bañarnos o para lo que fuera, y creo que a veces hasta se quedaba más tiempo a ver si mi hermana aparecía para pedirle que la dejara entrar al baño. Mi madre nada, ella se quedaba en el cuarto tal vez durmiendo o tal vez haciendo como que dormía.*

*Yo procuraba ir al baño muy temprano en la mañana o tarde en la noche para no toparme con el tipo ni para tener que esperar y llegar cuando ya hubiera salido el camión repartidor. En la noche, en cuanto ellos se metían a su cuarto, yo iba con rapidez al baño y después me acostaba en el catre y me ponía la cobija encima y procuraba taparme los oídos con las manos para no escuchar nada y poder dormir tranquilo.*

*Pero esa noche no pude hacerlo. Me descuidé o lo que haya sido, pero aunque estaba debajo de la cobija mis oídos estaban libres y por eso percibí que el tipo entraba al baño, aunque no cerraba la puerta. A través de la cobija podía ver el reflejo de la luz que escapaba del baño y con los oídos despiertos escuché cómo su chorro desvergonzado se aporreaba sobre el agua del inodoro, y por más que me tapé las orejas y toda la cara con mis manos*

*desesperadas, seguía yo escuchando ese ruido que me taladraba. Trataba de sumergirme en el fondo de mi catre pero hasta ahí llegaban esos martillazos del chorro infame sobre el agua, y mis ojos apretados no evitaban la imagen procaz que se me hizo igual a la de los caballos cuando orinaban en los campos del pueblo, aunque lo de ellos era natural.*

*No pude más. Le pedí permiso a mi catre para abandonarlo a horas que yo no acostumbraba hacerlo, me levanté, tomé de la cocina el palo más duro que encontré y fui al baño que tenía obscenamente abierta la puerta. Eso ayudó porque no tuve que abrirla para darle el primer golpe de palo en la cabeza, ni los que siguieron, otros en la espalda, y otra vez en la cabeza, mientras el tipo caía con sus vergüenzas al aire, chillando como marrano de matadero, insultando mientras intentaba cubrirse con las manos y mientras se revolcaba en la humedad que era mezcla de su orín y de su sangre.*

*Seguí dándole el castigo que se merecía, y ya estaba él casi sin conocimiento de tanto palo que le había caído encima, cuando mi madre apareció gritando y llorando y defendiéndolo, como si el culpable fuera yo y no él. Entonces ahí paré la paliza y volví a mi catre, pero no para acostarme sino para arreglarlo un poco.*

*Mientras me vestía, mi hermana salió de su cuarto, me dio alguna ropa más y me dijo que me fuera. Ella iría a casa de una amiga y después volvería por sus cosas. Mi madre lloraba y trataba de reconfortar al tipo.*

*Salí y me fui hasta el lugar donde están los camiones repartidores. Claro que estaba cerrado porque la noche ya estaba avanzada, y me dormí acurrucado en la entrada.*

*Ahí fue donde me detuvieron y me dijeron que me iban a acusar de intento de matarlo o de homicidio. No sé. Tampoco sé si pensé en matarlo. Hice lo que me salió hacer. Y después me encerraron con otros que estaban acusados de cosas parecidas, hasta que hoy me trajeron con usted para que yo le cuente todo porque tengo que hacerlo. Por eso lo hice y ya se lo conté, para que usted sepa lo que pasó.*

*Me dicen que va a decidir mi castigo. Está bien. Le toca a usted hacerlo. Pero no lo haga nada más siguiendo lo que le dicen esos libros que tiene ahí junto a usted. Resuelva pensando en lo que le comenté y cerrando los ojos y poniéndose la mano en la cabeza pero también en el pecho.*

*Y para que decida bien yo le pregunto primero: ¿Usted qué hubiera hecho?*

\*\*\*

—¿Pedirle a la autoridad que se toque el pecho para que oiga su corazón? Ilusiones. La autoridad no tiene corazón. Se mueve por dinero o por miedo, no por justicia. Si el muchacho ya se la había cobrado al tipo que le hizo todo eso, lo que seguía era que lo acabara bien, no que se dejara agarrar para esperar que la autoridad entienda. La autoridad no entiende razones. Hasta cuando no se vende, se mueve solamente por las palabras mal escritas de sus libros. Las letras no se acomodan para servir a quien no tiene fuerza, sino a quienes dan las órdenes. No supondrán ustedes que yo me sometería a una autoridad que está esperando que un superior o un poderoso le diga lo que tiene que hacer conmigo.

—Mejor hago directamente lo que me digan los que realmente mandan. Claro que se aprovechan, que ganan mucho más que yo por mi trabajo. Pero lo vivo con claridad, con el conocimiento de quiénes son los que están de nuestro lado y quiénes en contra. No tengo que fingir que creo en leyes y en palabras.

—Sé bien que esto no dura mucho, que en estas cosas la vida se va rápido y por eso aprovecho lo mejor posible. Trato de no privarme de nada. Eso sí, siempre le rezo a varios santos y a la Santa Muerte y a la Virgen.

Serio, el hombre mayor comentó: —El ambiente del que habla es duro, es pesado, y lo que en él se vive es doloroso. Me acuerdo de una historia que aunque sea indirectamente, tiene que ver con eso.

## DOS MADRES

*Cuando doña Remedios abrió la puerta y recibió la mirada triste y titubeante que le mostraba la señora Luisa, adivinó de qué se trataba.*

*¿Viene usted por algo de Gustavo? —preguntó Remedios con alguna guardada esperanza de que su vecina le dijera que no.*

*— Sí doña Remedios —dijo Luisa bajando los ojos—. Está aquí a dos calles, casi en la esquina. Ya llegó una ambulancia pero dicen que prefieren no moverlo.*

*Remedios se echó un chal en los hombros, sobre su vestido, cerró la casa y salió corriendo, primero detrás de la señora Luisa y después delante de ella.*

*No hubiera querido que alguien le avisara una cosa así de Gustavo, y ahora, mientras llegaba a esa esquina, rogaba para que hubiera todavía algo que se pudiera hacer. Siempre supo que podía pasar, pero de cualquier manera haber imaginado muchas veces la angustia que sentiría cuando eso ocurriera no le quitaba peso a la desolación real que ahora se le venía encima.*

*Lo había imaginado desde que Gustavo dejó de ser niño y empezó una adolescencia llena de tribulaciones.*

*Quizá su vida de adolescente tuvo que ser así porque en la infancia las únicas atenciones recibidas por él eran las comidas que ella le daba entre faena y faena en los trabajos que conseguía y que con alguna rapidez perdía precisamente porque tenía que atender al niño. Lo llevaba como santo de peregrinación para aquí, para allá, para donde fuera porque pocas veces podía dejarlo encomendado con alguna amiga. Los padres de ella vivían en un pueblo lejano de la ciudad y ni pensar en dejárselos, pues suficiente esfuerzo hacían ellos para sobrevivir en la penuria de lo que quedaba del polvo de su pueblo que se había vaciado entre los que se iban a trabajar a las empresas cercanas, o a la ciudad, o los que se arriesgaban hasta el otro lado de la frontera.*

*Ella misma se había ido huyendo de esas incertidumbres, para llegar a una colonia del Norte de la capital que parecía poblada por igual número de camiones y de colectivos de transporte, que de gente. El humo, el ruido y el apachurramiento eran sin embargo retos a soportar preferibles a los malos tratos comerciales que recibían quienes todavía se empeñaban en la producción de ese campo que se iba abandonando. Sus papás seguían en el trajín para levantar legumbres que vendían a precios mucho menores de los que después les ponían en los mercados, pero ella no había estado dispuesta a esa vida y por eso mejor se fue.*

*Prefirió esa barriada de ciudad, donde al llegar vivió en el final del pasillo de una fila de cuartos. De ahí salió para encontrar trabajo de sirvienta en una muy alejada colonia, en una casa de esas que solamente había visto por fuera, pero de las que no imaginaba los interiores vastos y delicados, cuya limpieza esmerada y cuidadosa quedó a su cargo.*

*En las noches, de regreso de su trabajo, fue siendo abordada por un vecino de un cuarto cercano, que de sentarse a platicar con ella pasó a decirle que era bonita, y de ahí a besarla primero con suavidad y pronto más profundamente, para transitar después el camino a su cama y hacerla sentir una sexualidad hasta entonces para ella desconocida, no muy intensa pero suficiente para que en unos pocos meses de vivirla supiera que iba a tener un hijo.*

*Cuando ella le comentó a su vecino de su embarazo, él le dijo que esa no había sido su intención y que además él pronto se iría, lo que cumplió en unos pocos días y desapareció sin dejar pista, ni siquiera alguna falsa que produjera ilusión de un regreso.*

*Sólo por un instante Remedios pensó en regresar al pueblo para tener ahí a su hijo. Pero lo descartó enseguida porque imaginó los reproches, las penurias, y porque no vislumbró a qué podría dedicarse para poder vivir con un niño en un lugar donde las mejores (y únicas) perspectivas eran vender hortalizas de temporada en plazas inciertas o encerrarse en una empresa para empacar productos agrícolas de sol a sol y a kilómetros de la casa de sus padres.*

*Dos vecinas le ofrecieron cobijo y cumplieron, ayudándola a organizar su cuarto para cuando llegara su hijo y procurándole alguna alimentación que la fortaleciera. Pudo así vivir su embarazo con una tranquilidad*

*ampliada por la disposición de la dueña de la casa donde trabajaba para que ella siguiera ahí mientras le fuera posible antes del alumbramiento.*

*Lo nombró Gustavo en recuerdo de un tío que la había tratado bien cuando vivió en el pueblo, que le regalaba de vez en cuando alguna fruta y en alguna ocasión hasta le había comprado unos zapatos que le dieron felicidad. Lo registró con su apellido y le pudo comprar lo esencial con el dinero que la dueña de la casa donde trabajaba le dio cuando le dijo que una vez que tuviera a su hijo ya no podría seguir a su servicio porque no iba a poder atender bien sus deberes de limpieza.*

*Dedicó todo su tiempo al recién nacido las primeras semanas, sin tener que trabajar. Pero cuando lo que le había dado su antigua patrona y lo que ofrecían sus vecinas para ayudarla ya no fue suficiente, buscó de nuevo hacer servicio de aseo en alguna casa. Tuvo suerte y pronto estuvo a cargo de la limpieza en parte de una mansión de una zona que para ella era de otro mundo.*

*Una de sus vecinas, la de mayor edad, le ofreció cuidar del niño de pocas semanas mientras ella trabajaba. Ésa fue la rutina de los siguientes tres años: temprano por la mañana Remedios dejaba a su hijo con la vecina, se desplazaba casi dos horas para llegar al trabajo en la casa de aroma tan distinto al de su cuarto y pasaba el día en labores con pisos, paredes y muebles de una clase tal que no cabía en su entendimiento. Mientras que en su viaje de ida al trabajo trataba de convencerse de que el niño pasaría un buen día bajo el cuidado de la vecina, durante el regreso los minutos se alargaban mientras esperaba encontrarlo bien, lo que equivalía a recogerlo ya dormido y a acomodarlo en una pequeña cama que había puesto en un rincón de su cuarto.*

*Así fueron los primeros años de Gustavo. Medio despierto en las mañanas sentía las prisas de su mamá, a veces acompañadas de algún cariño rápido, para entregárselo a la vecina. Y dormido en la noche percibía remotamente cómo era recogido para ser llevado al cuarto donde pasaba la noche cerca de ella. No había arrullo posible porque en el cuidado frío de la vecina no cabía y porque las prisas de Remedios no lo permitían. Los domingos la mamá lo atendía un poco más en medio de los arreglos que hacía a su cuarto y de las atenciones que ofrecía a la vecina como pago a que ella se encargara del niño todos los días de la semana.*

*Pasados sus dos años las primeras palabras las aprendió no porque fueran dirigidas a él, sino porque las escuchaba en las conversaciones del vecindario y en las expresiones casuales de su mamá.*

*Apenas balbuceaba Gustavo algunas frases, cuando los domingos su mamá empezó a ser visitada por un hombre un poco mayor que ella que decía que trabajaba cubriendo turnos en una fábrica cuando alguno de los empleados faltaba por enfermedad o por lo que fuera.*

*Esa vez Remedios no accedió a los intentos seductores de su pretendiente, pero no dejó de sentirse atraída por la petición de matrimonio, por una vida en un espacio mayor que el de su cuarto y por la promesa de que Gustavo sería considerado como un hijo por quien le rogaba que aceptara ser su esposa. Y por eso aceptó.*

*El pequeño departamento donde se instalaron Remedios, su nuevo marido y Gustavo después de la modesta boda, alcanzaba para que el niño durmiera en la sala y la pareja en el único cuarto. Como si entendiera la nueva condición, Gustavo lloraba y comía poco, dormía mucho, y se conformaba con ser atendido en las horas indispensables de la comida y del baño.*

*La vecina no extrañó a Gustavo porque Remedios siguió con sus trabajos en una o en otra de las casas donde la empleaban, hasta que el avance de un nuevo embarazo la obligó a quedarse en su casa.*

*Desde que empezaron a vivir juntos y más a partir del primer embarazo, el marido cumplió con el buen trato hacia Remedios y también con el cuidado a los dos hijos que tuvieron. Remedios trabajaba menos, o por sus embarazos o por el cuidado de sus hijos, pero el marido proveía lo necesario.*

*Cumplió menos con lo que había ofrecido para Gustavo. La atención y el cuidado que el esposo prodigaba a sus hijos biológicos distaba mucho del descuido, la marginación y a veces del franco desprecio hacia Gustavo. Remedios trataba inútilmente de que las diferencias entre sus hijos no fueran tan grandes, pero no lo lograba. Cuando el esposo jugaba con sus dos hijos como si Gustavo no existiera, Remedios trataba de darle alguna atención a su hijo mayor pero el esposo la obligaba a que se dedicara casi exclusivamente a los hijos de él.*

*Fue un trato diferenciado que se extendió por años. Mientras sus hermanos fueron impulsados al estudio, a la convivencia familiar, vecinal y escolar, Gustavo se retrajo y se volcó a la comunicación interna, exclusivamente con él mismo, inescrutable para los demás.*

Mientras los hermanos alcanzaron estudios más allá de la preparatoria, que les permitieron ilusiones de trabajos de mediana remuneración, Gustavo no pasó de tres o cuatro años de ir a la escuela, donde su retraimiento provocó rechazo, que a su vez generó en él aversión al ambiente escolar. Aprendió rudimentos de mecánica en un taller automotriz de pocos alcances, y con las propinas que ahí lograba pudo comprar algo para vestirse, darle unos pesos a su mamá para que el jefe de la casa no le reprochara que comiera gratuitamente, y para comprar alguna cerveza que compartía con los mecánicos, en las tardes cuando las pláticas con ellos lo hacían reír. Ahí oyó de una invitación para ayudar a vender alguna droga prohibida, pero prefirió no inmiscuirse y seguir con su vida más bien taciturna.

No se le conocieron amores, aunque alguna vez se rumoró que las propinas de varias semanas en el taller las había destinado para pagarle a una señora de una colonia vecina que aportaba sus conocimientos de amor carnal por una cantidad que ella fijaba sin posibilidades de regateo.

Silencioso, callado hasta en los saludos, Gustavo deambuló por años en las calles de su colonia, entre el taller, la casa o alguna reunión esquinera casual. La casi inexistente comunicación con sus hermanos y con quien había ofecido sin cumplir ser su padre, no estaba exenta de miradas de desaires hacia él. Su mamá sabía que ofreciéndole comida y procurándole ropa limpia no satisfacía la preocupación que sentía por él, ni alcanzaba la atención que él hubiera necesitado. Pero también sabía que no podía hacer mucho más cuando Gustavo ya había rebasado los 35 años.

La preocupación diaria que sentía Remedios por Gustavo era parte de una advertencia permanente de que la incertidumbre podría derivar en cualquier escenario de perturbación mayor. Por eso, cuando la señora Luisa la fue a buscar con la mirada entristecida supo de qué se trataba.

Y fue así que corrió, primero detrás de la señora Luisa y después delante de ella, hasta llegar al lugar, casi en una esquina donde por los zapatos desgastados que asomaban por debajo supo que quien estaba cubierto por la sábana era Gustavo. Dos veladoras encendidas a sus costados indicaban que alguien se había preocupado piadosamente por iluminar su despedida terrenal.

Nada más por un instante descubrió la cara de Gustavo, le arregló el mechón de pelo que caía sobre su frente y lo volvió a tapar. Arrodillada

junto al cuerpo no se sabía si sollozaba o rezaba, o si hacía las dos cosas. Alguien le dijo que Gustavo se había desvanecido ahí mismo, tal vez yendo al taller, como si le hubiera entrado un sueño repentino e irresistible.

De todas maneras tendría que esperar a que llegara alguna autoridad para que le dieran permiso de que se lo llevara, o para que lo trasladaran a alguna morgue y ella lo recogiera después. La autoridad tenía que ver que no hubiera habido ninguna agresión, por como estaban las cosas de violentas en la colonia y en todas partes. Eso le dijo alguna de las vecinas que con la señora Luisa se empezaron a juntar para acompañarla en su rezo y en su llanto.

Y mientras llegaba la autoridad, entre las vecinas conocidas que se estaban juntando apareció otra mujer como ellas, de aproximadamente 60 años, que nadie identificó y que agitada se abrió paso con desesperación hasta donde Remedios permanecía arrodillada.

— Me acaban de avisar. Me avisaron enseguida, en cuanto supieron — dijo con voz alterada por la zozobra.

Quiso acercarse al cuerpo cubierto por la sábana, pero de manera casi instintiva las vecinas que estaban de pie alrededor del arrodillamiento y de las lágrimas silenciosas de Remedios se lo impidieron.

Cuando se dio cuenta de aquella presencia en desesperación casi amenazante, Remedios se levantó, y dándole la espalda al cuerpo que vigilaba celosa desde hacía ya varios y largos minutos, con el dolor recargado de sorpresa y molestia, le preguntó a la mujer extraña:

— ¿Qué quiere? ¿Qué busca aquí?

Una de las vecinas amigas de Remedios intervino con más fuerza:

— ¡Vete! ¡No sabemos quién eres pero no tienes nada qué hacer aquí! — y avanzó hacia la extraña con movimientos casi violentos.

A pesar de su temor evidente ante el rechazo, la mujer recién llegada no se iba e insistía en mirar hacia el cuerpo que reposaba sobre el pavimento de la calle. Su búsqueda visual desdeñaba al círculo de mujeres que ya la habían rodeado.

— ¿Quién es? — preguntó asomándose al cuerpo por encima de la barrera de vecinas.

La pregunta fue sentida como un atrevimiento insultante y ocasionó que una de las mujeres que la habían cercado se mostrara preparada para

golpearla, mientras otra gritaba que había que agarrarla para que en cuanto llegara la policía cargara con ella.

Atrás, del otro lado del grupo de mujeres que defendían su dolor ante la intrusa, Remedios dijo con suavidad, quizá ocasionada por la tristeza, o tal vez porque sintió que por alguna razón le debía esa información a la extraña:

— Es mi hijo.

La inesperada respuesta de Remedios, el insólito canal de comunicación que había permitido, dio lugar a que las vecinas se apartaran ligeramente, dejando entre las dos mujeres un espacio libre, una línea de interlocución entre dos rostros azorados y afligidos.

— ¿Estás segura que es tu hijo? ¿Me permites verlo? — dijo a Remedios la mujer desconocida, como si se conocieran de antes, como si existiera una confianza antigua pero que en realidad ahí estaba naciendo.

Remedios dudó, mientras las mujeres de su vecindario volvían a cerrar el círculo en torno a la atrevida desconocida, indignandas y protegiendo nuevamente a Remedios.

Y también de nuevo, la mujer le habló a Remedios por encima del pequeño muro de mujeres.

— Necesito ver si no es mi hijo. Desapareció hace cosa de tres meses. Hay quien dice que empezó a tener tratos con quienes no debió de hacerlo, que se metió con gente que le ofreció paga por hacer cosas riesgosas. No sé si es cierto, pero él no tenía trabajo y era muy joven. No lo sé, pero está desaparecido y también dicen que ya no va a regresar. Por eso quiero ver si no es él.

Remedios cruzó el chal y los brazos sobre el pecho, como si se abrazara ella sola. Miró con fuerza apesadumbrada a la mujer, vio a sus vecinas protectoras y con la autoridad y el mando que le otorgaba el dolor, les dijo que la dejaran pasar.

Cuando la mujer estuvo cerca de ella y de la sábana que cubría a Gustavo, le dijo:

— Acércate, pero no lo toques. Quédate ahí nada más.

Con la mujer a unos pasos, rodeadas las dos por todas las vecinas que habían aceptado su gesto y decisión, pero que no dejaban de mostrar la molestia por la presencia intrusiva, Remedios puso nuevamente las rodi-

*llas en el suelo junto al cuerpo y suavemente levantó la parte de la sábana que cubría el rostro de Gustavo. Le acomodó de nuevo un poco el pelo y aprovechó para acariciarle la cabeza.*

*Con celeridad angustiada la mujer se arrodilló junto a Remedios y se asomó al rostro descubierto de Gustavo. Lo vio por más tiempo del necesario para saber que no era su hijo, como si esperara que ese rostro se transformara en una figura conocida. Remedios iba a cubrir de nuevo la cara de su hijo, pero la mujer le detuvo la mano con suavidad. Se la apretó mientras miraba por unos segundos más el rostro del muerto para ella desconocido.*

*Cuando Remedios cubrió a Gustavo, la mujer ya estaba de pie. Remedios se incorporó. Se miraron directa, profundamente, como si con sus miradas intercambiaran también sus penas.*

*Se abrazaron. El abrazo fue rápido y cálido, porque aunque hacía nada más unos minutos que se conocían ya sabían mucho cada una de la otra.*

*—Qué bueno que tú tienes al tuyo —le dijo a Remedios la mujer que era ajena a su vecindario, mientras se acomodaba el chal que, igual al de ella, llevaba sobre los hombros.*

*E inmediatamente le dio la espalda, atravesó el círculo de vecinas que le abrían paso y se alejó de prisa, tal vez escogiendo calles para continuar su búsqueda.*

*Siempre rodeada por el grupo de mujeres que la cobijaban, que murmuraban lo que había pasado y también algunos rezos, Remedios se arrodilló de nuevo junto al cuerpo cubierto por la sábana, movió unos centímetros las veladoras que estaban cerca de él, y esperó la llegada de los funcionarios que la autorizarían a llevárselo.*

\*\*\*

Cuando el hombre mayor terminó el relato, la *suite* del hotel donde estábamos refugiados quedó en silencio. La mujer joven se levantó para servirse algo y yo hice lo mismo. Los demás se quedaron donde estaban sentados, con actitudes poco expresivas. El más indiferente parecía ser el joven del comportamiento aguerrido que, recostado nuevamente en la gran cama, quedó con la mirada recorriendo de nuevo una de las paredes del lugar. Con esa indiferencia comentó:

– Eso pasa todos los días. Distintas desapariciones que se dan por donde quiera, como aquella que contaron del tal Bartolomé y de la señora que se le apareció. Las desapariciones de ahora, las de todos los días, son porque aquí ya se instaló la furia en serio, la venganza, el rencor en carne viva. Se juntó la crueldad de la codicia desbocada con la revancha que nació del ser despreciado.

– Y como esa idea de que los parias iban a cambiar al mundo resultó falsa, pues entonces algunos nos la cobramos de otra manera, y aunque beneficiemos a los de siempre sentimos que nos desquitamos un poco, que nos toca algo que nos hace poderosos, aunque sea por un rato.

– Si mi papá fracasó en eso de sus reivindicaciones, a mí me tocó cobrarle su fracaso, a mi manera, sin ilusionarme con grandes cambios, quizá más bien profundizando en la porquería. Allá él si quiere seguir con su lucha, que para mí está perdida.

El joven valiente ya no siguió porque lo interrumpió la señora de mayor edad. No lo confrontó, pero matizó con fuerza lo que él decía, cuando explicó:

– No siempre el deshacerse de otros por medio de la violencia viene de situaciones como las que usted nos ha explicado. Hay seres humanos que en las mayores dificultades de vida no buscarían aniquilar a otros, de la misma manera que hay quienes no padecen penurias ni maltratos y sin embargo pueden explorar la posibilidad de desaparecer a alguien por otras causas, por sentimientos encontrados, por otro tipo de desesperaciones, por lo que sea.

Y enseguida nos anunció que iniciaba su relato.

## NO SUFRIRÁS, ÁNGEL MÍO

*Ocurría cada vez con más frecuencia que terminado el rato de amor continuaran abrazados durante muchos minutos. Que él hundiera la cara entre el cabello de ella, como si quisiera nadar entre esas olas que con su olor prolongaban la vorágine.*

*Respiró profundo, suspiró, mientras las manos de ella le acariciaban la cabeza. Esas manos que un momento antes se encajaban con fiereza erótica en todo su cuerpo, ahora lo tocaban superficialmente, con intenciones de consuelo.*

*Los ojos de él se abrían lentos después de salir de su inmersión en la sexualidad que lo rendía y del refugio de la cabellera brevemente ondulada. Su mirada intentaba huir hacia el techo de la habitación, pero la interceptaron los ojos de ella como si fueran los de una diosa inquisidora que aparecía desde las alturas.*

*— ¿Otra vez la tristeza? — preguntó ella con una poderosa combinación de tonos que incluía reproche, burla y conmiseración.*

*Avergonzado, con pena, él asintió mientras con sus manos se cubría la cara, en parte para salvarse de la fuerte mirada femenina, en parte para hurgar en sus propios pensamientos. Sin destaparse el rostro, con voz apagada por la angustia, tan distinta a las exclamaciones que minutos antes había liberado mientras se consumía bajo el poder amoroso con el que ella lo envolvía, contestó:*

*— Ya sabes lo que me pasa. Y cada vez es más fuerte, porque lo que creo insuperable cuando estoy contigo empequeñece en el encuentro siguiente. Aumenta la necesidad de no irme, de quedarme para volver a empezar, o para lo que sea, pero quiero quedarme.*

*Mientras se vestía después de haberse levantado, ella le comentó, un tanto con voz de fastidio:*

*— Nunca te vas a quedar. Siempre tienes que irte porque ella te espera, o porque algo tienes que llevarle. Por mucho que me digas que aquí quie-*

*res estar, que quieres pasar más tiempo conmigo, que quieres hacer la vida a mi lado, tu compromiso con Matilde es indestructible y con ella seguirás.*

*Cabizbajo, todavía semidesnudo, en el punto medio entre el recuerdo del placer reciente y la evidencia de su indecisión, desde la orilla de la cama alcanzó a decir:*

*—No puedes dudar de que quiero ya pasar todo el tiempo a tu lado. Pero ella... ella es vulnerable.*

*Mientras con lentitud se ponía la ropa que una hora antes la ansiedad de él le había arrebatado, la mujer imaginó el discurso de siempre. La fragilidad de Matilde, todo lo que a él por años le había dado, su dedicación, su entrega, que nada más para él vivía. Sí, quería dejar a Matilde para irse con ella, para amanecer en su casa, para no tener que salir con prisas después de haber estado en la profundidad de ese erotismo que sólo ella sabía regalarle, para tantas cosas por hacer que tenían pendientes. Pero qué difícil hacerle eso a Matilde, todo lo que ella sufriría, si no tenía a nadie más que a él, si su vida era el trabajo y atenderlo, aunque la pasión estaba con ella y no con Matilde. Con ella, con quien lo que había pensado que sería un encuentro pasajero se había convertido en un frenesí imparable. Pero Matilde sufriría, ése era el asunto mayor, lo que él no quería causar, porque Matilde...*

*Cuando terminó de vestirse, él también ya lo había hecho, y sí, tal como ella lo había imaginado, empezó a comentar en voz baja, como si temiera que alguien más lo oyera.*

*—Sabes que no quiero que Matilde sufra, pero el costo es ya muy alto para mí, y supongo que para ti también.*

*Claro que sí, ella lo sabía, que no era sencillo eso, verse por ratos, cuando querían prolongar mucho su estar juntos en la cama, pero también afuera, en alguna sala de cine, o en un bar, o en un jardín. Pero no se podía, y le fastidiaba que él se escondiera siempre en la dulzura de Matilde, en el dolor que no quería causarle.*

*Pero esta vez ella conoció un cambio que no esperaba. Como si se envalentonara, él se puso de pie frente a ella, y tenía la mirada fuerte cuando le dijo:*

*—Lo he pensado mucho y nada más hay una manera de que Matilde no sufra y de que tú y yo podamos vivir sólo para nosotros.*

Ella no imaginó cómo podría ser eso, porque la única posibilidad de la que habían hablado desde que se les apareció el deseo de estar siempre juntos, era que él tuviera el valor de decirle a Matilde y de irse. Pero era claro que no, que él no podía con esa idea, que no podría vivir con el sufrimiento de Matilde. Así que cuando él dijo que había encontrado una manera de que eso no pasara, la mujer no podía imaginarse qué sería.

Pero él, apoyado en esa seguridad recién adquirida, continuó.

—Lo hemos hablado y te lo he dicho muchas veces: si dejo a Matilde su sufrimiento sería terrible y hasta podría no sobrevivir. Entonces la única forma de que eso no pase y de que tú y yo seamos libres, es que Matilde ya no tenga posibilidades de sufrir ni por mi abandono ni por ninguna otra causa. Para que se logre eso tendrá que pasar tal vez por un momentáneo malestar físico, si acaso. Pero creo que hasta eso se puede evitar, si se hace de la manera adecuada.

—No te entiendo dijo ella —aunque empezaba a imaginar el desvarío de su amante.

Ya sentados en la sala de la casa de ella, el lugar exclusivo donde se encontraban para amarse, él procuró que su precisión no fuera chocante:

—No habrá sufrimiento, ni violencia. Es lo último que querría causarle a Matilde y por eso no me decidí a dejarla. Pero he pensado que si lo que le espera es seguir con un trabajo absorbente e insatisfactorio y con una pareja (o sea yo) de la cual nada más recibe simulación de cariño, entonces su vida tiene poco sentido.

Lo miró asombrada, cargada su expresión de sorpresa y de incredulidad, sintiendo que él bromeaba para distraerla de su recurrente negativa a alejarse de Matilde.

—¡Ja! Deliras. Mejor sigue pensando en tu imposibilidad de dejar a Matilde. No te preocupes, que a esta casa podrás seguir viniendo, no sé por cuánto tiempo más, pero por ahora sí.

Como si una ofensa lo retara, él mostró más determinación:

—He sentido el riesgo de que tu tolerancia hacia mi indecisión se convierta en desprecio. Por eso he buscado alguna solución que no lastime a nadie. Para un corazón que empequeñece como el de Matilde, lo mejor es que deje de latir. Es más noble una solución así que el encogimiento, que la destrucción lenta e ignominiosa.

*Ella sonrió con ironía, levantando los ojos para indicar que no creía lo que él decía, en esa ocurrencia seguramente animada por su sentimiento de que no habría salida sin dolor.*

*—No te pido ninguna colaboración, ni que hagas nada. Pero antes de desechar lo que digo, debes de saber que lo que voy a hacer es por respeto a Matilde, por el amor que alguna vez sentí por ella, porque no merece seguir con una vida así, porque tampoco merece ser lastimada con una ausencia mía.*

*—Es decir que te está rondando la fantasía de evitarle sufrimiento, de sacarla de una vida miserable por la vía de eliminar esa vida —dijo ella como si le diera credibilidad a lo que parecía un devaneo.*

*—Algo así —dijo él imprimiéndole toda la gravedad posible a su voz, para que ella tomara en serio la plática. —Desde que empecé a pensar en esto, he revisado la conducta de algunos personajes que han sido injustamente condenados porque no se ha considerado que acertaron la vida de sus mujeres para no hacerlas pasar por el sufrimiento de un abandono. Es una especie de eutanasia para evitar dolores amorosos. Tal vez también lo han hecho algunas mujeres con sus hombres.*

*Ella no quiso dar más cabida a lo que no sabía si era broma, vía de escape de una responsabilidad que él no quería afrontar, o una alucinación mayor.*

*—¿Cuándo será la próxima vez que nos veamos?, ¿me quieres decir ahorita o me llamas después?*

*—Veo que evades lo que digo, tal vez porque no me crees. Entonces te buscaré cuando todo haya pasado. No te lo dije para hacerte cómplice, sino para que cuando ocurra sepas que lo hice yo, que fue por ti.*

*Rió ella ampliamente.*

*—Por mí no hagas nada. Si acaso, lo que tendrías que hacer es bastante menos drástico. Pero deja de lado esos despropósitos fantasmales y sigamos así mientras podamos.*

*Incómodo por no haber logrado que su amante le creyera y admirara su osadía, él se despidió.*

*La tarde empezaba y pudo pasar al laboratorio donde trabajaba como especialista. Así lo había pensado hacer, salir de la casa de ella, ir al labo-*

ratorio en horas todavía laborables, encerrarse en su cubículo y darle una última revisada al material en polvo que pondría en alguna bebida de Matilde. Ya lo había analizado y estudiado con el apoyo de sus conocimientos profesionales. Matilde no sufriría, se dormiría, o continuaría durmiendo si lograba dárselo en la noche, en un sueño cada vez más profundo que no tendría regreso.

Después de haber investigado bien sobre el producto, ya estaba seguro de que no quedarían rastros de nada. El paro cardio respiratorio sería intempestivo, inesperado, atribuible a cansancio o a estrés, o a algo así, porque de la sustancia no quedaría ningún indicio, aun en el remoto caso de que a alguien se le ocurriera hacer una autopsia.

¿Pero a quién se le podría ocurrir? Si para todos sus conocidos ellos eran un buen matrimonio, con esa presencia de Matilde como melancólica, como apagada por una tristeza inexpugnable, callada, taciturna. Él siempre más alegre, supliendo a Matilde cuando había que opinar en alguna reunión. A nadie se le podría ocurrir sospechar ni que él tenía ese amor enloquecido por fuera de su matrimonio, ni mucho menos que hubiera hecho algo para que Matilde ya no siguiera con esa vida tan miserable que no tenía sentido que siguiera viviendo.

Matilde... tan reservada y recatada que había sido desde que se conocieron, con esa ternura silenciosa que lo había seducido al principio, porque se dejaba amar como si fuera una posesión dócil. Matilde, que se había quedado como una subordinada complaciente que no modificó su papel después de pasado un tiempo que a él se le fue haciendo largo y largo. Y así, hasta que su docilidad lo cansó y eso abrió el camino para que él tuviera esa relación que al principio creyó que sería una salida aventurera momentánea y distractora, pero que lo fue devorando hasta ya no desear nada más, pero sobre todo no querer ver a Matilde, con quien tenía que convivir por el compromiso y para no lastimarla. Matilde, tan frágil, más aún cuando ya no representaba nada que se acercara a la sensualidad.

Pero no podía decirle que ya no estaría con ella, que se quedaría sola, que si el erotismo era un recuerdo, ahora todo tendría que ser para ella un pasado que había sido bueno al principio pero que después se había nublado.

La había imaginado sumida en su tristeza, en su amargura, en esa melancolía que sería más profunda, en un llanto que iba a arrastrar en su casa, en su trabajo, con sus amigas.

*Por eso, cuando fue buscando maneras de evitarle ese sufrimiento, pensó en una suave muerte para Matilde. La lloraría, claro, porque la había querido. Pero era lo mejor, porque no soportaba la idea de verla sufrir por un abandono, tan delicada, como tampoco le parecía justo que siguiera ocupando ese lugar deplorable, de mujer objeto de lástima, a la que solamente saludaba en las mañanas y en las noches mientras su pensamiento y su deseo estaban en otra parte, ahí donde él quería ir para quedarse.*

*Se había convencido de que sería un acto de justicia. Para él, para Matilde, y también para quien desde hacía casi dos años lo llevaba a un torbellino interminable. Un acto de justicia que además no tendría más consecuencias que la tristeza que le daría la partida de Matilde, pero que sería una tristeza que se apagaría pronto por la idea de la justicia para todos y de la libertad para él y para su amor.*

*No era un criminal, claro que no. Nunca hubiera pensado en quitarle la vida a nadie, menos a Matilde, si no hubiera sido porque estaba obligado a hacerlo para que ella no sufriera. No había sido una decisión fácil de tomar, pero todo la hizo inevitable.*

*No habría más consecuencias, porque nadie imaginaría otra cosa que una muerte natural, lamentable pero natural, de Matilde.*

*Con esa convicción revisó la fórmula, tomó el sobre con el polvo y se dirigió a su casa.*

*Cuando llegó, solamente la cocina parecía iluminada. Ahí fue y vio la taza que usaría Matilde para el té que esa noche tomaría antes de dormir, y en la cual él pensaba poner el polvo que los liberaría a todos, empezando por Matilde.*

*Pensó en lo que pasaría si una vez que Matilde tomara el té con el polvo salvador, él se arrepintiera. Descartó la posibilidad. Estaba seguro de su determinación, de que una vez que ella se cambiara de ropa, tomara su té y se durmiera, él la abrazaría, en un último abrazo, en ese último sueño a su lado, a través del cual le diría que ya no sufriría. "Ya no sufrirás ángel mío", le susurraría mientras Matilde se hundía en el sueño salvador sin retorno, y él le agradecería todo lo que le había dado, todo su sacrificio, su compañía tan callada, tan discreta, tan complaciente.*

*Con el sobre del polvo en un bolsillo del pantalón, caminó hacia la recámara. Cuando llegara Matilde, en un gesto inusual por lo atento, él le ofrecería prepararle su té mientras ella se cambiaba para dormir.*

*Cuando abrió la puerta de la habitación, vio que la oscuridad no era total. La lámpara de la mesa de noche del lado que él ocupaba en la cama para dormir, lanzaba su luz delgada encima de una fotografía de ellos dos, él altivo y sonriente, Matilde con sonrisa apenas insinuada. Erguido, el marco de la fotografía pisaba con suavidad un sobre ligeramente mayor que aquél donde él escondía el polvo destinado al té de Matilde.*

*Liberó el sobre del marco de la fotografía que lo mantenía pegado a la mesa de noche, mientras la línea de luz le mostraba su nombre escrito con la letra de Matilde. Sin posibilidad de imaginar lo que contendría, desenvolvió la hoja que estaba dentro del sobre y puso sus líneas bajo el mando de la iluminación suave, al tiempo que se sentaba en la orilla de la cama.*

*En el primer renglón estaba la fecha de ese mismo día, e inmediatamente la palabra “Querido” seguida por dos puntos que abrían la puerta a un texto breve.*

*“No creo sorprenderte, pero si es así, discúlpame. En algún momento alguno de los dos tenía que irse, y como nada indicaba que tú quisieras hacerlo, yo tomé la decisión. Debo confesarte que si el vacío entre nosotros hacía inevitable la separación, mi determinación la dicta una experiencia que estoy viviendo con otra persona que ha llegado hasta lo más profundo de mí, que me ha hecho transformar mi ser pasivo en un arrebato permanente.*

*Lo vivo desde hace ya varios meses, y he disfrutado hasta lo indecible transformar mi sumisión en dominio para después regresar a ella como una rebelde arrepentida que espera su castigo.*

*No te doy estos detalles buscando tu dolor. Al contrario: sé que en la consciencia de nuestro ostracismo y con lo que te quede de afecto por mí, saber que estoy en un vuelo sin fin te alegrará.*

*No sé si tú estés viviendo algo parecido, aunque necesariamente tendría que ser menor, por cómo eres y por lo grandioso de mi disfrute. A veces he pensado que sí cuentas con algo interesante, por algunos comportamientos tuyos. Ojalá así sea, porque sería desconsolador que tu vida haya estado limitada a esta formalidad nuestra tan aburrida y a tu encierro en ese gris laboratorio.*

*No te preocupes por los trámites legales. Un día de estos te buscará algún abogado de mi parte y con los papeles del divorcio te hará una propuesta de repartición de bienes, que finalmente no son muchos.*

*Aunque supongo que no lo harás, si me llamas no responderé a tus llamadas. Y no me busques en donde trabajaba, porque he dejado ese lugar para recuperar todo lo que yo me debía.*

*Suerte.*

*Mat (como me decías en los años en que, aunque mediocre, nuestra relación tenía algún sentido)."*

*Con la hoja en la mano, él se levantó, encendió todas las luces posibles de la recámara, abrió el ropero y los cajones que ahora nada más contenían las cosas de él y unas cuantas prendas inservibles de Matilde. Caminó por la estancia, por la cocina, por el baño, y en todos lados encendió las luces como si necesitara mucha claridad para poder mirar lo que pasaba, la ausencia que de pronto lo golpeaba.*

*Regresó a la recámara, reconoció olores y constató vacíos. Se sentó otra vez en la orilla de la cama, se apretó el vientre con sus brazos, exhaló un grito apagado y lloró. Después convirtió en un solo amasijo el sobre con la carta de Matilde y el otro que contenía el polvo ahora inútil y lo arrojó al suelo del cuarto inhóspito.*

*En medio de su llanto, de su coraje, del abandono que lo acuchillaba, su reproche a Matilde bordeó el odio. Lo sorprendía la frialdad, el descaro, el desamor, todo tan diferente a los sentimientos de él, que nunca había querido herirla, todo tan distinto a lo que hasta hacía unos momentos él pensaba hacer, a su intención de tratarla como un ángel al que había que cuidar con esmero y delicadeza para evitarle cualquier sufrimiento.*

\*\*\*

Sonreímos. El joven guardián de nuestra seguridad casi llegó a reír cuando comentó que a ése del laboratorio sí que no le había salido bien el movimiento. Y como por lo visto ya había determinado que después de cada relato le correspondía hablar a él, volvió a sus comentarios:

—Miren cuántas cosas. Maneras distintas de ver la vida y de vivirla. Tal vez la confianza que les he tenido para darles pequeños datos de mis modos y motivos los lleven a despreciarme o a con-

denarme. O tal vez no, porque su agradecimiento por este tiempo aquí, a salvo de la lluvia y de los golpes, les haga suavizar su mirada hacia mí. Pero también deberían pensar que ustedes y yo no estamos tan alejados, que nuestras realidades están en los mismos círculos y que se tocan, que unas sin las otras son imposibles e impensables.

—No sé si ustedes son gente de bien, acomodados, tal vez con buenos trabajos en empresas, en gobierno o en escuelas. No se los pregunto. Han dicho lo que han querido y quién sabe qué de lo que han contado lo han vivido y qué solamente lo han oído. Pero no se crean tan diferentes a mí o a otros. Entre todos somos causas y consecuencias, entre todos bailamos y lloramos, aunque unos canten más y otros sufran el canto. Pero en cualquier momento los destinos pueden igualarse, pueden chocar y los miserables tienen menos que perder. Ténganlo en cuenta: no somos tan diferentes. Estamos en lugares distintos, pero las cosas pueden cambiar. No hablo de ese cambio ilusorio que decían los dirigentes huelguistas, sino de que, en las situaciones personales, el que insulta hoy a un agachado mañana puede toparse con la venganza de alguien y sufrir como nunca hubiera imaginado.

—Y hablando de luchas de ilusiones, voy a asomarme para ver si la calle ya está despejada de manifestantes que no van a conseguir nada, de policías que están desquitando su salario y su miseria personal, y también de la lluvia que algo habrá limpiado. —Si los manifestantes siguen por ahí, tal vez hasta me encuentre con mi padre. Él sigue creyendo en eso de que habrá justicia para el pueblo. Yo no. La justicia es la de uno mismo, con el favor de los santos. Pero si veo a mi padre lo animaré. Quién sabe, en una de esas hasta puede tener parte de razón.

El joven protector salió de la habitación y ahí nos quedamos sus protegidos. No fue necesario que alguno de los cinco que permanecimos hablara para que flotara la interrogante sobre si debíamos esperarlo o si alguien se animaba para iniciar un nuevo relato.

La duda la descartó la mujer más joven, que como había hecho en otras ocasiones, deslizó un discreto movimiento de coquetería,

se sentó sobre sus piernas recogidas en el sillón donde había estado en los ratos en los que no se levantaba a caminar por la habitación o a buscar algo de tomar o de comer, y comentó:

—Ni modo. Creo que nuestro amigo se perderá el inicio de la historia que sigue. Si regresa pronto puedo iniciarla de nuevo. Si tarda, ya la habré concluido.

## AZUCENA Y EL ABUELO

*Azucena le decía abuelo, a veces abuelito, pero no, de ella no era nada. Era abuelo de nosotros nada más, de Pico, mi hermano menor, y mío. ¡Ah! Y también de mis primos que se habían ido con sus papás, mis tíos, a vivir a Canadá. Pero como mis primos venían poco, los nietos reales, los de todos los días, éramos Pico y yo... y Azucena que le decía abuelito.*

*No se lo dijo a la primera, aunque sí bastante pronto, desde que nos fuimos haciendo amigas en la secundaria y ella empezó a venir a casa. Y cuando ya éramos muy amigas —su mejor amiga era yo, decía ella— empezó a llamarle así cuando lo veía, hola abuelo, hola abuelito. Llegábamos de la escuela para estudiar en la casa, o para hacer como que estudiábamos, para jugar, para conversar, para comer, para reírnos, y en cuanto ella lo veía lo saludaba con un beso ligero, igual al que yo le daba y, también como yo, le decía hola abuelo, hola abuelito. El sonreía, no nos hacía mucho caso, seguía con sus cosas, leyendo un libro o un periódico, arreglando alguna llave descompuesta, entrando y saliendo.*

*No sé bien por qué a mi abuelo Azucena le decía abuelo y en cambio a mi papá no le decía papá, ni a mi mamá le decía mamá. Podría ser porque papá y mamá ella tenía. Pero abuelo también; el papá de su papá vivía no muy lejos de la ciudad y lo veía con alguna frecuencia; su abuelo materno ya no vivía y de él no hablaba. Tal vez le decía abuelito al mío porque quería tener más abuelos, o porque se sentía tan cerca de mí que ésa era una manera de expresar su cercanía, o porque lo veía como a alguien con quien podía tener la confianza como para jugar a que era su nieta aunque no lo fuera. Y al abuelo como que le daba lo mismo, aunque le hacía cierta gracia. Porque a pesar de ser medio quisquilloso para algunas cosas, nunca preguntó que de dónde esa niña le decía abuelo. Más bien sonreía y tal vez hasta halagado se sentía.*

*Ella había empezado a acompañarme y a visitarme en la casa en los primeros meses del segundo año de secundaria, cada vez con más frecuen-*

*cia, y la frecuencia dio puerta a la confianza, y más si ella comía con nosotros o se quedaba a dormir, en noches que se dividían entre un pequeño rato de estudio y largas horas de conversación a voces bajas, luces apagadas y cuarto cerrado, para que ni mis papás ni Pico supieran de nuestras desveladas, que de todas formas quedaban expuestas con nuestra resistencia a despertarnos al día siguiente.*

*El abuelo poco sabía de eso, porque él vivía en otra casa que estaba a unas tres calles de la nuestra, a la que se había cambiado unos años después de que había enviudado de mi abuela. Ahí vivía, aunque pasaba largos ratos en la casa nuestra, a donde iba a comer dos o tres veces a la semana, y se quedaba en un cuarto trasero que mi madre, su hija, le había destinado y habilitado para que ahí estuviera cuando se le antojara. A veces desaparecía por uno o dos días, a veces llegaba, comía y se iba enseguida, otras veces llegaba y se instalaba hasta por una semana. Ahí era cuando Azucena lo veía, lo saludaba, le preguntaba que cómo estaba.*

*Alguna vez mi papá dijo que su suegro, con quien se llevaba bien hasta el grado de tener pláticas largas y brindis juntos, era como un gato. Aparecía, desaparecía, en algunas ocasiones comía, en otras se quedaba, o en otras más se iba. Gato viudo, soltero, seguramente con alguna o algunas novias, decía su yerno. Por eso, en aquella, idea que era de mi papá y que mi mamá no cuestionaba mucho, mi abuelo era celoso de sus movimientos, de la soledad de su casa, de sus apariciones y desapariciones.*

*Cuando Azucena lo conoció él estaba bien. Era un octogenario todavía fuerte, cuidadoso de su figura y de sus movimientos que eran de una lentitud obligada por la edad, pero a los que alcanzaba a imprimirles un toque de elegancia. Había tenido la previsión de ahorrar, de contar con recursos económicos suficientes, y entre eso y la comodidad de instalarse en casa de su hija cuando quería, llevaba una vida más preocupada por su entorno que por él mismo. Su fama de ingeniero de buen éxito perduraba y todavía le pedían opiniones sobre las condiciones de algunas construcciones, lo que hacía que su orgullo tuviera cimientos en el pasado y también bases en el presente.*

*Si tenía novias como decía mi papá, yo no lo sabía. A su casa íbamos poco, y aparte de los días en los que estaba en la casa nuestra, lo veíamos caminar por las calles cercanas, o sentado en alguna de las bancas del parque*

que era uno de los centros del movimiento de la colonia donde vivíamos. Por ahí pasaban los escolares de todas las edades, desde los que eran llevados de la mano al kínder o a la primaria, hasta los que saltaban impulsados por sus gritos y sus risas camino a la secundaria o a la preparatoria; por ahí corrían señoras y señores de ida o de vuelta a sus trabajos; y reposaban también algunos desempleados de la última ocupación que habían tenido, junto a personas mayores que podían estar en buenas condiciones, como mi abuelo, o en decadencia declarada.

Al pasar por el parque Azucena y yo, era posible que viéramos al abuelo sentado o caminando lentamente, siempre con el sombrero que por instantes levantaba para pasar la mano sobre el cabello blanco. Más que yo, Azucena le gritaba un saludo desde su comportamiento impulsivo, una especie de locuacidad moderada y divertida. El abuelo saludaba, pero lo hacía de manera tal, con un viso de formalidad, que no invitaba mucho a que ahí nos acercáramos. Cosa distinta era en la casa, donde la alegría que desparramaba Azucena lo hacía sonreír, y lo llevaba a conversar con nosotras sobre la escuela, sobre los profesores que eran menos rigurosos que los de antes, sobre los cuidados que teníamos que tener en la calle, como dos niñas bonitas que éramos, decía.

De una extroversión contagiosa, de simpatía desbordante y atrevida, Azucena no frenaba a los caballos de su adolescencia a menos que un riesgo fuerte o un regaño la obligaran. Su figura menuda, su cuerpo delgado y ágil, su pelo café claro, lacio, corto y frecuentemente agitado, los ojos que podían reír antes de que sus labios medianamente gruesos lo hicieran, las rodillas que empujaban a la falda escolar como si les estorbara, todo era un estallido de entusiasmo. En la escuela secundaria era la imagen que podía marcar el rumbo de las horas en el grupo. Y en mi casa su presencia frecuente le era siempre simpática a mis papás y al abuelo, aunque mi mamá tenía impulsos momentáneos de salvaguardar un orden que no estaba realmente bajo amenaza. En Pico, dos años menor que yo, operaba una transformación cuando Azucena aparecía: de su piel pubescente brotaban ansias de un joven mayor que se revelaban en miradas inquietas y en conductas torpes y juguetonas que ella festejaba.

Más prudente, menos arrojada, yo le seguía el paso en travesuras y desenfadados, en estudios y coqueteos con compañeros de escuela que frente

*a la desenvoltura de Azucena siempre parecían menores y menos despabilados que los de ella, cuando no francamente disminuidos. En las tareas escolares teníamos un pacto no explícito, pero muy eficiente en la práctica, porque cuando la flojera acariciaba a una de nosotras, la otra la sacudía.*

*En el abuelo empezaron algunos cambios cuando estábamos en los últimos meses del tercer año de secundaria. Sus salidas y caminatas se fueron espaciando y quiso quedarse mayor tiempo en su casa. Pero mamá pudo convencerlo de que estaría mejor atendido si se convertía más en habitante de nuestra casa y en visitante ocasional de la suya. Su decaimiento y la enfermedad que lo causaba lo obligaron a aceptar instalarse en el cuarto que por muy arreglado que estaba para su comodidad, no era tan suyo como la casa a la que cada vez iba con menos frecuencia. Los saludos y las conversaciones que antes teníamos con él en la sala o en el comedor, se fueron trasladando paulatinamente a esa recámara bonita pero inevitablemente convertida en el refugio de una última enfermedad.*

*Con todo, él se negaba a ser la sombra de sí mismo. Por eso procuraba caminar con sus mejores pasos aunque fueran titubeantes y dependientes del bastón que antes blandía y que después ya no alejaba mucho del suelo. Cuidaba su apariencia hasta en la menor arruga de su ropa; alejaba más con gestos que con palabras cualquier asomo de lástima que alguien quisiera dirigirle. Pero dormía un sueño que llegaba cada vez con más frecuencia y su voz se hacía más larga, suave y lenta, y eran ésas como señales que sentenciaban un tiempo.*

*Con esa voz hablaba con todos, con mis papás, con Pico, con algunos amigos y parientes que lo visitaban, con Azucena y conmigo. Y se animaba a bromear, a decir cosas que antes comentaba poco, a reírse hasta donde podía de una condición que lo iba venciendo.*

*Contentas porque habíamos entrado al mismo grupo de la escuela preparatoria, lo que nos aseguraba un buen tiempo de compañía y de complicidades, Azucena y yo llegamos en la tarde del primer día de clases a contárselo al abuelo. En medio de su debilidad, mencionó el gusto que le daba que siguiéramos juntas, y de ahí inició una conversación con nosotras y con él mismo.*

*Nos dijo que así como mucho había extrañado a mi abuela cuando ella murió, ahora extrañaba su casa, alguna tertulia con sus amigos to-*

*mando café y hablando de construcciones y deconstrucciones. Habló de viajes realizados, algunos casi fantásticos, de otros que hubiera querido hacer y que esta vida le quedaría debiendo, y de otros más que quedaban en la duda entre lo real y lo imaginario; de sus caminatas por calles, plazas y mercados, como las que hacía por el parque de la colonia en los años más recientes. De toda la gente que ahí veía y saludaba, de cómo se divertía y se asombraba de tan distintos comportamientos.*

*— Pero entre lo que más extraño desde que no puedo salir, está el movimiento de las muchachas. Son de las mayores expresiones de vida y toda esa vida camina y está sostenida por la navegación de sus piernas.*

*Cuando dijo aquello, claramente ya no se dirigía a nosotras y hablaba frente a sí mismo.*

*— Delgadas o muy delgadas, redondas, más cortas o más largas, de bambú o de roble. De la casi transparencia a lo oscuro que puede dar la ilusión de inescrutable, alineadas o sinuosas, son la alegoría de la dicha. He pasado las horas viendo, comparando, imaginando texturas y consistencias. Vehementes o parsimoniosas, acariciadas más arriba o más abajo por el doblar de las faldas, a la espera de caricias menos inocuas, son siempre forjadoras de desasosiegos ocultos o confesos.*

*Como si saliera de un trance, cambió de tono:*

*— En fin, a ver si al paseo que viene me puedo llevar esos recuerdos.*

*Lanzó algo que quiso ser una breve risa, y antes de intentar otra que se le convirtió en suspiro, no pudo evitar alguna humedad en los ojos. Reprimió el asomo de debilidad y preguntó desde la modorra a la que regresaba:*

*— ¿Ya empezaron las clases?*

*Mirando más a Azucena que al abuelo, contesté:*

*— Sí abuelo. Hoy.*

*Asintió con los ojos cerrados y se acomodó entre las almohadas mientras Azucena y yo salíamos silenciosamente, casi deslizándonos, del cuarto.*

*Caminamos sin hablar a través del pasillo, hasta la sala y de ahí a la puerta de la calle, sin saber a dónde íbamos.*

*Con un pie afuera de la casa, Azucena se detuvo como si hubiera tropezado e hizo un gesto de medio reproche hacia ella misma.*

*— Olvidé algo — dijo —, ¿me esperas? Regreso enseguida.*

*Y con pasos largos volvió sobre el camino que acabábamos de recorrer. Mandada por la intuición, yo la seguí despacio, a media distancia, y me quedé a un lado de la puerta del cuarto del abuelo, apenas permitiendo que asomara mi curiosidad.*

*Azucena estaba parada en la orilla de la cama. Con levedad, tocó el cabello cano y después, mientras corría la orilla de su falda hacia arriba, más allá de un palmo, le dijo al abuelo:*

*—No estés triste, abuelito. Mira.*

*Eran las piernas de una muchacha traviesa que habían quedado descubiertas, traviesas ellas mismas. Derechas, de musculatura precisa, cubiertas de un vello ligero como manto naturalmente transparente, lucían entre la orilla de la falda levantada y las calcetas que llegaban unos centímetros debajo de las rodillas.*

*En medio de su somnolencia y levemente risueño, el abuelo miró. Y mientras la mano izquierda de Azucena continuaba deteniendo la falda, su mano derecha condujo la mano del abuelo a rozar una pierna, luego otra. Después, el sueño del abuelo se hizo más profundo, pero la sonrisa apacible quedó a flote.*

*Cuando Azucena salió del cuarto, yo fingí que llegaba en ese instante. Nos miramos mientras ella subía los hombros y apretaba los labios en un solo movimiento entre satisfecho y resignado. Como si tuviera prisa, me dijo que ya nos fuéramos. Pronto estuvimos otra vez en la calle, caminamos unos pasos, comentamos algo sobre la escuela, nos abrazamos y después ella corrió hacia su casa.*

*Pocas horas más tarde, cuando mamá intentó preguntarle al abuelo si quería tomar algo, supo que él ya no le contestaría. Y la tristeza que le hizo soltar un sollozo, estuvo acompañada por la interrogante sobre lo que le habría dibujado al abuelo la dulzura de esa sonrisa placentera en el último momento.*

## AL DESPEDIRNOS

Como en ningún otro de los relatos, tuve el impulso de preguntar a la narradora si la amiga de Azucena no era ella, a pesar de que nos había advertido que esa versión venía de una amiga salvadoreña. Me impulsaba a hacerlo la curiosidad, una o dos coincidencias y la grácil sal que había puesto en su narración. Pero entre quienes estábamos refugiados en aquella *suite* de lujo, se había aceptado el pacto más o menos explícito de que el origen de cada historia podía ser o no develado dependiendo de la voluntad de quien la contara. Y como la última narradora no reveló más sobre su relato, nadie preguntó, a pesar de las sonrisas de todos.

Para cuando la mujer terminó, captaba nuestra atención la ausencia del joven de las botas y chamarra, nuestro protector. Habían transcurrido varios minutos desde que había salido y que el último relato había concluido y él no regresaba.

—¿Qué haremos? —preguntó el hombre mayor con un poco de inquietud, como si el encierro ya empezara a pesarle y quisiera irse.

—¿Esperamos unos minutos más? —dijo la mujer mayor, que también empezaba a mostrar señas de querer salir.

—Podemos asomarnos un poco a ver qué pasa —dijo sin mucha seguridad el hombre más joven—. O tal vez vamos dos y los demás se quedan aquí. Porque si vamos todos parecería que estamos desocupando la habitación y ya no podríamos volver si las condiciones en la calle todavía no fueran buenas para irnos —agregó.

—¿Quién va y quién se queda? Interrogó la mujer joven.

—Si le parece vamos usted y yo —dijo ella misma dirigiéndose al hombre de mayor edad.

Él no contestó. Se levantó, se acomodó el saco e hizo una caravana a la mujer, indicándole la puerta con una de sus manos y sonriéndole levemente. La mujer joven se levantó, le devolvió la sonrisa, tomó una bolsa que había dejado asentada en una de las mesas durante todo el tiempo de la conversación y se dirigió a la

puerta. El hombre de más edad la siguió y ambos salieron de la habitación para cumplir su misión exploratoria.

La mujer mayor y el hombre de menor edad se sirvieron alguna bebida, se acomodaron cerca uno del otro y comenzaron a hablar con tranquilidad. Yo parecía no existir (tal vez no me veían), se dijeron algo acerca de a qué se dedicaban en sus vidas diarias, sonrieron e intercambiaron teléfonos. Tal vez flirteaban.

Apenas estaban terminando con su intercambio de datos y señales, cuando el hombre de mayor edad y la mujer joven entraron de nuevo a la habitación.

—Pues nuestro amigo no está en ninguna parte, ni dentro del hotel ni en la puerta. Claro que no circulamos mucho al interior ni tampoco permanecemos en la puerta, para evitar problemas; pero fue lo suficiente para saber que no está —dijo la mujer joven mientras sus facciones reflejaban preocupación—. Me siento abandonada.

—Tal vez no sea tan grave —dijo el hombre mayor, con el tono doctoral que lo había acompañado en sus comentarios anteriores—. La lluvia se ha convertido en una llovizna leve. Los enfrentamientos ya no son masivos, sino que se están dando separadamente, lo que nos permitiría movernos en la calle con menos riesgo de ser golpeados. Además el joven gracias al cual estuvimos aquí no iba a cuidarnos por mucho más tiempo.

—Se hubiera podido despedir —dijo la mujer mayor.

—Tal vez es su estilo. A eso lo debió de haber acostumbrado la vida, a irse sin decir nada. O tal vez se aburrió de nuestras historias —dijo sonriendo el hombre joven.

—Entonces... ¿nos vamos? —dijo con voz de mando el hombre mayor, al tiempo que dirigía una sonrisa casi imperceptible a la mujer más joven.

Todos asintimos y se organizó un fila encabezada por el mismo hombre mayor, seguido por la mujer más joven, por la mujer mayor, por el hombre más joven, y en último lugar por mí.

Atravesamos los pasillos del hotel por donde habíamos pasado cuando nos dirigíamos a la *suite* escoltados por el joven de las botas y guiados por el empleado que de amenazante se había convertido en cordial.

En el último tramo, cuando atravesábamos el salón para llegar a la puerta de madera elegante, vimos al empleado apoyado sobre un extremo del mostrador de recepción. Nos miramos. Su expresión ya no fue ni amenazante ni de amabilidad, sino de indiferencia, como si fuéramos unos desconocidos a quienes se encontraba casualmente. Correspondimos con la misma actitud. Lo miramos como si no lo hubiéramos visto nunca y a ninguno de nosotros se le ocurrió agradecer nada.

En cambio, cuando estuvimos en la calle, resguardados un instante en el frontispicio inicial, la mujer mayor comentó que le hubiera gustado darle las gracias al joven del corte de pelo militar. Todos lamentamos no haber podido hacerlo.

— Mejor nos despedimos y nos vamos — dijo el hombre joven.

— Sí, no quisiéramos tener algún nuevo problema — dijo el hombre mayor.

— ¿Se imaginan? Podría salir otra vez el empleado grosero y mal encarado, nos amenazaría, y entonces aparecería de nuevo nuestro salvador. La historia se repetiría, volveríamos a la *suite* y de nuevo nos contaríamos relatos — dijo riendo la mujer joven.

— Y podría ser así hasta el infinito, en una experiencia de círculo eterno — dijo la mujer mayor, también riendo.

— Sería muy interesante, pero mejor nos vamos — dijo el hombre mayor con seriedad, aunque también con una sonrisa.

El hombre mayor y la mujer mayor intercambiaron números de teléfonos, y la mujer y el hombre de menores edades hicieron lo mismo, con lo que ya todos quedaron en posibilidad de comunicarse.

Los hombres se dieron la mano, y se despidieron de las mujeres con un beso en la mejilla, de la misma manera en que entre ellas lo hicieron. Me pareció que el beso entre la mujer mayor y el hombre más joven fue más prolongado de lo necesario; y cuando el hombre mayor y la mujer más joven se despidieron, él le comentó: “Ya quedamos”. Y sonrieron.

De mí todos se despidieron con apretones de manos que me parecieron distantes. Como haya sido, las despedidas marcaron un sentimiento de nostalgia entre quienes habíamos compartido el espacio elegante de la *suite*.

Lejos de la intensidad de la lluvia que nos había obligado a refugiarnos horas antes en el mismo frente del hotel, la llovizna era aún capaz de mojarnos. Sin embargo, preferimos salir. Nos movimos rápido, agitamos manos de despedida y cada quién tomó un rumbo por las calles mojadas y todavía recorridas por enfrentamientos aislados.

Caminé rápido, pegado a las paredes de una calle lateral del hotel. Hasta ahí llegaban todavía los enfrentamientos aislados, a los que se habían sumado automovilistas que reclamaban a los policías que no les permitieran circular y que se jaloneaban con los manifestantes en retirada, quienes a su vez continuaban con insultos y palos rápidos a los policías que respondían con corretizas.

Un grupo de manifestantes permanecía en torno a un señor de edad mayor que los arengaba. Por su apariencia de trabajador curtido, imperturbable frente al agua que le caía hasta los pies y a las confrontaciones que en escala reducida bullían a su alrededor, recordé la descripción que de su padre había hecho nuestro amigo, el que se había ido sin despedirse.

Ni la llovizna ni los restos de los enfrentamientos me afectaron mucho. Ya más alejado, una hoja de periódico mojado y empujado por un riachuelo de la calle formado por la lluvia se me pegó en la parte trasera de una pierna como queriendo auxilio ante el agua que lo zarandeaba. Quise librarme de él moviendo la pierna, pero su insistencia me hizo tomarlo con la punta de los dedos para alejarlo. Con ese intento vi la fotografía que ocupaba un cuarto de plana y su pie de página que decía que era la imagen de un sicario que había sido abatido en un encuentro con el ejército el día anterior.

El corte de pelo, los ojos fríos y tristes, la boca apretada que sin embargo hubiera querido sonreír, me aseguraban que era el mismo joven que con su intervención amenazante nos había facilitado albergue para salvarnos de la furia de la lluvia y de la violencia humana. Preferí creer que era imposible que fuera él. Y devolví el periódico a la inclemencia del riachuelo temporal. Mientras seguía caminando, pensé que yo era el único que no había desplegado ninguna narración. Me justifiqué con lo rápido que había sido todo y me hice el propósito de pagar esa deuda en alguna otra ocasión.

Este libro se editó en la Ciudad de México.  
Todos los derechos reservados.